

TEATRO 6

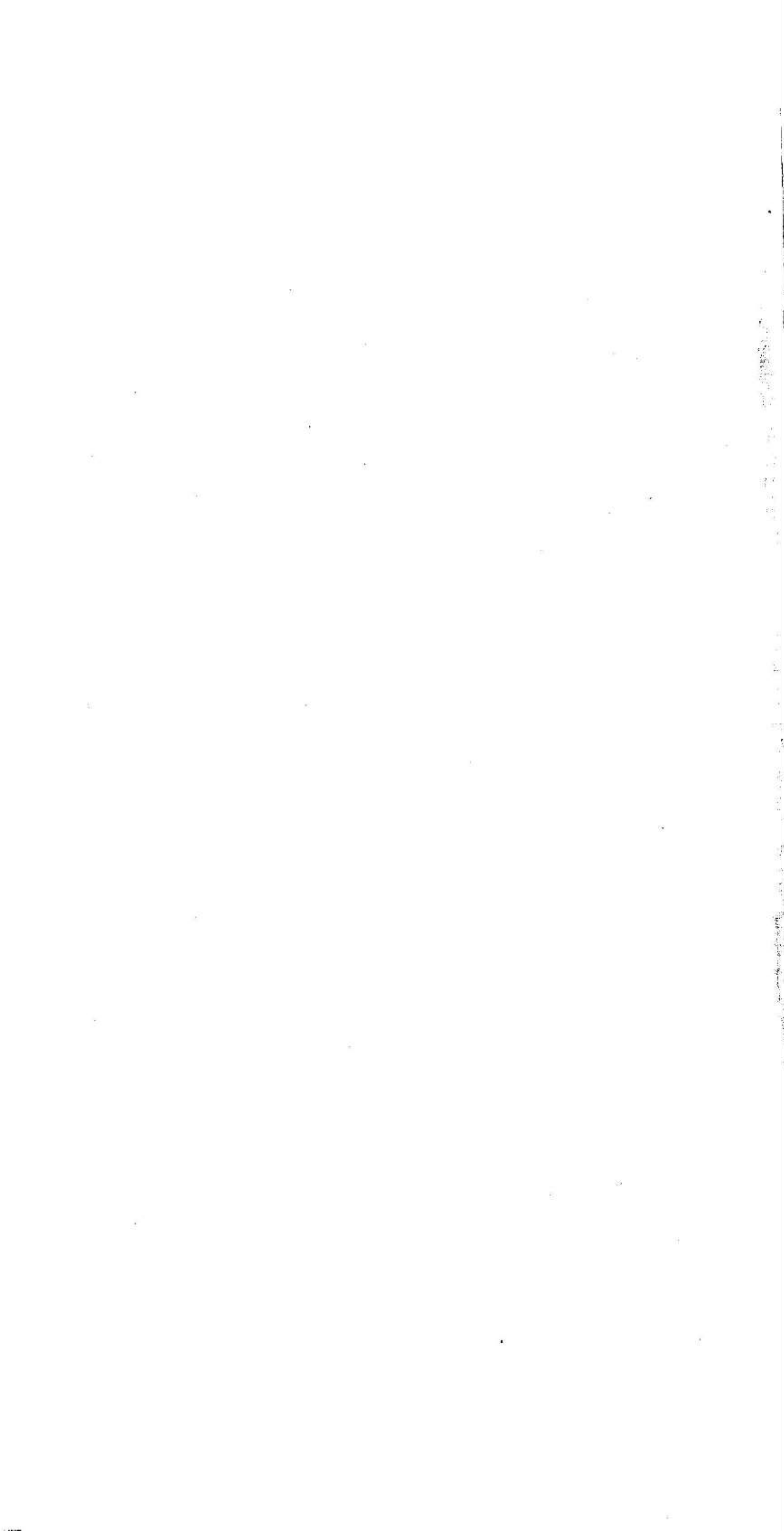
EL PÚBLICO

LARS NORÉN

LA NOCHE
ES MADRE
DEL DÍA







**LA NOCHE ES MADRE
DEL DÍA**

LARS NORÉN

TEATRO '6

EL PÚBLICO





MADRID, NOVIEMBRE 1989

Suplemento del periódico mensual de teatro,
editado por el Centro de Documentación Teatral
del Instituto Nacional de las Artes Escénicas
y de la Música.
Ministerio de Cultura.

Director:
Moisés Pérez Coterillo.

Portada:
Antonio Fernández Reboiro.

**EL PÚBLICO
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN TEATRAL**

Capitán Haya, 44.
28020 Madrid.

Teléfonos:
Redacción y Documentación:
572 33 11/12/13/14
Suscripciones y Fax: (91) 270 51 99.

Imprime:
GRAFOFFSET, S. L.
Polígono Industrial "Los Ángeles"
Herrereros, 14. Nave 8. Getafe
28906 Madrid
Depósito legal: M-35470-1989
NIPO: 302-89-004-5
ISBN: 84-87075-05-3

Este volumen se vende conjunta e inseparablemente con
el número 74, correspondiente al mes de noviembre de
1989.

Título original

“Natten är dagens mor”

**Derechos reservados Lars Norén/Surkamp Verlag.
Frankfurt am Mein**

Esta edición

© 1989. El Público / Centro de Documentación Teatral

SUMARIO

| | |
|--------------------------------------------------------------|----|
| Las máscaras tienen que caer. <i>Francisco J. Uriz</i> | 9 |
| Bibliografía | 14 |
| Nota sobre la traducción. <i>F. U.</i> | 15 |
| La noche es madre del día. <i>Lars Norén</i> | 17 |

LAS MÁSCARAS TIENEN QUE CAER

FRANCISCO J. URIZ

Hace ya tiempo, en respuesta a la pregunta de Javier Pradera de si me apetecería traducir algo para descansar del Strindberg que estaba preparando para Alianza, le dije: «Pues sí, a Lars Norén, el futuro Strindberg». La sensatez comercial de Javier me contestó, en ese tono tan desarmante: «Vamos a esperar a que lo sea, ¿no te parece?» Y ya no se volvió sobre el asunto.

Han pasado cinco años y creo que podemos congratularnos de poder presentar una obra de un dramaturgo que ya es, sin lugar a dudas, el gran dramaturgo sueco de los ochenta. Ya no son cuatro fanáticos los que hablan del Strindberg de hoy.

En los diez últimos años se han puesto en escena cerca de veinte obras teatrales de Norén —no se sabe exactamente las que ha escrito, ya que sólo entrega un original a los teatros cuando necesita dinero— en las ciudades más importantes de Suecia y de los demás países nórdicos. En Europa fueron Holanda y Alemania las pioneras (el año pasado se puso toda la trilogía en un teatro alemán en tres días sucesivos). Y ahora llega a Francia donde ya se han presentado con gran éxito dos obras.

En España, Primer Acto publicó hace años *La valentía de matar* que el grupo del teatro «Teixidors a Mà» va a montar en versión catalana este otoño. Será la primera representación en el Estado español.

Lars Norén nació en Estocolmo en 1944, ciudad en la que ha vivido siempre. A los 19 años publicó su primer libro de poemas «Lilas, nieve».

En quince años publicó otros tantos poemarios entre los que destacan obras maestras como «Revólver» y «Corazón en corazón».

Su primera poesía era un torbellino de fuerzas destructivas expresado en un incontenible alud de imágenes sorprendentes, asociaciones insólitas, mezcladas con una asombrosa incorporación de detalles concretos de la vida más cotidiana —que tan patente se hará después en las exigencias escenográficas de sus obras dramáticas— entreverados con acontecimientos de la alta política mundial.

Norén depurará su poesía y en sus últimos libros, a partir de 1973, su poesía es muy parca en palabras. En todo momento seguirá manteniendo su ternura por los marginados, por los que sufren, por los perseguidos. A principio de los años setenta estaba considerado como el poeta más significativo de su generación.

Después de escribir tres novelas, debutó en 1972 como autor dramático con una pieza de teatro radiofónico *Box One*.

Un años después se estrenó en el Dramaten *El lameculos del príncipe* pieza que trataba del problema del artista y el poder, con escenas excelentes, un poco irregular.

Su primer éxito teatral lo consiguió con la obra *En fruktansvärd lycka (Una espantosa felicidad)* en el teatro municipal de Estocolmo de la mano de la gran directora Suzanne Osten. Bueno, tal vez haya que explicar que la compañía pertenecía al teatro pero la representación tuvo lugar en el apartamento de la directora en el centro de Estocolmo. Era una manera un tanto singular de satisfacer el desmedido afán de naturalismo del autor, sus exigencias de espacio real en el que hay objetos, cosas reales. Difícil ir más lejos. Los espectadores asistían en un piso habitado de Estocolmo a la representación de una historia que se desarrollaba en un piso de la capital. Es una pieza en la que domina la sensación de que todos estamos abandonados, igual que el niño de la pieza.

A requerimiento de las actrices de esta obra de que escribiese algún buen papel femenino, Norén (conocido por su afán de satisfacer las demandas de las mujeres —y hombres— que trabajan con él) escribió *Underjordens leende (Sonrisas subterráneas)* con una protagonista Helena, coreógrafa de profesión. Fue el gran acontecimiento.

El flexible espacio escénico de que disponía la Osten se convirtió en una alargada sala de ensayos de ballet con barra y espejos, en la que estaban los espectadores.

Suzanne Osten escribió un artículo sobre su relación con el teatro de Norén publicado en la historia de su teatro Unga Klara del que recojo unos elementos que pueden iluminar una visión teatral de Norén.

«Los trabajos de puesta en escena de *Underjordens leende* empezaron con la lectura estudio de este poema de Norén:

Jugué al bingo en un espantoso
manicomio de Nueva York
Donde se escribían sobre sus rostros y decían
Qué les pasará
a algunas flores de noche
si no cesa la luz
— Así soy, finalmente.
Me desperté en la opresiva
mañana de Nueva York con una fiera
demencial
dentro de mí, y luego me senté en una cama
de hospital
con verjas hasta el techo
Cuando alguien pasaba por allí yo me desnudaba
Porque hacía calor, era como hartarse
de comer en el calor de la cosecha
y sentí las manchas de los violentos golpes
que me corporeizaban
— Nunca podré estar seguro de verdad.

Y la compañía lee libros de D. W. Winnicott, Alice Miller, Jules Henry, Ashley Montague.

«Las piezas de Lars corresponden a una visión completamente nueva del individuo. Partiendo de la necesidad de expresión verbal de sus personajes describe la verdad de una manera "diferente". La exigencia de Stanislavsky de que mostremos en el escenario a la gente "como es" persiste, pero las personas de Lars muestran disimulaciones, semiverdades, el afán de verdades. Sus personajes creen que lo que están diciendo es verdad, y a veces dicen verdades sin saberlo.

Lars tiene una única exigencia ética: «Las máscaras tienen que caer».

La fuerza de Lars como dramaturgo es el cable de alta tensión que recorre el texto, la amenaza procedente de una sociedad que aniquila a los individuos que la componen. Nuestros grupos de referencia nos preguntan que para qué sirve proponer piezas sobre «individuos tan trágicos». Siempre les contestamos: Los personajes de sus piezas tratan de formular lo que les está pasando, y esa es la única esperanza. Lo que queremos decir es que mientras tratemos de entender sigue habiendo esperanza.»

En 1978 escribió un drama para la televisión *La valentía de matar* emitido en 1980. Un padre, de profesión camarero, invita a cenar en el piso de su hijo a éste y a su novia. Tras una conversación que nos muestra una relación agobiante entre padre e hijo, el único camino para la liberación del hijo, trágico pero inevitable, es el asesinato.

El autor dice que esta pieza no es más que un viejo sueño convertido en drama. Pero de todas las maneras el parricidio es un tema que ya aparece en sus poemas.

En 1982 se estrenó en Malmö *Natten är dagens mor* (La noche es madre del día), título que toma de un verso del poeta Stagnelius.

En esta pieza aparece una familia que intervendrá en varias piezas: padre alcohólico que lleva un hotel en quiebra, madre enferma de cáncer, con dos hijos enfrentados, uno de ellos de 16 años que busca su liberación y su identidad.

La escena final de la obra donde el joven, cuchillo en mano, baila «Night and Day» nos recuerda el gesto del asesinato del padre en *La valentía de matar*.

En *El caos es vecino de Dios* (otro verso de Stagnelius) el estudio de la misma familia se centra más en la figura de la madre, ya devorada por el cáncer, y el retrato de los padres es más generoso, más tolerante. En estas piezas el teatro de Norén se emparenta con el de O'Neill y son de un gran realismo psicológico desarrollándose en un ambiente naturalista.

En todas estas obras nos encontramos siempre en un espacio cerrado, con una estructura familiar muy hermética, en un espacio escénico agobiante, sin salida. La familia se presenta como un grupo de individuos mutuamente dependientes entre sí para existir, cuya estructura inevitablemente hace subir a la superficie lo peor del ser humano y donde el amor y el odio están separados por una línea apenas perceptible.

En ella la vida es una lucha incesante por la liberación, por conseguir librarse del agobio paralizante. Y la liberación parece exigir la muerte del opresor.

En 1984 con el estreno de *Demonios* abandona la familia que ha sido el centro de relaciones padres-hijo para entrar en el mundo del hombre moderno con sus relaciones mutiladas, su necesidad (y falta) de contacto humano, enterrado en una enorme avalancha de palabras.

En *Demonios* la deteriorada relación matrimonial estalla durante la visita de una pareja de vecinos.

Una extraordinaria noche de teatro fue el montaje de

Nattvarden (La comunión) dirigido por Christian Tomner, un réquiem por una madre, una representación de cinco horas en una de las salas de teatro experimental de cámara del Dramaten, cuyas filas de butacas habían sido sustituidas por sillones corrientes, usados, como si se tratase de llevar al espectador al interior de una casa.

En la crítica apareció el nombre de Botho Strauss y sus personajes bien situados económicamente pero espiritualmente muertos.

La comunión se interesa por la crisis matrimonial de la edad madura, y en ella parece que nos acercamos al límite de lo soportable en las relaciones y el diálogo. Pero en el fondo está el enfrentamiento de dos hermanos ante la urna que contiene las cenizas de la madre muerta.

En el 88 vuelve a la familia de *La noche es madre del día* con su pieza *Stillheten (La calma)*. Ha pasado el tiempo: se ha agravado la enfermedad de la madre y se concretan las aficiones por la literatura del hijo pequeño. Y aunque la visión de los padres es más comprensiva, el enfrentamiento sigue.

Ahora se compara a Norén con Strindberg. Las piezas de Norén hurgan tan obsesivamente como las de Strindberg en los interiores familiares aunque el conflicto que más le ha interesado, por ahora, es el de padres e hijos mientras que a Strindberg lo que le obsesionó fue el de marido y mujer.

Cuando me vine a España en julio me dijo que me tenía que dar una pieza sobre O'Neill y probablemente al llegar a Suecia me encuentre con que el Dramaten anuncia el estreno de otra nueva. No será ésta la última presentación de Norén en castellano.

Tarazona, 15 de septiembre de 1989

BIBLIOGRAFÍA

Lars Norén nació en Estocolmo en 1944.

POESÍA Y NOVELA

Lilas, nieve (1963).

Los restos verbales de un esplendor de imágenes que desaparece (1964).

Prólogo n.º 2 a Esquiz (1965).

Enciclopedia. Mémoires sur la fermentation 1-3 (1966).

Abismos (1968).

Salomé (novela), *Las esfinges* (1968).

Revólver (1969).

Los cuidadores de abejas (novela) (1970).

En el cielo subterráneo (1972).

Poemas solitarios, Los cuidadores de abejas, 2 (novela) (1972).

Espejos para ahuyentar animales salvajes (1972).

Rey Yo y otros poemas (1973).

Poemas diurnos y nocturnos (1974).

Diario agosto-octubre 1975 (1976).

Trabajo nocturno (1976).

Orden (1978).

Plomada (1979).

La estrella inacabada (1979).

Corazón en corazón (1980).

TEATRO

Hotel Kingsdon (1968).

Una leyenda de hambre (1970).

Amala, Kamala (1971).

Caja de documentos uno (1972).

Voces (1973).

El lameculos del príncipe (1973).

Acto sin piedad (1978).

La valentía de matar (1978).

La depresión (1979).

El drenaje (1979).

Orestes (1980).

Una terrible felicidad (1981).

Sonrisas subterráneas (1982).

La noche es madre del día (1982).

El caos es vecino de Dios (1983).

Cuando quemaron mariposas en la Sala Pequeña (1983).

Munich-Atenas (1983).

Demonios (1984).

La comunión (1985).

La hamaca (1986).

Aria de venganza (1986).

La calma (1986).

Comediantes (1987).

Seres de un día (1988).

Otoño e invierno (1989).

Hebriana (1989).

(Las fechas que figuran son las del estreno.)

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

De *Natten är dagens mor* hay dos versiones; la completa, publicada por la editorial Bonniers en 1983 bajo el título *Två skådespel* que es la que han usado los teatros en sus puestas en escena y que yo utilicé en mi primera traducción, y otra reducida, empleada, con autorización del autor, para la versión de televisión y que traduje para la versión teatral del Teatro Popular Latinoamericano.

Al consultar con Norén cuál de ellas quería que se publicase en castellano me dijo que la completa.

Al revisar mi primera traducción vi que en la segunda había réplicas mejores que en la primera —Lars tiene un olfato para las réplicas asombroso y es incansable en sus modificaciones— he sustituido algunas de las antiguas con la aprobación del autor.

También he cambiado el título del libro que recibe el joven David el día de su cumpleaños.

LARS NORÉN

**LA NOCHE
ES MADRE
DEL DÍA**

TRADUCCIÓN: FRANCISCO J. URIZ

PERSONAJES

MARTÍN, nacido en 1904.

HELENA, en 1906.

JORGE, en 1930.

DAVID, en 1940.

Época: 9 de mayo de 1956.

Se desarrolla en la cocina grande de un hotel.

PRIMER ACTO

(8.00 - 11.45)

Comienza con cinco pesadas campanadas. Una paloma cruza solitaria el escenario y sale volando por la ventana más alejada. David baja a la oscura cocina, da unas vueltas por allí abriendo puertas y comprueba que está solo, que no hay nadie en el patio ni en los comedores, abre la ventana que da al jardín —prepara el café, coge una taza, pone la radio— música —la apaga— mira en el recinto encristalado de su padre y luego se mira en el espejo varias veces. Va después a la despensa y saca una ratonera en la que hay dos ratas pequeñas, saca un cubo, lo llena de agua, mete las ratas, las saca, juega con ellas. Deja después que la ratonera se hunda en el agua del cubo. De repente se ve de verdad en el espejo, se acerca, se retira, corre hacia él, se para, adopta diferentes poses. Corre las cortinas —vuelve al espejo— el juego se hace un poco más serio —expresa diferentes sentimientos de odio, deseo, desesperación, ganas de matar, miedo, feminidad, masculinidad— trata de imitar diferentes modelos, por ejemplo Montgomery Clift en «De aquí a la eternidad» o Stan Getz durante un concierto —simula que lleva una cámara fotográfica, se fotografía en el espejo y se congela la imagen, se pinta con el carmín de su madre— se acerca al espejo, se mira dentro de sí mismo, se besa en el espejo— se baja los pantalones, se coloca el pene entre los muslos, ocultándolo de manera que parece una chica— va a coger unos cigarrillos de su padre, un Ritz largo, fuma y hace de mujer, no oye los pasos de la escalera.

JORGE. ¿Qué coño crees que estás haciendo?

DAVID. *(Se vuelve, sobresaltado)* ¿Quién? ¿Yo? ¡Nada! ¡No hago nada!

JORGE. Das asco...

DAVID. *(Poniéndose los pantalones)* ¿Cómo? ¿Qué quieres decir? *(Se le cae el cigarrillo)* Me estoy vistiendo.

JORGE. ¿Qué coño te pasa? Das asco.

DAVID. ¿Qué?

JORGE. No eres completamente normal. No eres normal. *(Va a descorrer las cortinas)* O ¿qué?

DAVID. Claro, claro, claro. *(Recoge el cigarrillo)* No entiendo de qué hablas.

JORGE. Pues pronto te vas a enterar.

DAVID. ¿Ah, sí?

JORGE. Tú... ándate con mucho cuidadito; ¿no oyes lo que te estoy diciendo?

DAVID. Claro, claro, claro, lo oigo. Oigo lo que dices.

JORGE. *(Lo mira fijamente)* Espantoso. Quitá de ahí. *(Aparta a David de su camino)* Que te quites, te digo.

DAVID. *(Se retira)* No, no me quito.

JORGE. Lárgate de aquí.

DAVID. ¿Y por qué? No.

JORGE. Me pone enfermo estar en la misma habitación que tú.

DAVID. Pues vete.

JORGE. *(Se echa a reír)* Jamás se me ocurriría semejante cosa... Tengo más derecho a estar aquí que el que puedas tener tú en toda tu vida.

DAVID. Vaya, y ¿quién decide eso?

JORGE. Adivina.

DAVID. Tú. *(Están casi pegados.)*

DAVID. No me toques.

JORGE. No, asco me da. Cierra el pico, maricón de mierda.

DAVID. ¿Tienes un diccionario?

JORGE. ¿Para qué cojones lo queremos?

DAVID. Podríamos buscar la palabra «ingenioso».

JORGE. ¿Qué?

DAVID. Parece como si tuvieses problemas para articular tus ideas. Bueno, Jorge... ¿qué quieres?

JORGE. ¡No pronuncies mi nombre!

(David se calla y se hurga en la oreja.)

JORGE. *(Levanta la mano contra su hermano, la sacude suavemente y trata de decir algo, luego se va calmando lentamente. David espera)* Ten cuidado no sea que te meta mis ideas articuladamente en el culo... *(Va a la cocina de carbón, ve la ratonera en el pozal, la saca y la coloca en el fregadero, de manera que sale toda el agua. Va a servirse café en silencio, sigue hasta la mesa de la cocina, deja el correo a su lado, indicando que David no debe tocarlo, en tal caso le va a pegar)* Utilizas unas palabras muy exquisitas.

DAVID. ¿Te parece? (*Les alarga un vaso de agua a las ratas*) No entiendo por qué cultivas en la cara algo que te sale silvestre en el culo.

JORGE. ¿Qué?

DAVID. Mírate en el espejo.

JORGE. (*No contesta. Toma el café*) A esta familia ya le basta con un maricón que no hace más que mirarse al espejo.

(*David se sirve café y duda entre salir de la cocina o quedarse. Se queda, pero salta y se sienta en el mostrador de servir. Jorge lee el periódico. David empieza a silbar «Concorde», Modern Jazz Quartet, la introducción al piano de John Lewis y luego el vibráfono de Milt Jackson. Jorge lo mira.*)

DAVID. Me siento donde me da la gana. Me iré a mi cuarto exactamente cuando sienta esa necesidad.

JORGE. Ahora ya tienes la maldita habitación que tanto has pedido durante años ¿por qué coño no te quedas allí? ¿Tienes idea de cuánto perdemos? Un cliente al día sólo para que tengas un sitio donde estar y llenarlo de mierda. Ni siquiera sabes silbar.

DAVID. Silbo primorosamente y lo sabes... Tengo un oído perfecto (*Pausa*) ¿Qué tienes tú?

JORGE. ¿Dónde lo tienes? (*Distanciado*) Primorosamente así, sin más.

(*David silba.*)

JORGE. (*Sigue leyendo*) Asqueroso. (*Levanta la mirada*) ¿No oíste lo que dije? ¿No oyes lo que digo?

DAVID. (*Rápido*) ¿Qué quieres? ¿Puedo hacer algo por ti? (*Pausa*) No. (*Comienza a silbar otra vez. «Django». Modern Jazz Quartet.*)

JORGE. *(Después de un largo rato)* ¿Qué crees que puede ser lo que silbas?

DAVID. ¿No lo sabes? Es el solo de John Lewis en «Django». No le falta una nota.

JORGE. Entonces yo soy Billy Holliday *(Con calma.)*

DAVID. ¿La parte de arriba o la de abajo?

JORGE. Oye tú, en esta casa hay diecinueve habitaciones, ¿por qué coño tienes que estar precisamente en ésta? ¡Deja ya eso de una puñetera vez!

(David baja de un salto del mostrador.)

JORGE. Le diré al papá que te fumas en secreto sus cigarrillos.

DAVID. Bueno, me importa un carajo.

JORGE. Le contaré a la mamá que le robas los cigarrillos al papá.

DAVID. Sí, hombre, cuenta.

JORGE. ¿Adónde cojones vas ahora?

DAVID. *(Educadamente)* Todavía no lo he decidido, pero creo que voy a ir al quiosco.

JORGE. No abren hasta las ocho.

DAVID. Ya son.

JORGE. Bueno, pues entonces no abren hasta las nueve.

DAVID. Hoy cumplo años.

JORGE. Tú te quedas aquí hasta que baje la mamá.

DAVID. ¿La viejita?

JORGE. Vamos a tener una conversación contigo, compañerito.

DAVID. ¿Conmigo? *(Se echa a reír)* ¿Y tenéis que ser dos?

JORGE. *(Hace como que no oye, deja el periódico, mira el correo)* Tampoco hoy has recibido carta de Bengt Hallberg. Tampoco hoy ha llegado carta del gran pianista Bengt Hallberg.

DAVID. Me importa un pito lo que no recibo.

JORGE. *(Se ha levantado. Le quita a su hermano la taza de café cuando se da la vuelta)* ¿Y qué crees que tienes de lo que te puedas reír?

DAVID. ¡Dame la taza! *(Furioso)* ¡Dame la taza!

JORGE. ¿Eres tan ingenuo que crees que Bengt Hallberg se va a sentar a escribirte una carta?

DAVID. Dame la taza, te digo.

JORGE. ¿No es hora ya de que te despiertes?

DAVID. ¡Dámela, si no te mato!

JORGE. Al que no cumpla con su obligación no se le dará nada... ¿O qué? El que no trabaja tampoco puede bajar a la cocina sin más, creyendo que puede coger lo que quiera, y pasarse las noches en vela y bajar a comer cuando le de la gana, ¿qué maneras son esas? ¿Quién coño crees que eres?

DAVID. A ti qué te importa quién creo yo que soy.

JORGE. Entonces, pégame, anda... mátame... empieza ya. Espero... Hala, empieza.

DAVID. El café no es tuyo.

JORGE. ¿Ah, no? Mientras tú te pasas el día tumbado en la cama leyendo, yo trabajo... he contribuido, sí, en cada jodida gota de café que te tomas en esta casa... Pero ahora se ha acabado, entiendes, ahora vas a empezar a trabajar quieras o no. Ya estamos hartos.

DAVID. ¿Ah, sí?

JORGE. Sí, estamos hartos, también la mamá. ¿No me crees?

DAVID. Creo que tú lo crees.

JORGE. Tú silba, silba. *(Deja la taza en la mesa)* Y ya veremos quién silba el último, tú o yo. Veremos a ver... a quién elige ella.

DAVID. Pero yo ayudo... hago, hago... yo hago... hago.

JORGE. Claro, claro que sí, tú haces todo, y no sabes nada. *(Pausa)* ¿Y de dónde coño te has sacado la idea de que vas a ser pianista? ¿Es ese maricón de Estocolmo que viene por aquí el que te mete esas fantasías en la cabeza? Tú que ni siquiera eres capaz de aprobar la escuela, tú eres un psicópata aquí dentro *(Se da unos golpes en la frente.)*

DAVID. Dale más fuerte, más fuerte.

JORGE. Si te vuelvo a ver otra vez con esa cría llorona, yo sólo te advierto... porque si te vuelvo a coger con ese tipo perverso en la oscuridad, entonces no vas a saber a quién dirigirte cuando haya acabado contigo...

(David no se va, pone la radio. Se escucha la voz de Arne Thorén:)

GRABACIÓN: «Pronto se va a escribir el capítulo final de la vida de Chessman. Knight repite su decisión: No hay perdón para Chessman. El Gober-

nador Goodwin Knight repitió ayer por la noche que no pensaba indultar a Caryl Chessman, pero el nuevo abogado de éste señaló que todavía tiene la esperanza de poder impedir que lleven a la cámara de gas de San Quintín al joven escritor y forajido. De no ocurrir algo imprevisto, el capítulo final sobre Caryl Chessman, escritor de treinta y dos años, se escribirá en la cámara de gas de la cárcel de San Quintín el viernes, dentro de cinco días, a las diez de la mañana. Hoy se va a hacer un último intento para salvar a Chessman. El doctor William F. Gravel, médico de la cárcel de San Quintín, telegrafió al gobernador: Estoy completamente convencido de que ese hombre es un enfermo psíquico... Además estoy convencido también de que no es el delincuente del Farol Rojo. En Nueva York un grupo de novelistas policíacos y escritores de otros géneros han anunciado que piensan pedir clemencia para Chessman. El doctor Negly K. Teeters, catedrático de la Universidad de Temple y uno de los mejores especialistas del país en temas de régimen carcelario, ha propuesto en un escrito dirigido al gobernador que se le perdone la vida para que «sirva de conejillo de indias a la ciencia. No es un criminal ordinario. Es un talento excepcional. Baso mi solicitud en el hecho que la sociedad sabe tan poco de los criminales psicopáticos. Por eso los científicos podrían sacar un gran provecho de este hombre en sus esfuerzos por comprender cómo y por qué un hombre se convierte en un enemigo de la sociedad». Earl Warren, exgobernador del estado y actual presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, ha llegado tras un profundo análisis a esta conclusión: Si el pueblo del estado de California habló en serio cuando aceptó la llamada «ley del pequeño Lindbergh», entonces este es un caso en el que se debe aplicar la pena de muerte. No hay nada que diga que la ley no debe aplicarse a la gente que escribe libros. A Caryl Chessman le quedan veintisiete horas de vida. En el boletín de las doce les daremos nuevas noticias...»

JORGE. *(Escucha también, pero mira fijamente a*

David, luego apaga la radio) Otra cosa de la que tienes que cuidarte muy bien...

DAVID. Agotas. Y ¿qué es?

JORGE. ¿Qué es? ¿Cuántas veces te he dicho que dejes de una puñetera vez de entrar en mi cuarto?

DAVID. ¿Cómo quieres que lleve la cuenta si no dejas de repetírmelo?

JORGE. Tocar mis discos... y mi saxofón.

DAVID. ¡Pero yo no he estado en tu habitación! ¡Oyes lo que digo! ¡No he entrado en tu habitación!

JORGE. ¿Y cómo te explicas que la boquilla del saxo estuviese ensalivada cuando llegué a casa ayer? ¿A qué vienen esos gritos?

DAVID. ¿No cierras la puerta con llave? ¿Ayer? (*Se abre una puerta. Escuchan*) Es tu madre. (*Pausa*) ¿Qué pasa? (*Alguien baja por la escalera, cantando nerviosamente «Oh, qué mañana tan maravillosa». Los hermanos se miran.*)

Martín entra en la cocina con una bandeja en la que lleva una cafetera, tazas, gafas, un cenicero. Traje gris oscuro, camisa blanca, pajarita a rayas. Desesperación. Cuidadosamente peinado, raya en el medio con algún tipo de fijador o tal vez tenga el pelo tan tieso. Está nervioso, trata de ocultarlo, sabe que no va a poder seguir resistiendo su necesidad de beber, volverá a beber hoy, ha pasado una época difícil, se ha sentido sólo, perseguido, se autodesprecia. Trata incesantemente de que su tensión parezca racional, lo que es un gesto nervioso lo disimula arreglándose la pajarita, bajándose los puños de la camisa, quitando una ceniza invisible, moviendo cosas, escarbándose entre los dientes, etcétera. También silba. Suele mover el pie arriba y abajo como marcando su ritmo interior. Suele hablar en un tono quejumbroso, expresa los restos mentales de un gran refinamiento en rui-

nas. Otro rasgo: es un camarero, un criado, que con su actitud de sumisión e insipidez, de espera simbólica, expresa felicidad y orgullo de lo que ha preparado y puesto sobre la mesa: «soy yo el que he preparado todo esto», etcétera. Hay también en él un desgarrador encanto.

MARTÍN. Hombre, estáis aquí. Good Morning, good morning. Good morning.

DAVID. Si cierras con llave no podré entrar.

JORGE. ¿Ah, no?

MARTÍN. ¿Habéis dormido bien? *(Pausa)* ¿Pasa algo?

(Jorge observa la conducta y el atuendo matinal de su padre.)

MARTÍN. ¿No oís? Buenos días, he dicho.

DAVID. Buenos días. Buenos días.

MARTÍN. ¿Ya de pie? Vaya. ¿Estás enfermo?

DAVID. Claro, claro, claro, claro.

MARTÍN. No ha pasado pues el tiempo de los milagros.

DAVID. Eres tan personal. ¿Te has pedido?

MARTÍN. No, qué va.

DAVID. ¿Hueles así de bien?

MARTÍN. *(Coloca la ratonera en el pozal)* Y naturalmente no queda café. ¿Quién habrá sido el que se ha levantado en plena noche a freírse un entrecote y servírselo con mantequilla aderezada con perejil. Sí, a mí también me hubiese apetecido. ¿Quién

habrá sido? ¿Por qué no comes cuando comemos los demás, como la gente normal?

JORGE. Yo te lo puedo decir: porque no es normal. ¿No lo has notado?

DAVID. (*Divertido*) Creo que es muy aventurado utilizar esa palabra.

JORGE. ¿Cuál?

DAVID. «Normal».

MARTÍN. Ah. Vaya. (*Se sienta. Enciende un cigarrillo. Se sienta de una manera característica, inclinado hacia adelante con los codos sobre la mesa mientras fuma y revuelve el café con la cucharilla, carraspea, aparenta despreocupación.*)

JORGE. ¿O qué?

MARTÍN. ¿Me hablas a mí? Sí, sí, es posible.

JORGE. ¿Qué decías?

MARTÍN. No nada, no decía nada... Parece que hoy también va a hacer calor. ¿No os vais a bañar? (*Pausa*) He dicho que si no os vais a bañar.

JORGE. ¿Hay eco?

MARTÍN. Hoy hará bastante calor. (*Carraspea*) Imaginaos... Si pudiésemos ir todos juntos... como hacíamos antes...

JORGE. ¿Cuándo?

MARTÍN. ¿Cuándo? Por ejemplo... cuando fuimos a Copenhague... supongo que te acordarás.

JORGE. ¿Me acuerdo? ¿Acordarme?

MARTÍN. ¿Qué? ¿Por qué dices eso? (*Tiene un as-*

pecto triste y herido) Era lo que más os divertía.

DAVID. Eres muy generoso al decírnoslo para que así nos enteremos.

MARTÍN. Te tienes que acordar. Íbamos a Copenhague casi todos los domingos.

JORGE. Pero ¿tú te acuerdas?

MARTÍN. Ah, vaya, bueno, perdona pues... perdona que pregunte... ¿No vas a ir hoy a la ciudad?

JORGE. ¿Y qué se me ha perdido por allí?

MARTÍN. Nada, sólo preguntaba...

JORGE. ¿Preguntabas?

MARTÍN. Hombre, me gustaría saberlo. (*Comienza a silbar «När jag vilar i din famn»*) ¿No tienes una amiga allí? ¿Y su señoría excelentísima?

JORGE. Va a estar todo el día pegado al espejo.

MARTÍN. ¿Qué espejo?

JORGE. Te vas a pasar todo el día en la bañera, ¿verdad? ¿No te has dado cuenta? Se pasa el día metido en la bañera con libros y café. ¿A qué coño te dedicas? ¿Aprendiendo a nadar?

DAVID. (*Que ha cogido el periódico antes que Martín*) Mira.

MARTÍN. ¿Qué pasa?

DAVID. Dios mío, pero ¿no has visto? ¿No has visto que Stan Getz va a tocar en Copenhague el miércoles? ¡Mira! Norman Granz presenta «Jazz en la Filarmónica». Stan Getz... pero Dios mío... ¿irás? ¿Podré ir contigo? Papá: ¿me dejas ir con él?

JORGE. Nunca en la vida.

DAVID. Pero yo quiero ir.

MARTÍN. Déjalo que vaya.

DAVID. De todas maneras yo voy a ir, aunque sea lo último que haga en esta vida.

JORGE. ¿Y de dónde vas a sacar el dinero?

DAVID. Es asunto mío.

JORGE. ¿Piensas sacarlo otra vez de la caja?

DAVID. No eres tú el que manda aquí. Es la mamá.

JORGE. En lo que a ti respecta, puedes estar seguro de que soy yo.

MARTÍN. Bueno, bueno, un poco de calma.

JORGE. ¿Es todo lo que se te ocurre que decir?

MARTÍN. A nadie le importa lo que digo.

JORGE. No, claro; pero aun así.

MARTÍN. ¿Me das el correo? *(Lo mira, abre una carta que esperaba, la lee, queda abatido.)*

JORGE. ¿Qué es?

MARTÍN. La puntilla.

JORGE. ¿Cómo?

MARTÍN. Es la amortización.

JORGE. Bueno, ¿y qué? Ya la has pagado.

MARTÍN. ¿Cuándo? Les había escrito pidiendo un aplazamiento del pago...

JORGE. ¿Y?

MARTÍN. Dicen que no, aquí lo tienes con todas las letras.

JORGE. Bien, ¿y entonces qué pasa?

MARTÍN. ¿Que qué pasa?

JORGE. Sí, eso pregunto.

MARTÍN. ¿Eres tonto o...? Tengo que soltar doce mil coronas el lunes, dentro de dos días.

JORGE. ¿Y?

MARTÍN. Tengo ocho mil. ¿De dónde voy a sacar lo que me falta? ¿Puedes darme una idea?

JORGE. Seguro que lo vas a solucionar.

MARTÍN. ¿Y cómo, si se me permite la pregunta? *(Casi en un grito)* ¿Vosotros creéis que yo cago dinero?

DAVID. ¿Y no lo cagas?

JORGE. Todos los meses igual. ¿Por qué te sorprende tanto ahora?

MARTÍN. ¿Qué es lo que dices? ¿Sabes cuánto ha bajado la cifra de negocios? ¿Sabes por qué ha bajado?

JORGE. Me importa un carajo.

MARTÍN. Pues te lo voy a decir, desde que suprimieron la cartilla de racionamiento de bebidas alcohólicas nuestra cifra de negocios ha bajado el sesenta y ocho por ciento... *(Se echa a reír)* sesenta y ocho por ciento. Es que uno no cree ni a sus propios ojos ¿Sabes lo que significa? Pues significa que el año pasado cuando hicimos el balance teníamos

unos ingresos netos de doscientas diez mil coronas... que no es moco de pavo... y este año calculo que llegaremos... sí, no me atrevo ni a pensarlo... si llegamos a ochenta mil podemos estar contentos... Esa es la situación, chiquillo.

JORGE. Yo no soy un chiquillo.

MARTÍN. No, no... pero esa es la situación. Lo único que nos queda es lo de poner a mal tiempo buena cara. ¿No te parece? ¿Qué es lo que miras tan fijamente? Hago lo que puedo. No puedo hacer más.

DAVID. ¿Me puedes dar unas monedas de diez céntimos?

JORGE. Te miro a ti.

MARTÍN. ¿Ah, sí? Perdona que pregunte.

DAVID. ¿Me las das?

MARTÍN. Pero joder, perdona este taco, pero ¿para qué las quieres? Es justo lo que digo, vosotros creéis que yo cago dinero, todas las mañanas. Es tirar el dinero.

DAVID. Tú lo recuperas.

MARTÍN. Sí, claro. Un céntimo de cada diez. No, no te las doy.

(David va a coger unas cuantas monedas de diez céntimos de la caja.)

MARTÍN. *(Sabido que es en vano)* Deja eso, te digo.

DAVID. *(Echa una moneda en el aparato que mide la rapidez de reflejos, aprieta, rapidísimo)* Oh, mira, soy el mejor, soy el más rápido, he vuelto a dejarla en verde. ¡No puedes conmigo! ¿A que no?

JORGE. Eso es para críos.

DAVID. Hay algo enternecedor en tu incapacidad de superar la frontera de la «capacidad de reacción normal» por muchas veces que te pongas ante el aparato con el culo apretado y el pelo bañado en sudor... y sin embargo no puedes conmigo. Si lo consigues te doy mi Maynard Ferguson... ¿te acuerdas? aquel disco maravilloso de setenta y ocho vueltas que compré en el Magasin du Nord. No te atreves, ja, ja, ja.

JORGE. No tengo el más mínimo interés.

DAVID. ¿No? ¿Qué dices? ¿Y si lo hago con la mano izquierda a la espalda? ¿O con los ojos cerrados? ¿O me tumbo en el suelo?

JORGE. Bah... No tengo tiempo para estar aquí todo el día entrenándome como tú.

DAVID. Venga, chico. Yo pago.

JORGE. Qué idiotez. (*Aprieta*) Vaya gilipollez.

DAVID. (*Se echa a reír*) ¿Dónde caíste? ¿Lento? ¿Burgués? ¿Inocente? (*Esquiva el golpe*) Ahora te toca a ti, papá. Venga, coño. Tienes que participar. (*Una lucha cariñosa lleva al padre hasta el aparato. David echa una moneda. Le hace cosquillas.*)

MARTÍN. Es un despilfarro.

DAVID. Cierra el pico y aprieta.

MARTÍN. (*Pulsa el botón, mejor resultado que David*) Ja, ja, ahí tenéis. ¿Lo veis? Increíble, ¿no?

JORGE. Eso es sólo porque te tiembla la mano constantemente.

DAVID. Qué mala suerte, fue porque apretaste antes de que se apagase la lucecita.

MARTÍN. Qué voy a apretar.

DAVID. *(Le revuelve el pelo a Martín. Queda ridículo. A Jorge parece divertirse. Martín tal vez se alegre un poco. Se vuelve a peinar.)*

MARTÍN. Sí, sí, divertíos mientras podáis. *(Suena el teléfono de la oficina)* Y ahora el teléfono. Dejarme en paz. *(Entra en la oficina)* No tengo tiempo para jugar con vosotros. Buenos días. Sí, aquí el hotel Aurora. No, desgraciadamente, hoy está cerrado por inventario... Pero mañana abrimos, a las ocho... Sí, claro, servimos bebidas alcohólicas, nueve habitaciones... Tres comedores, uno de primera, otro de segunda y otro de tercera, para satisfacer todos los gustos posibles... ¿Cómo dice? Un momento, voy a tomar nota. ¿Cuántos? Sí, mañana por la tarde, muy bien, una doble y una sencilla... Lo arreglamos... Sí, muy bien venidos... Muchas gracias... Adiós... Que ustedes lo pasen bien.

DAVID. Comprendo que tengas que lamerle el culo a la gente, pero ¿tienes que hacerlo con tanta complacencia, con tanto ardor? Escribí en la escuela una composición muy comentada sobre Abraham, tú sabes, el que sacrificó a su hijo. Y lo hice camarero... fue muy divertido, me dieron sobresaliente.

MARTÍN. Tal vez deberías ser escritor.

JORGE. Tú también deberías ser algo. Tal vez.

DAVID. Por cierto mañana van a ejecutar a Chessman en la cámara de gas.

MARTÍN. ¿Aún no han matado a ese cerdo?

DAVID. Es inocente. ¿Por qué dices eso?

JORGE. Claro que lo es, tú también.

DAVID. ¿De qué?

MARTÍN. Ahora baja Helena. (*Helena entra en la cocina con una taza de café, dos regalos, un cigarrillo en la boca.*)

HELENA. Ya os he dicho que no quiero que pongáis aquí más la ratonera. (*La saca del pozal*) ¡Uff! ¡Aún están vivas! ¡David! ¡Sácalas de ahí! (*Mantiene la ratonera lejos de ella*) Suéltalas en el bosque.

JORGE. ¿Dónde está el bosque?

HELENA. ¡No volváis a hacer esto nunca!

DAVID. (*Coge la jaula, sale, agitándola como unas maracas*) Carmen Miranda y su conjunto.

MARTÍN. Hola, cariño. ¿Es ya hora de bajar?

HELENA. (*Tosiendo*) ¿Ha llegado el correo?

MARTÍN. Creo que deberías ir al médico con esos tos.

JORGE. (*Irritado*) Que lleve también tu carraspeo.

MARTÍN. ¿Por qué hablas así? Me da pena mamá que lleva tanto tiempo con esa tos... Tiene que ser muy irritante, molesto. Bien puedes entenderlo.

JORGE. ¿Que te da pena mamá? Es una novedad.

MARTÍN. ¿Qué quieres decir?

HELENA. (*Se sirve café, mira por la ventana. Arrullo de palomas*) David.

DAVID. (*Fuera*) Sí, dime.

HELENA. ¿Has estado esta noche paseando por el asfalto?

MARTÍN. Será estupendo cuando tengamos una

autopista de verdad aquí al lado... Quizá sea más atractivo para la gente tomar este camino.

HELENA. Sí, tal vez. (*Entra David*) ¿Qué hiciste con ellas?

DAVID. El boca a boca.

MARTÍN. Aunque entonces no harán más que pasar de largo, sin pararse.

HELENA. (*Se sienta, enciende un cigarrillo*) Sí, eso es lo que yo haría.

DAVID. ¿Qué es eso?

HELENA. (*Le da los regalos a David*) Hoy cumples años.

DAVID. Sí, claro... y entonces se reciben regalos.

MARTÍN. Abre y mira qué es.

DAVID. ¿Qué es?

JORGE. (*Irónicamente*) ¿Qué es?

DAVID. (*Abre el paquete, es el poemario de Rimbaud «El barco ebrio» y una camiseta blanca*) Qué bien... Muchas gracias. Justo una como la que tengo.

MARTÍN. Vaya, así es que hoy cumples años... mi pequeño David... Sí, nunca hubiese podido imaginar (*Se llena de una repentina identificación consigo mismo, sentimentalismo: crueldad durante las vacaciones*) que un día iba a estar aquí en casa con dos hijos tan majos como vosotros, ¿verdad, mamá? ¿Qué hemos hecho para merecer esta felicidad? Sí, me estoy acordando de cuando anduvimos por aquí un día de agosto de 1939 mirando chalés... Por fin habíamos convencido a tu padre de que firmase el aval. Estuvimos todo el día dando vueltas mirando

no sé cuántos chalés y por la tarde cuando los arcos de mis pies comenzaban a hundirse lentamente y estaba pensando, no, ya no doy un paso más, ya está bien, ahora nos volvemos a la ciudad a nuestro pequeño apartamento de Skillingsgränd y nos quedamos allí... entonces dice Helena, no, vamos a ver también esta manzana y al doblar la esquina, digo aquí ya no hay casas, no hay más que un cascajal, pero allí estaba la casita más hermosa que había visto en mi vida y dije, esta casa no puede estar a la venta. No, seguro que no, dijiste, pero tengo tanta sed, ¿crees que podemos llamar a ver si nos dan un vaso de agua? No, no puedes hacer eso, y lo hizo, claro, y abrió la puerta una viejecita diciendo: Pero ya los manda la agencia de ventas, y Helena se hizo la tonta... y no sé como, bueno, el caso es que el viernes siguiente habíamos comprado la casa y habíamos empezado a cambiarnos, y yo pedí un día libre para ayudar a vuestra madre a colgar las cortinas y esas cosas... ¿Te acuerdas de aquella tarde cuando volvíamos a la ciudad lo felices que éramos?

JORGE. No te echarás a llorar ahora.

MARTÍN. Tú estabas con la abuela.

JORGE. ¿No le has comprado un regalo?

MARTÍN. *(Todavía más apagado)* No se sabe nunca qué regalarle. Tiene todo lo que puede desear. *(Saca de su cartera vieja un billete de 50 coronas)* Toma estas cincuenta coronas para que te compres lo que quieras. Felicidades, David.

DAVID. Gracias, papá. Muchas gracias.

HELENA. *(Le parece que es demasiado dinero, pero no dice nada)* ¿Qué libro es ése?

DAVID. Poemas. «El barco ebrio».

HELENA. Pero tú querías un libro de poesía...

DAVID. Sí, mamá. Se titula así.

JORGE. Así es que hoy cumples años, ¿eh?

DAVID. Parece que sí... ¿No me habrás comprado nada, verdad? He estado a punto de decir, no habrás sido tan tonto...

JORGE. Pues sí, te he comprado una cosita. *(Sale.)*

DAVID. No...

HELENA: ¡Qué detalle, David! Tienes un hermano buenísimo.

MARTÍN. Bueno... ahora sí que empiezas a hacerte mayor de verdad, David. *(Pausa. Para sí mismo)* Sólo me pregunto qué va a ser de ti.

DAVID. Seguro que será un disco.

MARTÍN. Uno no puede dejar de preocuparse por el futuro de sus hijos.

DAVID. Todo irá bien.

MARTÍN. Pero tú entiendes que tu madre y yo estamos preocupados, claro.

DAVID. ¿Por qué? ¿Es que no voy a poder siquiera celebrar mi cumpleaños en paz?

JORGE. *(Vuelve)* Felicidades.

DAVID. ¿Es para mí? ¿De verdad? *(Se alegra muchísimo)* Gracias, realmente no hacía falta. *(Abre el paquete, saca un libro)* Muchas gracias.

MARTÍN. ¿Puedo verlo?

HELENA. *(Lo coge, lo mira)* Ahora ya tienes unos cuantos libros.

MARTÍN. ¿Cómo se titula?

HELENA. *(Se lo pasa.)*

JORGE. Se titula «Instinto criminal».

MARTÍN. ¿«Instinto criminal»? ¿Dónde están mis gafas?

JORGE. Trata de dos judíos homosexuales que mataron a un chiquillo en Estados Unidos y luego lo metieron en una cañería de desagüe después de haber tratado de dejarlo sin pito con ácido nítrico.

MARTÍN. Ah, aquellos dos... ¿Cómo se llamaban? ¿No se llamaban Leopoldo y algo así como Loeb? Fue una historia terrible. Una historia terrible.

JORGE. Yo qué coño sé cómo se llamaban. Espero que aprendas algo de este libro.

DAVID. Muchas gracias, Jorge. Gracias, gracias, gracias, es un regalo que nunca voy a olvidar.

HELENA. ¿Qué vas a hacer con tus palomas, David?

DAVID. ¿Qué has dicho?

HELENA. ¿No crees que empiezan a ser demasiadas? Creo que empieza a haber un olor como a mo-
ho ahora con el calor.

MARTÍN. *(Irritado)* ¿Qué pasa?

DAVID. *(El libro ha llenado a David de miedo, temblores y una sensación de flojera que luego volverán sin que él pueda entender de dónde le vienen, inmediatamente rechaza las causas)* Nada... No es nada, repito.

HELENA. Tomas demasiado café.

MARTÍN. Sí, pero es culpa nuestra... Me acuerdo de cómo tu abuela te daba café cuando sólo tenías un año, y tú sentado en sus rodillas lo sorbías. Te quería tanto.

DAVID. ¡No es verdad! ¡Eso son gilipolleces! Tengo todo limpio.

Martín silba «Wonderful, wonderful Copenhagen».)

HELENA. ¿Qué placer te proporcionan?

DAVID. La mierda desaparece con la lluvia. Del tejado, quiero decir.

HELENA. Esta noche ha habido tormenta.

MARTÍN. ¿Esta noche?

HELENA. Tú no te fuiste a la cama como me dijiste que ibas a hacer.

DAVID. ¿Qué? No, ayer salí a pasear y me he acostado esta mañana.

HELENA. Si tienes dificultades para dormirte pídele un somnífero a tu padre.

JORGE. No las tendría si trabajase algo por el día.

MARTÍN. No podías dormir ni cuando eras un bebé. Yo me pasaba las noches paseándote en brazos. Por fin tuvimos que ir al hospital para que te enseñasen a dormir.

JORGE. ¿No podemos hablar de alguna otra cosa?

DAVID. ¿Y la tarta?

MARTÍN. ¿Qué tarta?

DAVID. Esa repugnante tarta de mazapán.

MARTÍN. ¡Repugnante! ¡Pero si siempre te ha gustado!

DAVID. Pero ya no me gusta.

HELENA. Pero claro que te gusta la tarta de mazapán, siempre te ha gustado.

(Martín recoge sus cigarrillos y su encendedor de oro.)

HELENA. ¿A dónde vas?

(Martín piensa meterse en el despacho que tiene en el recinto encristalado.)

HELENA. ¿Es que nunca vamos a poder estar juntos? ¿Tienes que andar siempre escondiéndote en algún rincón? Quédate ahora aquí con nosotros. ¿Qué es lo que corre tanta prisa?

MARTÍN. *(Carraspea)* Pensaba repasar las cuentas y los pedidos y preparar la declaración...

HELENA. Pero Dios mío, ¡si estamos a nueve de mayo!

MARTÍN. Sí, ya lo sé, pero es que ando un poco retrasado. Otras veces me das la lata con eso. ¿Cómo quieres que haga? ¿Lo sabes?

HELENA. ¿Qué te dijeron los de la fábrica de cerveza?

(Martín niega con la cabeza.)

HELENA. ¿Negaron con la cabeza?

MARTÍN. Bien podría decirse.

HELENA. ¿Y?

MARTÍN. Lee tú. *(Le da la carta.)*

HELENA: *(Lee)* ¿Qué vas a hacer ahora?

MARTÍN. No tengo ni idea. Ni idea. No sé qué vamos a hacer. No tengo muchas salidas. No, ahora la suerte está echada.

HELENA. ¿Qué carta más insolente! ¿No podías haberles escrito antes? ¿Cómo pueden darte un corte así? Nosotros nunca hemos dejado de pagar las amortizaciones.

MARTÍN. ¿Y a ellos qué más les da? *(Pausa)* ¡Les importa un pito lo que nos pueda pasar! Yo puedo apoquinar ocho mil coronas y luego me quedo en la ruina, más no puedo hacer...

HELENA. ¿Y Schmidt?

MARTÍN. Nunca en la vida. Nunca. Ni hablar.

HELENA. Sí, tienes que hacerlo. Tienes que ir a hablar con él.

MARTÍN. Nunca, te digo. Por encima de mi cadáver.

HELENA. En lugar de estar aquí haciendo pedidos de comida y bebida para la que ya no tenemos clientes.

MARTÍN. ¡No voy a mendigarle nada! ¿Oyes lo que te digo?

JORGE. ¿Por qué gritas?

MARTÍN. Hay ciertos límites que un hombre no puede franquear sin... sin que...

HELENA. No, no los hay. No en lo que a ti respecta.

MARTÍN. Claro que los hay... ¡puedes estar segura de que los hay!

JORGE. No grites.

MARTÍN. No te mezcles en esto, no es cosa tuya.

JORGE. ¿Por qué no te atreves a hablar con Schmidt?

MARTÍN. ¿Atreverme? ¿Por qué iba a tener miedo?

HELENA. Tiene tanto dinero que ya ni siquiera paga.

MARTÍN. Es nuestro mejor cliente. ¿Qué iba a pensar si fuese a pedirle un préstamo. ¿Te das cuenta? No tienes el menor sentido de lo que es comportarse como... es necesario.

JORGE. (*Se ríe burlonamente*) ¿Cómo? ¿Comportarse? ¿Y cuando vomita aquí? ¿Es eso un comportamiento... necesario?

MARTÍN. Sí, llámalo como quieras.

HELENA. Ayer estuvo sentado allí y a las diez y media ya no se tenía y levantó el mantel y vomitó sobre el hule y luego estiró bien el mantel, y lo aplastó con cuidado y volvió a poner el jarrón de flores y los ceniceros.

MARTÍN. Qué sinvergüenza... ¿Quién servía?

HELENA. Agneta.

JORGE. ¿No te acuerdas de la semana pasada cuando estaba tan borracho que Berggren no se atrevió a llevarlo en el coche a su casa y tuvo que quedarse a dormir en la siete? Pues hizo lo mismo —vomitó en toda la cama y luego puso el edredón y la cubierta y se marchó a casa. Así es que mañana recibirás un ramo de flores.

MARTÍN. Nunca había oído una marranada igual. ¿Por qué no me cuenta a mí esas cosas nadie?

HELENA. Pero pagará la cuenta de la lavandería.

MARTÍN. ¡Es un cerdo, ese hombre!

DAVID. No te dejes avasallar, papá. No hay nada que cabree tanto a uno como andar por el mundo mostrándose sumiso. Levántate y usa tus alas.

MARTÍN. (*Suspira*) Si salimos de ésta tendremos que reducir la plantilla, pero la mamá no quiere.

HELENA. Los salarios no son el mayor gasto.

JORGE. Creo que deberíamos reducir a David.

MARTÍN. No empieces otra vez con eso.

JORGE. Mamá, ¿es que realmente queréis que este se pase aquí el verano sin dar golpe? Entonces no me queda más remedio que decir que me voy de casa. (*A Helena*) ¿Es que no oyes lo que digo? O procuras que éste se busque un trabajo o me voy de casa.

HELENA. ¿Adónde te vas a ir?

JORGE. No es asunto tuyo.

HELENA. No puedes hacerlo.

JORGE. Y entonces intentas conseguirte alguien que haga lo mismo que yo: pintar, hacer recados, fregar, reparar el tejado, servir, hacer la limpieza, poner las mesas, arreglar el jardín...

MARTÍN. Bueno, bueno, ¿tenemos que hablar de eso precisamente ahora?

JORGE. Sí, ¡tenemos que hacerlo!

HELENA. Sí, es absolutamente necesario.

MARTÍN. Bien, entonces adelante. ¿Qué quieres que haga?

JORGE. Darle una paliza. A ver si le metes un poco de discernimiento. Puedo ayudarte, si no puedes con él.

HELENA. David... ¿es que no hay ninguna cosa que te apetezca hacer?

DAVID. Muchas. Matar a ese tipo de ahí.

JORGE. (*Agresivo*) Que coja el trabajo que le den, si no que se vaya de aquí. O él o yo. Si no empleáis ahora mano dura, me largo. ¡Ya hemos hablado demasiado! (*Indignado, desesperado*) Ya no soporto más verlo. Basta con mirarlo... (*Se levanta*) ¿De qué te ríes? Tú no eres normal.

HELENA. ¿Adónde vas?

DAVID. Adiós. Fati.

JORGE. (*Lívido*) ¿Qué has dicho?

HELENA. Jorge, ¡cálmate!

DAVID. (*En inglés*) Cálmate, Georg.

JORGE. ¿Qué has dicho?

DAVID. (*En inglés*) Georg.

HELENA. Sube a tu habitación.

DAVID. ¿Por qué? No soy yo el que soy Jorge.

HELENA. Sube, te digo.

JORGE. No, déjalo que se quede... Poneos de su parte.

HELENA. No me pongo de parte de nadie. Estoy completamente de acuerdo contigo en que tiene que buscarse un trabajo.

JORGE. *(Se va)* Ya veréis.

MARTÍN. *(Entra en el recinto encristalado. Se sienta, enciende un cigarrillo.)*

HELENA. *(Saca un montón de servilletas, unas cuarenta, y comienza a doblarlas)* ¿Por qué lo provocas?

DAVID. No puedo evitar que su aceitosa brutalidad me saque lo más desagradable que llevo dentro.

HELENA. *(Cariñosa)* ¿Hoy juegas a que eres... quién?

DAVID. Hoy, mamá, juego a que soy yo.

HELENA. No sé por qué eres así. *(Pausa.)*

DAVID. ¿No lo sabes?

HELENA. No. Chiquillo. *(Pausa)* ¿Qué es lo que te asusta tanto de salir un poco y estar con la gente?

DAVID. Gilipolleces. Gente. Dime dónde está.

MARTÍN. No le hables así a tu madre.

HELENA. No puedes pasarte toda la vida metido aquí.

DAVID. Gilipolleces.

HELENA. Será peor para ti.

DAVID. Es posible. Gilipolleces.

MARTÍN. No oyes lo que te digo, no le hables a tu madre de esa manera.

HELENA. ¿Qué piensas ser?

DAVID. ¿Qué has dicho? ¿Ser?

HELENA. ¿Qué va a ser de ti?

DAVID. ¿Cuándo?

HELENA. ¿Qué?

DAVID. Nada.

HELENA. David.

DAVID. No sé.

HELENA. ¿Qué es lo que no sabes?

DAVID. Pues tampoco lo sé.

HELENA. ¿No es ya hora de que trates de averiguarlo?

DAVID. Ya lo he intentado. No me sirvió de nada.

HELENA. Pero, ¿qué es lo que quieres?

DAVID. Una chaqueta negra.

HELENA. Pero, algo habrá que quieras hacer, no sé... No te puedes pasar la vida dando vueltas día y noche sin saber qué hacer.

DAVID. Lo que haga por las noches lo puedo decidir yo solito.

HELENA. Deja ya de balancearte en la silla así.

DAVID. Entonces casi es mejor que me largue.

HELENA. ¿Qué?

DAVID. Que es mejor que os diga adiós y gracias y me largue.

HELENA. Bla, bla, bla. ¿Y adónde te vas a ir?

DAVID. Ya lo verás. Te mandaré una postal.

HELENA. No te las podrías arreglar ni un solo día ahí en el mundo.

DAVID. ¿Y por qué no? No sé por qué cojones va a ser peor que esto.

HELENA. ¡Qué horror! ¡Cómo juras!

DAVID. ¿No tengo razón acaso? ¿Es eso?

HELENA. No hables así.

DAVID. Te ahorrarías verme. ¿Por qué me habéis impedido irme antes? Lo siento, pero Iván se largó de casa para combatir en la primera guerra mundial a los dieciséis años y tú dices que me parezco mucho a él. Te importa un pito lo que hago, lo único que quieres es que no esté aquí. ¡No haces más que ponerte del lado de las camareras contra mí!

HELENA. No me pongo al lado de nadie.

DAVID. Me iré. Sí. Así podrás quedarte con ese muñeco de ventrílocuo que tienes ahí encristalado
(*Se ríe.*)

HELENA. ¡Qué risa más dura!

DAVID. (*Se levanta para marcharse*) ¡Quédate ahí sentada doblándote las tetas! (*Con odio, fríamente*) ¡Sé quién eres! ¿Entiendes? (*No se va.*)

MARTÍN. (*Sale de su garita encristalada*) ¿Qué estás haciendo?

HELENA. ¿No lo ves?

HELENA. ¿Tienes que hacerlo ahora?

HELENA. Ayúdame si tienes ganas.

HELENA. Ya estás haciendo otra vez el trabajo de Mona. ¡Que sentido tiene que le pague por un trabajo que haces tú! ¿Puedes explicármelo?

HELENA. ¿No crees que tiene bastantes preocupaciones? *(Pausa)* Con un marido borracho que no hace más que esperarla y ella que no se atreve a ir a casa. Un buen día la va a matar.

MARTÍN. Bueno, no puedo ser la asistencia social de todo el mundo. No te imaginarás que te van a dar las gracias... qué va, se ríen de ti a tus espaldas. Creen que eres tonta.

HELENA. Dios mío, lo único que hago es doblar alguna servilleta, Martín. Lo puedo hacer mientras hago punto.

MARTÍN. Sí, sí, ya sé lo rápido que trabajas, no hace falta que me lo digas. Tengo una suerte tremenda de que estés a mi lado, en otro caso creo que no hubiese ido todo como ha ido. Se quedan gracias a ti.

HELENA. Ya he terminado.

MARTÍN. ¿Y ahora qué vas a hacer?

HELENA. Ahora voy a poner las servilletas en el armario y me voy a bajar al sótano para separar los manteles de ayer. *(Helena coloca las servilletas en su sitio, luego se pone una horrible bata de nilón rosa.)*

MARTÍN. ¿Tienes que ponerte eso?

HELENA. ¿Te la vas a poner tú?

MARTÍN. Y tú, ¿no tienes nada que hacer? *(Pausa)* ¿Les has dado de comer a las palomas?

DAVID. Las he puesto a régimen para que no caguen tanto.

MARTÍN. ¿Te has hecho la cama?

DAVID. *(Lo mira con asombro) ¿Estás loco? (Música en el piso de arriba. Jorge en su cuarto sigue un disco de Gerry Mulligan acompañándolo en su saxofón que se oye algo más que los otros instrumentos. Line for Lyons. David escucha con placer.)*

MARTÍN. Ya empieza... Ya vuelve a empezar. Ahora vuelve a empezar este maldito ruido. Ya ha empezado.

DAVID. Calla.

MARTÍN. ¿No hay ningún sitio donde uno pueda estar en paz?

DAVID. ¿No puedes callarte? No puedes ser bueno y meterte en tu despacho y hacer pedidos... por ejemplo, ¡un hígado nuevo! *(Sigue la música.)*

MARTÍN. *(Suspira, se distiende de repente)* No sé que voy a hacer contigo.

DAVID. Cómprame un gramófono.

MARTÍN. ¿Un gramófono?

DAVID. Sí, un gramófono.

MARTÍN. ¿Para qué lo quieres? Ya tienes ése de ahí. *(Señala equivocadamente el aparato de radio)* Vosotros creéis que yo cago dinero.

DAVID. En ese no puedo escuchar microsurdos, sólo discos de setenta y ocho revoluciones.

MARTÍN. Ya te basta.

DAVID. Entiendo que así lo creas. Sólo puedo oírlo por las noches. Y entonces no me dejáis.

MARTÍN. Pero es que no vas a subir a tu habita-

ción a hacer algo, algo que te parezca divertido, lo que sea. O ¿por qué no sales a dar una vuelta en bici?

DAVID. ¿Por qué? Estoy bien aquí. ¿Quieres librarte de mí?

MARTÍN. ¿Librarme de ti?

DAVID. Me estáis tratando como si fuéseis el FBI, tú y la mamá y ese Edgar Hoover de ahí arriba.

MARTÍN. ¿Por qué iba a querer librarme de ti? Quédate ahí si te apetece.

DAVID. Gracias.

MARTÍN. ¿Qué sabes tú del FBI?

DAVID. Más que tú.

HELENA. (*Que pasa por allí*) No estés balanceándote en la silla así.

DAVID. Reconoce que el Fati tiene de todo y que siempre ha sido así. El tren mecano, el saxofón, velomotor, cuarto propio, y ahora hasta se va a dejar barba... Le basta con decir una cosa para tenerla. ¿Qué tengo yo? Ese polvoriento magnetófono Luxor con un montón de grabaciones de cintas de acero de las que ya no se encuentran y por eso tengo que copiar todas las composiciones que me gustan.

HELENA. El trabaja, David.

DAVID. ¡Cómo coño lo sabéis!

MARTÍN. Qué lenguaje empleas... ¿Es eso lo que te enseñan en el colegio?

DAVID. ¿No os podíais haber contentado con él? ¡El niño modelo, que trabajaba ya desde la cuna! ¿Por qué cojones tuvisteis que traerme al mundo?

MARTÍN. (*Levantándose*) Si vais a seguir riñendo podéis marcharos de aquí. Estoy tratando de preparar el menú para la semana que viene. (*Helena tose.*)

MARTÍN. ¿Cómo te encuentras? ¿Dónde vas ahora?

HELENA. Voy a bajar al sótano para separar los manteles que hay que lavar y ver los que podemos zurcir sin que se note demasiado. Podríamos poner manteles la mitad de grandes y seguiría siendo tan pulcro como ahora.

MARTÍN. Pero Dios mío... Me voy a volver loco.

DAVID. Iremos a hacerte visitas como siempre.

MARTÍN. (*Suspira*) ¿Qué he hecho?

DAVID. ¿Te lo digo? ¿Quieres que te lo diga? ¿Quieres? ¿Sabes cómo te llaman las camareras? «El puente de los suspiros». «Lo que el viento se llevó». «De aquí a la eternidad». «Sed».

MARTÍN. ¿Ah, sí? Vaya...

DAVID. ¿Verdad, mamá?

MARTÍN. ¿Por qué no vas a comprarme un paquete de cigarrillos?

DAVID. ¿Qué me das?

MARTÍN. Una paliza si no cambias de tono cuando hables conmigo.

DAVID. Inténtalo y verás. (*Breve pausa*) Si me das diez coronas.

MARTÍN. ¿Estás loco? Ahora debería verte tu madre.

DAVID. Sí, es mi madre, no la tuya.

MARTÍN. Bien lo sabe Dios.

DAVID. Cinco coronas, pues.

MARTÍN. ¿Por andar los trescientos metros que hay hasta el quiosco? Pero si tú vas varias veces al día. Ya te he dado hoy cincuenta coronas.

DAVID. Déjalo. Ve tú.

MARTÍN. Si le hubiese hablado yo así a mi padre... no puedo ni imaginarme lo que me hubiese hecho. Me hubiese sacado el alma a bofetones.

DAVID. Dame pues dos coronas. ¿Qué quieres?

MARTÍN. Ya lo sabes. Fumo siempre Ritz. Un paquete de Ritz largos.

DAVID. Okey. Sólo voy a coger el jersey.

MARTÍN. *(Grita)* No corras a esa velocidad. ¡Un día te vas a matar!

DAVID. *(Ya en el piso de arriba)* ¿Qué decías?

MARTÍN. Que no corras así; no, no decía nada. *(Pausa)* ¿Ya estás aquí?

DAVID. *(Poniéndose el jersey)* ¡Dame el dinero!

(Martín saca la cartera y le da el dinero. David sale corriendo. Martín va hasta la ventana, y se queda allí mirándolo. Luego va a la puerta del sótano, escucha. Después vuelve a la cocina, abre rápida y temblorosamente el armario de las bebidas, saca una botella de Vodka, desenrosca el tapón, lucha consigo mismo, la vuelve a poner en su sitio, cierra los ojos, respira profundamente, vuelve a cerrar el tapón, traga, cierra el armario, casi se va corriendo de allí, entra en su despacho, saca un frasco con pastillas tranquilizan-

tes, lo sacude de manera que se caen unas cuantas al suelo, se traga las pastillas, recoge las caídas, trata de meterlas en el frasco, respira como si hubiese corrido un kilómetro. Sale luego a la cocina y se las traga con un vaso de agua. Trata de tranquilizarse, vuelve a la ventana, descorre la cortina gris, llama a las palomas, imitando su arrullo con gran habilidad, habla con una de ellas, es un personaje al mismo tiempo conmovedor y grotesco.)

HELENA. *(Ha vuelto del sótano)* ¿Decías algo?

MARTÍN. ¡Socorro! ¡Socorro! *(Se lleva las manos al corazón)* ¡Dios mío, qué susto me has dado! El corazón... Ay, ay, ay... ¿Por qué tienes que venir así furtivamente? ¡Me vas a matar de un susto! ¿Tienes que andar siempre con ese sigilo?

HELENA. ¿Qué hora es?

MARTÍN. Ya lo ves, pronto serán las diez en punto.

HELENA. ¿Qué estás haciendo? *(Encuentra sus cigarrillos, enciende uno, se sienta.)*

MARTÍN. ¿Por qué lo dices? Me asustaste.

HELENA. Estás lívido.

MARTÍN. Claro, no es tan extraño cuando tú andas por la casa como un fantasma.

HELENA. ¿No te encuentras bien?

MARTÍN. No, no me encuentro bien. Me siento mal.

HELENA. ¿Sí?

MARTÍN. Es el estómago. *(Hace ruidos, intenta atrapar aire con la boca)* Me suben cosas.

HELENA. ¿Qué clase de cosas?

MARTÍN. Yo qué sé. ¿Cómo voy a saberlo? Es la úlcera. No soporto la leche.

HELENA. Bebe agua.

MARTÍN. Gracias. Muy generosa.

HELENA. ¿Qué vamos a hacer con David?

MARTÍN. ¿David? ¿Qué le pasa? *(Pausa)* No sé, Helena.

HELENA. ¿No crees que ya es hora de averiguarlo?

MARTÍN. ¿Quieres decir que es culpa mía?

HELENA. *(No sabe qué decir)* ¿Está en su cuarto?

MARTÍN. No, ha salido. *(Se pone a silbar «Vildanden», una canción sentimental.)*

HELENA. ¿Y?

MARTÍN. ¿Qué quieres que haga? ¿Que lo ponga de patitas en la calle?

HELENA. Mano dura. Trata de ser un padre para él.

MARTÍN. ¿Ah, sí?

HELENA. ¿A qué huele por aquí?

MARTÍN. ¿Huele?

HELENA. Sí, ¿a qué hueles?

MARTÍN. ¿Yo? ¡No huelo a nada! He tomado una pastilla de mentol. ¿Es que no puedo ni siquiera tomar una pastilla de mentol? *(Le echa violentamente el aliento a ella)* ¿Ves? Una pastilla de mentol. Y ahora qué dices, ¿eh? ¿Puedo retirarme a seguir con mi trabajo?

HELENA. Hablábamos de David.

MARTÍN. Hablabas de David.

HELENA. Yo no, Jorge. Pero estoy de acuerdo con él.

MARTÍN. Tú sabrás lo que es mejor. Te tiene mucho más miedo a ti que a mí.

HELENA. Entonces tienes que ayudarme a emplear mano dura si va a pedirte ayuda.

MARTÍN. Sí, sí... Haré lo que pueda. ¿Te basta? He terminado el menú de mañana. ¿Tienes tiempo?

HELENA. Martín, ¿no puedes subir a su cuarto y sentarte con él tranquilo y explicarle que ya está bien, que ya basta? Podemos ir a la oficina de colocaciones el lunes. Es una vergüenza. Pero es tan casero. Nunca hemos podido llevarlo a ninguna parte, ni siquiera a los campamentos de verano.

MARTÍN. Bueno, estuvo hace unos años en uno de los pioneros socialdemócratas.

HELENA. Sí, ¡y menudas escenas!

MARTÍN. ¿Te leo ahora el menú o no?

HELENA. ¿Cómo?

MARTÍN. Aún trato de llevar un hotel...

HELENA. Sí, lee lo que quieras.

MARTÍN. Gracias. (*Carraspea*) Empezaremos con unos canapés, consomé de cola de buey. Revuelto de setas, de entrantes. Y después había pensado en un lenguado al horno gratinado.

HELENA. Mañana no hay pescado.

MARTÍN. Sí, pues sí que lo habrá, fíjate. El pescadero va a venir a ver a su madre que está en el asilo y le voy a pedir que me traiga unos lenguados.

HELENA. Te cobrará extra.

MARTÍN. Sí, es posible. *(Pausa)* Pero bueno, ¿llevo un hotel o un tabernucho...? Y luego perdiz, ¿te parece bien? Ternera guisada con setas, salsa de vino blanco y...

HELENA. ¿No bastaría con la perdiz?

MARTÍN. ¿Quién hace el menú, tú o yo?

HELENA. Pero es innecesario.

MARTÍN. ¿Quién lleva el restaurante, tú o yo?

HELENA. Es que no entiendo porque vamos a poner tantos platos cuando no viene nadie.

MARTÍN. No, claro. Pero no tengo fuerzas para explicártelo ahora.

HELENA. ¿No pensarás ponerte a hacer preparar sesos de ternera? La ternera la puedes guardar para el lunes...

MARTÍN. ¡Pues no, coño, porque entonces estará casi podrida! ¿Has entendido? ¡Estará casi podrida pero entonces viene muy bien que la sirva Mona! Se puede ir todo a la mierda. ¿O quieres que te diga lo que habrá de postre?... Macedonia de frutas ¿satisfecha? ¿O ponemos peras en vino? *(Pausa)* Vinos: Amontillado, Margaux... No, es demasiado selecto. Quitamos los vinos, ponemos aguardiente y cerveza y entonces también podemos quitar el cuadro de Dardel del restaurante de primera y poner un Lars Norrman!

HELENA. ¿También hay que pagar a la carnicería?

MARTÍN. Sí, claro. ¿Eres tonta?

HELENA. ¿Y la panadería?

MARTÍN. Sí, deberían haber cobrado hace tres semanas... No hay ya nadie que no tenga que cobrar, excepto yo. Así es.

HELENA. ¿Sí?

MARTÍN. Sí, Helena, es algo que no puedo contestar, trabajo dieciocho horas al día, exactamente igual que tú y no hacemos más que ir como los cangrejos, lenta pero implacablemente, hacia atrás.

HELENA. Es lo que estoy tratando de decirte, Martín.

MARTÍN. Y no puedo encontrar un fin a todo esto, ¿y tú, puedes?

HELENA. No debías haber alquilado este chamizo.

MARTÍN. ¡No empieces con esto otra vez! Joder, yo no puedo ser responsable de que este gobierno socialista acabe de un plumazo con el racionamiento de bebidas alcohólicas y borre con cuatro rayas toda mi vida y todas mis ambiciones y trate de derribar todo lo que construimos ¿o qué?

HELENA. Yo también creí que un día íbamos a estar mejor.

MARTÍN. Y así fue. ¡Mejoramos! Empezamos a trabajar para nosotros, aunque en estos momentos sea inútil... Pero esto es nuestro ¿No significa nada para ti? Tal vez creas que hubiese sido mejor seguir en correos... quizá quieras volver allí y andar dando vueltas y vueltas... No os falta nada, no os habéis levantado nunca con hambre de la mesa —ellos tienen todo lo que han querido... basta con que señalen una cosa... Están tan diabólicamente mimados que es una vergüenza. Tiene cada uno su cuar-

to, pero en cambio yo... ni siquiera dispongo de un despacho donde poder ocuparme de los negocios, tengo que contentarme con estar ahí dentro en esa garita, donde todos me pueden ver como si estuviese en un escaparate.

HELENA. Yo no me encuentro bien aquí... Vine contra mi voluntad. Todos mis amigos y conocidos...

MARTÍN. ¡Ya sé lo que dijeron! Ya sé lo que piensan de mí. Pero cuántos de ellos pueden presumir de un ingreso anual de doscientas diez mil coronas... ¿Entonces yo debería haber seguido de camarero el resto de mi vida y haberme roto el alma trabajando para otros? ¿Es lo que crees? ¡Nunca en la vida! No volveré jamás. Preferiría suicidarme... Y así podrías volverte a Estocolmo y vivir con el dinero del seguro de vida. Pienso cumplir con mis deberes hasta el último momento. No le debo a nadie ni cinco.

HELENA. No has pagado las primas del seguro en los últimos ocho meses.

MARTÍN. ¡No sabes lo que dices! ¿Que no las he pagado? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Has metido las narices en mis papeles privados...? Claro que las he pagado. Puedes estar segura.

HELENA. No.

MARTÍN. Te digo que sí.

HELENA. No, Martín.

MARTÍN. «No, Martín...» Puedes creer lo que te salga de las narices... ¿Te acuerdas de lo que hemos pasado...? Tienes idea de cómo me sentía al llegar a casa a las tres todas las noches y no poder verte, ni dormir bien siquiera una sola noche en diez años, y no hacer más que pasear por la habitación con un crío en brazos, un crío que se pasaba las noches llorando y una esposa a la que no podía ni tocar.

HELENA. Luego mejoró todo.

MARTÍN. Para mí no. *(Pausa)* No, Helena... Para mí, no. Seguía siendo un infierno. Y por si fuese poco tus parientes y amistades me miraban por encima del hombro... esa gentuza de mierda... Pero ahora sí, me aceptan... Ahora nos aceptan, ahora que pueden venir y quedarse en el hotel comiendo y bebiendo todo lo que quieren.

HELENA. Les diré que no son bienvenidos.

MARTÍN. No lo vas a hacer. Claro que son bienvenidos. No te atrevas. Si en cambio, por una sola vez, pudieses ayudarme un poco. Si por un solo día pudiese vivir sin tu maldita suspicacia.

HELENA. Acaso no.

MARTÍN. No, no lo has hecho.

HELENA. Tan pronto como tenemos problemas vuelves a empezar.

MARTÍN. Entonces no hubiese tenido tiempo para nada más. Déjalo ya.

HELENA. O si hubiésemos ido a Estocolmo. Estuvimos sólo unas horas comiendo y pasándolo bien y esperando que telefonease Mona.

MARTÍN. Cháchara... Palabras.

HELENA. Nada de cháchara.

MARTÍN. Ya esta bien. ¡Se acabó! ¿No me oyes? ¿No oyes lo que digo? Me voy a volver loco. ¿Qué quieres que haga? Si tú pudieses darme una sola vez... Helena, si pudieses darme tu amor.

HELENA. Yo puedo, Martín.

MARTÍN. Pero ¿cómo es tu amor?

HELENA. Desesperadamente fuerte.

MARTÍN. Helena... (*Le coge la mano*) No estés siempre diciendo que no voy a poder solucionarlo.

HELENA. No importa lo que diga, eso no va a mejorar nada.

MARTÍN. No... No... Sólo pensaba que quizá tú... si pudiésemos empeñar las joyas.

HELENA. No.

MARTÍN. ¿No?

HELENA. No, nunca... Jamás.

MARTÍN. Bueno...

HELENA. Las joyas de mi madre, no.

MARTÍN. No, claro, ya lo sabía... Aunque no sea más que empeñarlas, todo estará a tu nombre y las desemeñaremos tan pronto como tengamos dinero...

HELENA. No importa. Es lo único que me queda de casa de mis padres.

MARTÍN. También tienes una araña de cristal.

HELENA. Y no pienso desprenderme de ella nunca. Digas lo que digas.

MARTÍN. ¡Eres mi mujer! ¿O no lo eres? ¿No vas a ayudar a tu marido...? No, tú no piensas así. Nunca podría pasarte por la imaginación.

HELENA. No las voy a vender ni a empeñar nunca.

MARTÍN. No. ¿Y supongo que tampoco querrás pedírselo a Erik y a Mariana? Tienen el dinero a capazos.

HELENA. No. A espuertas.

MARTÍN. Aunque bastaría con cuatro mil coronas. ¿Por qué no puedes llamarlos?

HELENA. No.

MARTÍN. ¿Por qué?... Bien puedes decirme por qué.

HELENA. No, no quiero. No quiero pedirles nada más.

MARTÍN. No, claro. ¿Qué te he hecho? ¿Qué te he hecho? No.. tal vez sea mejor que me muera... para que tú y los chicos os divirtáis un poco. Te diré, por si te interesa, que si no les pides dinero a Erik y Mariana no tengo salida. ¿Lo entiendes? La quiebra. A la vista de todo el mundo. Y eso si que no lo soporto. No tengo fuerzas para soportar una cosa así. ¿Lo entiendes? Vi cómo lo pasó mi padre... Tú te puedes ir al infierno y hacer lo que quieras con la araña de tu madre. *(Se levanta y se retira a su despacho encristalado.)*

DAVID. *(Viene con el paquete de cigarrillos, se cruza con Helena que está saliendo en ese momento)* ¿Qué pasa, mamá?

(Helena sale en silencio.)

DAVID. ¿Qué pasa, mamá? *(Entra en la cocina, va hacia el despacho encristalado del padre)* ¿Qué has hecho?

MARTÍN. No he hecho nada.

DAVID. ¿Por qué llora la mamá?

MARTÍN. No llora.

DAVID. ¿Por qué no llora la mamá?

MARTÍN. ¿La has visto llorar alguna vez?

(David va a la nevera, bebe leche.)

MARTÍN. No bebas tan deprisa... ¿Quieres reventarte el estómago?

DAVID. ¿Quieres tus malditos cigarrillos o no? ¿Por qué reñiais ahora?

(Martín sale.)

DAVID. ¿Por qué tienes el pelo así?

MARTÍN. ¿Cómo?

DAVID. Con raya en medio.

MARTÍN. Siempre lo he llevado así, desde que hice la primera comunión. ¿Es que no está bien?

DAVID. Está perfecto. Da una impresión tan desagradablemente pulcra, es como un tajo, como si estuviese desamparado bajo la guillotina. *(Se pone el pelo como Martín)* ¿Lo cuelgas a secar todas las noches?

MARTÍN. Vaya...

DAVID. Sí.

MARTÍN. *(En voz baja)* No entiendo de qué me hablas. Yo me encuentro a gusto con mi peinado.

DAVID. ¿Es hora ya? ¿Padre? ¿Piensas hacerlo? No creo que debas, padre.

(Martín calla.)

DAVID. Siento llamarte padre, cuando quiero decir «papá». Tú no eres ninguna de las dos cosas... ¿No podrías serlo pronto? No pongas ese aspecto tan espiritual.

Martín coge los cigarrillos y se mete en su despacho. David se queda apoyando la cara contra los cristales como si se estuviese reflejando en la expresión de Martín. Luego va a la cocina. Martín se queda sentado, manteniendo su expresión herida y desesperada.



SEGUNDO ACTO

(12.00 - 16.30)

La radio está puesta, el reloj del ayuntamiento da las campanadas de las doce —luego sigue el Poema del Día. El actor Ulf Palme lee un poema de Hjalmar Gullberg. Martín está solo en la cocina, está preparando la comida, apaga la radio. Se ha quitado la chaqueta, ha tomado unas copas. No se le nota. Ha escondido botellas con bebidas alcohólicas por sitios diferentes. Está nervioso y distendido al mismo tiempo, se le caen cosas, no se da cuenta. Fríe algo. Friega los platos. Limpia la mesa. Pone la mesa. Contempla el resultado. Lo aprueba. Silba. Pausa en la preparación del almuerzo. Lo vemos controlar todas las puertas y ventanas y luego abrir un armario que hay debajo del fregadero y sacar una botella de un pozal lleno de peladuras de patata, bebe, se enjuaga la boca, toma una pastilla de mentol. Parece sentirse bien. David ha puesto el reloj avisador, de repente suena. Martín se asusta, da casi una vuelta completa: «Maldito crío... No aprenderá nunca». Jorque está trabajando con su moto en el garaje durante el monólogo de Martín y de vez en cuando los acelerones parece que van a derribar las paredes.

MARTÍN: Bueno, ya les basta... Si no están conformes que se vayan a comer a otra parte. Creo que ya puedo llamarlos. *(Se tienta el vientre)* No voy a comer nada, no tengo ganas. Es un hecho incontrovertible que la leche me sienta mal al estómago, es como si tuviese algo aquí que está aspirando por to-

da esta parte (*Tose*) y por eso tengo un ardor de estómago tan violento... (*Eructa, enciende un cigarrillo. Se queda mirando por la ventana*) Sí, sí... ¿Qué hora es? Las doce ya... Entonces tengo que llamar al Monopolio de bebidas alcohólicas antes de la una. Es mejor que lo haga antes de que bajen. (*Entra en el despacho, marca el número. Espera*) ¿Por qué no contestarán? Dígame. Sí, buenos días soy el dueño del hotel Aurora. Sí, quiero hacerles un pequeño pedido. ¿Cree que me lo pueden mandar en el autobús de las tres?... Estupendo... Así me gusta. ¿Puede anotar el encargo?... Espere un momento lo tengo escrito por aquí en alguna parte... ¡Aquí! Sí, ¿está preparada? Bueno, nueve botellas de aguardiente, cinco de coñac, dos de Chartreuse, tres de Strega. Le gusta mucho a mi hijo pequeño. (*Escucha, se ríe*) Un momento, dónde estoy, sí, aquí, además seis botellas de Geissweilewer e hijo... para tener en casa, e hijo... para tener en casa, e hijo... Sí, tengo suficiente whisky, pero mándeme de todas formas cuatro o cinco Black & White, digamos cinco, es algo que siempre se vende... y luego cerveza, seis cajas de cerveza rubia y una de negra... No, nada más... ¿Le he pedido licor de cacao? ¿No? Pues póngame también una botella... Y cuánto es... (*Espera*) Apúntemelo en la cuenta y también los gastos de envío. Gracias por esta vez, muy amable. (*Cuelga*) Muy bien. Esto me ha salido muy bien. (*Se pone la chaqueta, va y se mira al espejo, se peina, se endereza. Suspira. Se sacude un poco de caspa que le ha caído en el hombro*) Soy demasiado blando, es mi único defecto. Siempre lo he sido, demasiado bueno. Siempre lo decía mi madre: Martín es tan bueno que es capaz de comer ratas. (*Al espejo*) Yo podía haber llegado a cualquier sitio. Pero entonces... fue como un rayo que cae de un cielo azul... vinieron a llevárselo y lo metieron en la cárcel... ¡Y de esa manera acabaron mis estudios! No me quedó más remedio que ponerme a trabajar... El verano de 1924 empecé a trabajar en el restaurante Kramer de Malmö para poder alimentar a Lars y a Lena y a Nisse y Anna y Sven... (*Se suena*) Fue entonces cuando mamá cayó enferma, trastornos mentales...

bueno, loca de atar. Pero en cierto modo fue casi un alivio... que él desapareciese... ¡No era el viejo horrible que volvió un año más tarde! Ya no era cuestión de bajarse los pantalones como buenos chicos para que nos diese con el cinturón... ¿Qué dices? En San Sigfrido creo que se encontraba bien. No lo sé, porque yo no fui hasta después de su muerte... Fue el invierno del cuarenta y uno, cuando me dieron tres días de permiso en la base naval de Muskö y bajé hasta estos pagos. *(Pausa)* Lena podría prestarme cuatro mil coronas sin notarlo... Creo que la llamaré esta noche... A la hora de la verdad siempre suele ser generosa... *(Abandona el espejo)* ¡Helena, Jorge...! ¡Venid ya! ¡La comida está servida! *(Silencio. Pone la radio. Arne Thorén informa desde Nueva York, Caryl Chessman. Apaga la radio)* ¿Me oís? ¿Dónde os habéis metido? Si queréis comer, bajad ahora mismo. *(Sirve la comida directamente sobre el tablero de la mesa, no en los platos)* ¡Vamos a comer!

(Silba «How much is that doggie in the window?...») Es típico... Aquí está uno matándose para que coman bien y cuando se dignan venir ya está todo frío... Bueno, la culpa es de ella. Si fuese al médico para que le quitase esa tos horrible. En el mejor de los casos. ¡Helena! ¿Es que no queréis comer...? Pues nada, lo dejáis. ¡Qué despilfarro! *(Se da cuenta de lo que ha hecho, echa la comida de la mesa a la sartén, limpia bien la mesa y todo vuelve a quedar perfecto)* ¡Ya no os llamo más! ¡Helena! ¡Pero no oyes que te estoy llamando! Tengo que telefonar a Gugge y pedirle que me guarde las cajas de bebidas en su despacho para que no se queden en mitad de la plaza... así podré pasar esta tarde a recogerlas. Jorge está con la moto y David no tendrá hambre hasta bien entrada la noche. ¡Helena!

(Jorge entra por la puerta del jardín.)

MARTIN. *(Con una sonrisa)* Hombre, ya estás aquí. ¿No vas a comer hoy? *(Jorge lo mira atentamente.)* Os he preparado la comida. ¿No me oís cuando os llamo? *(Comienza a fregar las cacerolas con cierto*

nerviosismo, pasa la sartén una y otra vez sobre el fuego. Abre la carbonera) Coño, podía habérmelo imaginado... ¿No podrías bajar a subir un poco de carbón? ¿Cómo? Ah. Tienes que comer algo antes de marcharte a la ciudad. Por lo menos podrías contestar... Había pensado que podríamos comer juntos por una vez, nosotros solos, tú y yo y David y Helena... ¿Dónde está David? *(Irritado)* ¿Otra vez en la buhardilla? *(Silencio)* ¿Así es que arreglando la moto? *(Silencio)* ¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?... ¿No estás bien? No tienes buen aspecto. Anda a lavarte las manos y ven a sentarte a la mesa y a comer. ¿No serán preocupaciones sentimentales? *(Se sienta enciende un cigarrillo)* ¿Por qué no traes a casa a tu chica? Parece una muchacha maja... ¿No pensarás prometerte? Podríamos hacer una gran fiesta para Pentecostés, si te apetece... salmón cocido y patatas al eneldo y ese vino blanco que te gusta tanto Liebfraumilch... Dios mío, cuando no se tiene cabeza hay que tener pies... A la mamá se la has presentado... ¿No comprendes que a mí también me gustaría conocerla? ¿O es que te avergüenzas de mí? *(Silencio)* No debes hacerlo. Es inútil. *(Silencio)* Ahora sí que es hora de que vengan. *(Silencio)* Quizá no hayas notado como ha decaído el último año... Ha adelgazado tanto que ya ni come... Querría pedirte... ¿No podrías hablar con ella sobre esa horrible tos? No te sería demasiada molestia llevarla al hospital el lunes para que la vieses... Tú sabes el miedo que tiene a todo lo que sean médicos. Pero ahora tenemos que ayudarnos y entre todos llevarla al hospital... Se pasa las noches tosiendo, a veces me parece que se va a romper en pedazos... Tenemos que decírselo en serio tú y yo... y dice que es una distensión... *(Levanta el brazo izquierdo como si fuese un ala)* Pero no me lo creo en absoluto... *(Silencio)* ¿Qué pasa?... ¿Por qué estás ahí mirándome como un pasmarote? *(Se limpia la boca)* Tengo gusanos en los labios, o ¿qué te pasa? *(Silencio)* Deja ya de mirar. ¿Así es que no vas a comer nada? Soy demasiado bueno, ese es mi mayor defecto. Soy una puta mierda. ¿Y? Entonces casi sería mejor que te marchases. *(Silencio)* ¿Qué coño mi-

ras! ¡Lárgate de aquí si no sabes comportarte como un ser humano! (*Se miran fijamente*) Ahora te exijo que... digas algo... ahora vas a decir algo. ¡Sal de este cuarto! Bah, déjalo, quédate ahí todo lo que quieras.

HELENA. (*Entra*) ¡Esto es una cámara de gas! ¿Querías algo?

MARTÍN. No, nada.

HELENA. Me pareció que gritabas. (*David baja las escaleras corriendo a toda velocidad.*)

MARTÍN. Un buen día se va a abrir la cabeza, eso sí que es seguro.

DAVID. ¿Qué hora es? ¿Qué hora es? ¿Qué hora es?

MARTÍN. Tranquilícese, jovencito, calma. El reloj sigue estando en la pared.

DAVID. (*Pone la radio. Música*) Mierda, demasiado tarde. Es tarde en la tierra. ¿Ha oído alguien las noticias? ¿Qué ha pasado con Chessman?

MARTÍN. Deja puesta la radio. Escucha lo que están tocando. Es Jussi cantando «Land du välsignade». (*Sigue cantando.*)

DAVID. ¿Qué han dicho de Chessman?

MARTÍN. (*Sube el volumen*) ¿No es maravilloso? (*Canta acompañando a la radio.*)

HELENA. (*Apaga la radio*) No tan alto.

DAVID. ¿Qué ha pasado con Chessman?

MARTÍN. A ése lo han colgado.

DAVID. Qué va, no lo van a colgar. Lo van a matar con gas cianico. Lo piensan llevar a una habi-

tación verde y atarlo a una silla de acero y luego saldrán y sellarán la puerta. Y después dejarán caer unas bolas de cianuro en un recipiente y cuando se rompan saldrá el gas letal y luego él, que estará allí sentado, tratará de respirar y tardará casi un cuarto de hora en morir... No tienen derecho a matar a la gente así... Ni aunque fuese culpable, y él no lo es, lo ha demostrado... Lee su libro «A través del purgatorio», y ya verás... el taquígrafo estaba casi ciego.

JORGE. No puedes cerrar el pico. Se te desborda la boca. Nos ahogan tus palabras.

MARTÍN. A Thuneman bien lo hubiesen podido matar pero en cambio lo mandaron a la cárcel. A esos va el dinero de nuestros impuestos, para que disfruten de la vida. *(Se hurga los dientes.)*

JORGE. Ahí es donde terminará ése si no se endereza, entre criminales.

DAVID. *(A Martín)* Eres un mal educado. ¿Tienes que estar siempre haciendo ese ruido?

MARTÍN. Si, tengo que hacerlo.

DAVID. ¿No han dicho nada de Chessman?

MARTÍN. ¿Cuándo iba a tener tiempo de oír la radio?

DAVID. No tengo hambre.

HELENA. Tienes que comer. Estás creciendo todavía.

DAVID. Voy a tomar una taza de café. Si me la dais.

MARTÍN. Claro que te la damos. ¿Qué quieres decir con eso?

DAVID. Muchas gracias.

MARTÍN. Helena, ¿no vas a comer un poco?... ¿Tienes otra vez dolores? (*Helena va a bajar algo de un aparador.*) Bájaselo. Ayuda a la mamá. Haces demasiado punto.

HELENA. No, es esta dichosa distensión.

MARTÍN. No entiendo cómo no ayudáis a vuestra madre con las sábanas. ¿Por qué va a tener que estar en el sótano y plancharlas sola?

DAVID. Tenemos máquina.

MARTÍN. Pero, ¿eres tonto? Alguien tiene que tirar de las sábanas mientras ella le da al manubrio de los rodillos.

HELENA. No voy a planchar hoy.

MARTÍN. El lunes vas al médico.

HELENA. Tiene la consulta los jueves.

MARTÍN. No importa, tienes que ir a la ciudad. Te has pasado la primavera quejándote y tosiendo y con dolores. Ahora te vas a preocupar de ir a un médico y enterarte de qué es lo que tienes. Ya estoy hasta los cojones.

HELENA. No es nada. Es sólo una distensión.

MARTÍN. Eso es infantil, Helena. El lunes te lleva Jorge al médico y enseguida te pones bien. Una distensión no puede durar meses. ¿De dónde te viene la tos en ese caso? Vamos a sentarnos y comer de una vez.

HELENA. ¿Por qué has puesto tanta comida?

MARTÍN. Olvídate. Come ahora que ya está todo preparado. (*Enciende un cigarrillo.*)

HELENA. Sólo quiero una taza de café.

MARTÍN. Hubiese podido jurarlo. Y uno aquí matándose.

DAVID. (*Pone la radio, Jorge la apaga*) ¿Es que no voy a poder oír la radio, mamá, el último día que estoy aquí?

MARTÍN. ¿Qué tonterías son esas? ¿El último día que estás aquí? ¿Adónde te vas a ir?

DAVID. ¿No puedo oír la radio? Mamá.

HELENA. ¿Tienes que oírla?

MARTÍN. No, a ver si podemos estar en silencio y en calma. Raras veces tenemos la oportunidad de comer juntos sin el personal a nuestro alrededor. (*Silba una canción de una película del Stan Laurel y Oliver Hardy...*) Sienta bien este jersey. Jorge no dice nada. No hace más que estar ahí callado. ¿Estás arreglando tu moto? ¿Piensas venderla? Con lo bien que la has cuidado, te darán bastante por ella. ¿No te apetece un poco de bacon, Helena?

HELENA. Me da náuseas sólo de verlo. Es como si la comida se me fuese metiendo por la boca ella sola. ¿Tienes que fumar mientras comemos?

MARTÍN. No, no, perdona. Ya lo apago. (*Pausa*) Bueno, ¿y cómo se siente uno al cumplir los dieciséis?

DAVID. ¿Cómo? No sé.

HELENA. Deja ya de balancearte en la silla.

MARTÍN. El verano que cumplí dieciséis años me embarqué, en el buque escuela «Halcón», navegamos a Kiel y Rotterdam y...

DAVID. Una experiencia agradable.

MARTÍN. No, no lo fue. Fue horrible. Creí morir-me varias veces... En un barco de vela uno tiene que solucionarse las cosas por su cuenta. Allí no es eso de levantar el teléfono y llamar al médico o a los bomberos... No, cuando llevas un ancla en la gorra te tienes que solucionar todos los problemas. Deberías haberlo vivido. No hubieses aguantado ni una hora. Te hubiesen tirado por la borda, hijo mío. Un chico se cayó del palo mayor y se rompió la espalda y yo tenía tanto miedo cuando subía que estuve a punto de cagarme en los pantalones muchas veces pero tenía que seguir, y se vomitaba en la gorra. Ahora sale el sol. ¿Por qué no hace éste más que mirarme?

HELENA. ¿Quién?

MARTÍN. Jorge. ¿No lo ves? Está todo el rato ahí sentado sin moverse mirándome, como si yo fuese un leproso... ¿No puedes decirle que me deje en paz, Helena?

HELENA. Jorge, ¿qué te pasa? (*Martín silba la canción de «Moulin Rouge».*) ¿Jorge?

MARTÍN. Ha estado así todo el día, primero la toma con David y ahora me toca a mí. (*Pausa*) Bueno, no vais a comer nada, será mejor que quite la mesa... (*Comienza a quitarla. Lo miran fijamente. Lo hace con torpeza, coloca los platos con demasiada fuerza, los coge mal, se pone nervioso. Al final coloca las gafas por equivocación en la bandeja y tropieza en una silla cuando va a retirar las cosas. Luego se vuelve a sentar. Silba. «How much is thath doggie in the window...?» Los mira. Se pone furioso, se levanta y va hacia Jorge que está apoyado en el fregadero*) ¡Vete al garaje! ¡Ya está bien!

JORGE. Tienes razón.

MARTÍN. Claro que la tengo. Y ahora te largas de aquí, ¿entiendes?

(Jorge le pone la mano sobre el rostro a Martín, lo lleva de esa manera, haciéndole andar de espaldas, hasta la pared opuesta y luego lo empuja hasta tirarlo al suelo, donde queda sentado. Le obliga a quedarse en esa postura presionándole en la cabeza.)

MARTÍN. *(Levanta la mirada humillado, desesperado)* Pero, ¿qué haces...? ¿Qué clase de demonio eres?

JORGE. ¡Sabes bien qué soy, sabes bien quién soy!

MARTÍN. No, no lo sé. Yo no sé quién eres...

JORGE. ¿Verdad, mamá?

MARTÍN. ¡Suéltame! ¡Helena! ¿Cómo puedes permitir que me trate así? ¡Estás levantando la mano contra tu padre!

HELENA. ¿Has vuelto a empezar?

MARTÍN. A empezar ¿qué? ¿Qué quieres decir con eso! ¡Déjame que me levante!

JORGE. Has vuelto a beber.

MARTÍN. ¡No, no he vuelto! ¡No he tocado una gota durante meses! Sólo leche. ¡No he bebido ni una cerveza! Déjame levantarme, me cago en la puta, si no, no sé qué voy a hacer.

HELENA. *(Con calma)* Se te nota.

MARTÍN. *(A gritos)* ¿Qué se nota?

HELENA. Todo.

MARTÍN. Estoy cansado, agotado, llevo varias noches sin dormir... ¿Entiendes?

HELENA. No, Martín, se te nota. No puedes ocultar nada.

MARTÍN. ¡Te digo que no he bebido! Dile que me suelte.

MARTÍN. (*Hace más fuerza, le aprieta la cabeza*) Tú te quedas donde estás.

MARTÍN. ¡Ay... ay... ay! ¡Estás loco! ¡Ay!... Os arrepentiréis. ¡Podéis estar seguros!

JORGE. Esta vez no va a haber período de bebida. ¡Esta vez no te vas a beber todos los ahorros!

MARTÍN. ¡Es mi dinero! Además eso ya se ha acabado. ¡Helena, mírame! Te he hecho una promesa sagrada y tú lo sabes, Helena...

HELENA. (*Va hacia él y lo huele como un animal. Martín la huele a ella*) No comprendo cómo aún te atreves.

MARTÍN. (*Con lágrimas en los ojos*) ¿No puedes dejar que me levante?

DAVID. Suéltalo. Deja que se levante.

HELENA. No aguantas el alcohol.

MARTÍN. Lo aguanto igual que cualquiera... Lo que pasa es que no me dejáis beber como cualquiera. Si pudiese tomarme una copa como cualquiera, cuando me pareciese que me la había ganado, todo sería paz y contento.

HELENA. Cuando has empezado a beber no tienes más resistencia que una colilla en un retrete.

MARTÍN. ¿Qué lenguaje es ése?

JORGE. No eres hombre. (*Le tira del pelo.*)

HELENA. Ya está bien, Jorge.

JORGE. Quiero las llaves.

MARTÍN. ¿Qué putas llaves?

JORGE. No te hagas el tonto. Las llaves de la bodega.

MARTÍN. Las llaves de la bodega, y ¿para qué las quieres?

JORGE. ¿Me las das por las buenas o te las quito a la fuerza?

MARTÍN. ¡Por mis cojones! ¿Para qué coño las quieres?... Es mi bodega... ¡Ay, ay! (*A grito pelado*) ¡Ay, me haces daño! Ay. (*Se echa a llorar.*)

HELENA. (*Va hacia la ventana y la cierra*) Es mejor que no se enteren todos de lo que estamos pasando.

JORGE. (*Le da un golpe*) No entiendo cómo puedes estar ahí mintiéndonos a la cara. (*Lo sacude*) ¡Apesta a aguardiente!... ¡Es lo que has estado haciendo siempre desde que yo era niño! Nunca he podido traer a nadie a casa, nunca he podido ir a ningún sitio o hacer nada sin que empezases a beber, cada puta fiesta, cada puta Navidad, fiesta de San Juan, Pascua... todas las putas fiestas te ponías a beber y estropeabas todo. Pero ahora se ha acabado, ¿entiendes? ¡Ahora te vas a marchar de esta casa!

HELENA. No, no seas tan duro, Jorge. Va a ser mejor que me des las llaves y subas a acostarte.

MARTÍN. He dicho que no. ¡Son mis llaves!

HELENA. Dame las llaves ahora mismo. Vamos al médico.

MARTÍN. ¿Acaso estoy enfermo?

HELENA. Sí.

MARTÍN. No, te digo, ¡nunca jamás! No le doy las

llaves. Preferiría que me matase... Sí, anda, pégame, si te atreves. Te denunciaré a la policía. Pagarás caro hasta la señal más pequeña que me hagas... Ay.

JORGE. Mamá, cógelas.

HELENA. ¿Dónde las tiene?

MARTÍN. ¡Dejad de joder ya con las llaves! ¡No oís lo que digo! ¡No oís lo que digo!

JORGE. ¡Ya no vas a gritar más! Vete a abrir la ventana para que todos puedan oír cómo se comporta el dueño del hotel cuando está en casa.

HELENA. No entiendo cómo te atreves...

JORGE. Mamá, déjate ahora de eso... Dámelas.

MARTÍN. No me toques. Tú no me tocas.

JORGE. No te quedes ahí parado. Echa una mano.

DAVID. ¿Y qué hago?

JORGE. Sujétale las piernas mientras la mamá le quita las llaves.

DAVID. No, no tengo ganas. Dejadlo que beba hasta que se muera.

MARTÍN. ¡Súbete a tu habitación!

DAVID. ¿Por qué no os separáis?

JORGE. Déjate de eso ahora. Ven a ayudarme.

DAVID. ¿Qué quieres que haga?

JORGE. Que vengas aquí y lo sujetes mientras la mamá le quita las llaves, ¿crees que lo podrás hacer?

DAVID. Claro.

JORGE. Míralo.

DAVID. Papá, dale las llaves.

HELENA. Martín, dame las llaves.

JORGE. Dale las llaves. Luego te suelto.

MARTÍN. No, he dicho. Nunca jamás.

JORGE. Entonces ven a echar una mano. Joder, tienes que hacer algo.

DAVID. ¿No puedes sujetarlo tú solo mientras mamá le coge las llaves?

JORGE. ¿Quieres que le pegue una patada? ¡Deja de estar ahí comiéndote las uñas!

(David va hacia el grupo, no sabe qué hacer.)

JORGE. ¡Sujétale las piernas! ¡Siéntate encima!

DAVID. Dale ya las llaves a ver si termina este espectáculo. No te queda más remedio.

MARTÍN. No me toques. No me toques. No me toques. No debes ser como tu hermano.

JORGE. ¿Qué has dicho? Sí, sí, ¡grita! Mamá. Coge las llaves.

HELENA. Basta ya, Martín... no aguanto esto más...

MARTÍN. *(Con auténtica desesperación)* ¡Qué crees que aguanto yo! ¿Quién tiene la culpa de todo esto? ¡Tú! ¡Tú! Tú has hecho que estos puedan hacer conmigo lo que quieran.

HELENA. Oh, Dios mío...

MARTÍN. ¿Dios?... Y que eso venga de ti... Te ma-

to si me rozas lo más mínimo. (*Grita*) ¡No me toques, no, no me toques! Oh, Dios mío, qué es esto. ¡Ay, ay, ay! (*Le quitan las llaves. Jorge, Helena y David interpretan un número de baile cantando «No, they can't take away from me», Jorge y David dan vueltas y lanzan con elegancia a Helena de uno a otro.*)

JORGE. ¡Las tengo, las tengo, las tengo! ¡No te muevas, mierda disecada! ¡Mamá, aquí están! Suéltalo, que se quede ahí tumbado... (*Mientras Martín sigue en el suelo le agarra el vestido a Helena y lo desgarró. Jorge le da una patada. Martín ruge.*)

HELENA. ¡No, Jorge! Ten cuidado, puedes hacerle daño.

MARTÍN. ¡Estoy sangrando! ¡Estoy sangrando!

JORGE. Levántate, te digo. (*David cree que él está en el suelo como Robert Ryan en «Knockout» y desde allí mira a Jorge que lo ha derribado y está esperándolo: pantalones de seda, manos duras en guantes de boxeo. Jorge está dando la espalda al público. David le mira fijamente a la cara. Las cuerdas del rincón de un ring. Jorge se vuelve, tiene una enorme erección muy visible.*)

HELENA. Dame las llaves, Jorge.

JORGE. Casi es mejor que las guarde yo, mamá.

HELENA. Levántate, no sea cosa que te vaya la sangre a la garganta.

MARTÍN. (*Se limpia la boca*) Adónde voy a ir... adónde voy a ir... adónde voy a ir...

JORGE. Levántate y vete a la cama.

MARTÍN. ¿No hay nadie que me pueda ayudar... no hay nadie que me pueda ayudar? Esto es terrible. ¡Oh, esto es espantoso!

HELENA. Levántate.

MARTÍN. Os arrepentiréis. Os arrepentiréis de esto los tres. Es la última vez que me veis.

HELENA. A mí me parece que deberías subir a acostarte. A ver si así te calmabas.

JORGE. A mí me parece que deberías morirte.

DAVID. A mí me parece que deberías volver a ser bueno. *(Se echa a llorar.)*

HELENA. David... *(Pausa)* ¿Ves? *(Pausa)* ¿Lo ves?

MARTÍN. Yo no he hecho nada.

HELENA. Has destrozado su vida.

JORGE. Ja, ja.

HELENA. Has destrozado todo. Has destrozado mi vida y la de los chicos. *(Pausa)* ¿Qué te pasa, David?

DAVID. Nada... Déjame en paz.

HELENA. No llores...

DAVID. No lloro.

MARTÍN. *(Sigue mirando con odio a Helena)* Gracias, Helena, por tu falta de consideración... ¡Míralo que le has hecho! ¡Míralo!

DAVID. ¿No puede ayudarme nadie, no puede ayudarme nadie?

MARTÍN. ¡Qué madre!

DAVID. ¿Qué he hecho, qué he hecho?

MARTÍN. ¡Qué madre!

JORGE. Ahora se pone histérico.

HELENA. Ha sido tu espeluznante pasión por la bebida.

MARTÍN. Bueno, a otro perro con ese hueso, tú también bebes tan pronto como lo tienes a mano... cuando vienen Erik y Marianne os pasáis la noche bebiendo mientras os sirvo. No estés triste, David. Desde ahora ya no vas a tener que verme. ¿No te alegras?

HELENA. ¿No sería mejor que volviesses al hospital?

MARTÍN. ¡Ni se te ocurra! Sólo te digo: ¡No conseguirás llevarme vivo allí otra vez! ¿Me oyes, coño insensible?, no te digo más.

JORGE. No le hables así a la mamá.

MARTÍN. ¡A mi mujer le digo lo que me sale de los cojones sin tener que pedirte permiso a ti! He estado casado con ella veinticinco años... y ahora tú no vas a... tú no vas a...

HELENA. Suénate.

DAVID. Me acuerdo de la vez pasada... cuando tuvo delirium.

MARTÍN. ¿Y ahora qué coño se le ocurre a éste? ¡Delirium! Así es que yo he tenido delirium. ¡A ver si tienes más cuidado con las palabras que usas!

DAVID. El verano pasado cuando la mamá estaba en Estocolmo y Jorge en el servicio militar... y yo estaba solo contigo... Entonces tuviste un ataque de delirium tremens.

MARTÍN. Pero ¿qué dices? ¿Sabes acaso lo que es eso? Delirium tremens. ¿Así es que delirium tremens, yo? Entonces no estaría aquí ahora.

DAVID. Te comportaste como en aquella película, «El testamento del doctor Mabuse», estabas allí en tu cubil encristalado una noche con tus recibos y facturas y libros de contabilidad, haciendo cuentas y más cuentas y de pronto te pusiste a romper todo y a tirarlo por los aires. Fue espantoso.

MARTÍN. (*Mirándolo fijamente*) ¿Sabes lo que estás diciendo?

DAVID. Sí, claro, y luego me despertaste por la mañana y me hablaste de una manera tan extraña... —tú no oías lo que decía— entraste a mi cuarto y me despertaste y yo te ayudé a cazar las grandes arañas que andaban por las paredes y se escondían detrás de las cortinas, de los cuadros y de los espejos, yo las mataba, tirándoles libros y luego las echaba al retrete, pero tú me gritabas que no estaban bien muertas, que volvían a salir. Lo pasamos muy bien... Bueno, te lo pasaste bien, tan pronto como mataba una te echabas a reír. Luego las pusimos todas en un montón en el centro de la habitación y las contaste y comprobaste que estaban bien muertas, pensaste quemarlas pero te dije que el humo era venenoso y me diste la razón, así es que las enterramos en el cuarto de estar... No te acuerdas de que se te metían por debajo del pijama y tú decías que te salían de dentro, por un agujerito que tenías en la cadera. Estuvimos horas moviendo mesas y sofás, hasta que llegó Mona y llamó a la ambulancia.

MARTÍN. Es mentira, cada palabra, son fantasías de una imaginación calenturienta. Te expulsaron del colegio por mentiroso... ¿Cuándo pudo haber ocurrido eso?

DAVID. ¿No es verdad, mamá? ¿No es verdad?

HELENA. Sí, quizá lo sea.

MARTÍN. Les das la razón en todo.

DAVID. Luego te llevaron al departamento de locos peligrosos del hospital.

MARTÍN. ¡Me dieron la baja! Porque estaba agotado y necesitaba descansar.

DAVID. ¿Por qué no puedes reconocer las cosas como son?

HELENA. Los alcohólicos son incapaces de reconocer nada.

MARTÍN. Y tú querías que yo, ¡tu propio marido!, se presentase ante aquellas ruinas humanas y dijese que era alcohólico. ¡Joder! (*Se levanta*) ¡Joder, digo! ¡Eso es lo que digo!

DAVID. ¿No te acuerdas de que la mamá y yo te fuimos a ver todas las semanas al hospital psiquiátrico?

MARTÍN. Sí, ¿y qué? ¡Es lo menos que se puede pedir! ¿Qué coño tenías que hacer tú por allí?

DAVID. Eras tan bueno y estabas tan asustado... Estabas allí arriba esperándonos. Yo no te reconocía... aquel loco que se arrastraba dando alaridos como un... fantasma... que temblaba de tal manera que yo pensaba que te ibas a romper... Te destilaban los ojos como a un corzo al que se los hubieran pinchado... hedías... no sé exactamente a qué: levadura, diarrea y tabaco... Y luego cuando nos marchábamos estabas allí arriba diciéndonos adiós con la mano como un niño pequeñito... ¿Te acuerdas? «Llevadme con vosotros, llevadme. No os vayáis. No me dejéis aquí, estoy tan solo...» Mamá dijo que el médico había dicho que habías llegado por los pelos... habías estado a punto de morir, que te habían tenido que meter en el pulmón artificial para salvarte... y que en todo caso morirías si seguías bebiendo. Y ahora has vuelto a empezar.

MARTÍN. No he empezado... ¿Por qué no me

creéis? Ay, me ha roto la mandíbula. (*Se incorpora trabajosamente y se queja*) ¿Dónde está mi mechero?

HELENA. Debajo de la mesa. (*Se agacha y lo coge. David la mira intensamente; el culo y el muslo resaltados por la ligera combinación negra, despiertan especialmente su interés. Martín aleja el mechero de oro de una patada.*)

HELENA. (*Arrastrándose por el suelo para cogerlo*) Y que aún tengas fuerzas.

MARTÍN. Ahí puedes arrastrarte. (*Jorge se da cuenta del interés de David.*) Ahí puedes arrastrarte, te digo.

JORGE. ¿Tú a qué te dedicas?

DAVID. ¿Yo?

JORGE. ¡Déjalo ya!

DAVID. Pero, ¿de qué coño hablas?

JORGE. Cabrón, cerdo perverso. A ti te va perfectamente el que empiece otra vez a beber para poder hacer tu santa voluntad... Me podría apostar un millón a que vosotros dos vais a acabar en el mismo sitio.

DAVID. ¿Ah, sí? ¿Dónde?

JORGE. En el psiquiátrico. Es vuestro sitio. Mamá, levántate.

HELENA. (*Le da a Martín el mechero*) Te lo regalé cuando celebramos las bodas de plata.

JORGE. No pensaréis que no ha escondido nada.

MARTÍN. ¿Cuándo iba a poder hacerlo? Estáis todo el día encima de mí como moscas sobre miel.

HELENA. En la bodega no ha estado. Y tampoco allá arriba.

JORGE. Tiene todo este piso.

MARTÍN. ¡Ja, ja! Buscad, buscad. Ya podéis empezar, si no tenéis nada mejor que hacer.

JORGE. Tú te quedas ahí y tranquilito, ¿eh? (*Se ponen a mirar, abren los armarios, cajones, la cocina, etcétera*).

MARTÍN. Es increíblemente infantil. Ver a unos adultos jugando al escondite. Y tú con ellos. Inaudito. (*Helena busca también. Lo mismo que David que está investigando en la araña de cristal.*) No creo lo que ven mis ojos... Es indescriptible. No puedo creer que sea verdad. ¿Qué es lo que estáis buscando? ¿Habéis perdido algún tornillo?

JORGE. (*Mira en el frigorífico, saca un paquete de leche de cartón, lo sacude, lo prueba, va luego hasta Martín, se lo pone debajo de la nariz*) ¿Y esto qué es?

MARTÍN. ¿Cómo coño voy a saberlo?

JORGE. Aguardiente.

MARTÍN. ¿En un paquete de leche? (*Helena lo huele.*)

DAVID. A pesar de todo yo no creía que fuese...

JORGE. El día que deje de mentir estará muerto.

MARTÍN. ¡Yo no miento! He hecho una promesa sagrada de no volver a beber nunca más, porque yo sé... yo sé... ¡Vosotros me importáis un pito! Se lo he prometido a Dios... ¡Oís lo que digo! ¡Se lo he prometido a Dios!

HELENA. Estupendo, seguro que él te cree.

JORGE. (*Vierte el aguardiente en el fregadero, a David*) ¿Has mirado en el espejo?

DAVID. (*Encuentra una botella en el cubo de la basura, evita a Jorge*) Aquí hay otra, ¿qué es esto?

MARTÍN. ¿Cómo cojones voy a saberlo?

JORGE. Mamá, sube a ponerte una falda.

MARTÍN. No, déjala que ande así.

HELENA. Y, ¿desde cuándo te has vuelto religioso?

MARTÍN. ¡Desde ahora!

JORGE. Ya he mirado en todos los sitios.

MARTÍN. ¿No me vais a mirar también el culo?

JORGE. No gracias, no buscamos una medalla al valor.

HELENA. ¿Sigues aún negando que has vuelto a beber?

MARTÍN. Niego todo. No tenéis pruebas. Ya no hablo con vosotros.

DAVID. ¿No vais a mirar en el piso de arriba?

MARTÍN. No os privéis. Adelante. (*Pausa*) Pero dejad en paz mis cosas privadas.

DAVID. ¿No sería mejor darle unos cientos de coronas y meterlo en el autobús de la ciudad para que allí se meta en alguna pensión a beber hasta que se lo lleven a secarlo? Así nos evitaríamos todo esto.

HELENA. Voy a subir a ponerme una falda.

MARTÍN. (*Burlón*) ¿Para qué? ¿No pensarás que

tienes algo que ocultar? Lo único que he sacado de tu coño ha sido sangre.

HELENA. Quédate aquí, David, y mira bien lo que hace.

MARTÍN. Eso es, pon a los hijos de policías.

HELENA. Ya no puedo más.

MARTÍN. Pues déjalo.

HELENA. Lo que siento es no haberlo hecho hace tiempo...

MARTÍN. ¿Qué quieres decir con eso?

HELENA. Ahora ya no puedo más.

JORGE. Yo te ayudaré, mamá.

DAVID. Y yo.

HELENA. Esto se tiene que acabar. Es el final, Martín. *(Sale.)*

MARTÍN. *(Susurrando, antes de que ella haya salido)* Helena, Helena... No... No... Helena... tú no puedes... *(Jorge y Helena han salido. Martín y David permanecen en sus sitios.)*

MARTÍN. *(Se tapa la cara con las manos)* ¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho? *(Sollozando)* ...Habéis destrozado mi vida. *(Llora inconsolablemente)* ¡Helena, no es verdad! No puedes decir eso... No he vuelto a beber... no he bebido ni una gota... ¿Por qué no puedes creerme? No quieres creerme... Haga lo que haga... Me daría igual morirme.

DAVID. Sí, anda, muérete.

MARTÍN. Duele tanto, tanto, tanto, tanto.

DAVID. Sí.

MARTÍN. Yo no sé dónde voy a meterme, no sé dónde voy a meterme, no sé adónde ir, yo no sé, no sé, no sé.

DAVID. No.

MARTÍN. Ayúdame, ayúdame, ayúdame David.

DAVID. Lo sé.

MARTÍN. Oh, cómo duele, cómo duele, cómo duele.

DAVID. Sí.

MARTÍN. Todo.

DAVID. Sí.

MARTÍN. Oh, Dios mío, Dios mío... ¿No puede acabar todo esto pronto?... ¿No podría, no podría acabar todo esto pronto? (*Rápido, presa del pánico*) Helena, Helena, Helena, helenahelenahelena. Ayúdame. ¿Qué es esto?

DAVID. Bueno, bueno...

MARTÍN. Ayúdame. No puedo más. No sé adónde ir.

DAVID. Bueno... Ya sé que suena un poco estúpido, pero procura tomártelo con calma. (*Pausa.*)

MARTÍN. ¿Qué has dicho?

DAVID. Que trates de calmarte. (*Martín suspira.*) Sube a acostarte y luego te llevaré un poco de café.

MARTÍN. ¿Qué dices?

DAVID. ¿Quieres un vaso de agua?

MARTÍN. Sí, gracias.

DAVID. ¿Y una pastilla de mentol?

MARTÍN. ¿Qué?

DAVID. Nada, nada. *(Le trae agua)* Se te está cayendo. ¿Te sientes mejor?

MARTÍN. No, ni mucho menos. *(Pausa)* Al menos, tú eres bueno.

DAVID. ¿Sí?

MARTÍN. Sí, eres bueno... Me acuerdo tan bien de cuando eras pequeño... nunca querías dormir... tenía que pasarme las noches contigo en brazos yendo y viniendo por la habitación, yendo y viniendo... ¿no te acuerdas?

DAVID. ¿Por qué no subes a descansar un poco? Anda. Duerme una hora y te sentirás mejor... Luego otra más.

MARTÍN. *(Enciende un cigarrillo, le pasa el paquete a David)* Coge uno.

DAVID. Gracias... Bueno, y ahora vas a acostarte, ¿verdad?

MARTÍN. Sí, hombre, sí. Joder, qué lata con lo de acostarme. *(El ruido de un rayo que cae, y unos segundos después el estampido del trueno)* Pero, ¿de qué sirve? *(Pausa)* ¿Por qué se convierte en ceniza todo cuanto toco? *(Se mira la mano.)*

DAVID. Tómate la pastilla y acuéstate ya.

MARTÍN. Pero no voy a poder dormir.

DAVID. Anda, sube y no riñas con ellos.

MARTÍN. No voy a decir ni mu. No tengo nada

que decir. *(Se levanta, comprueba que lleva todo: las pastillas de mentol, cigarrillos, mechero, etcétera.)*

DAVID. Oye, papá.

MARTÍN. Sí, dime. ¿Qué pasa?

DAVID. ¿Puedo quedarme a ver la televisión danesa esta noche? Es la final de los seis días en el Velódromo.

MARTÍN. ¿Y eso qué es?

DAVID. No empieza antes de las diez y diez y luego la transmisión dura hasta que termina la prueba, es la final... Bajaré el sonido. ¿Me dejas?

MARTÍN. A mí me da igual, depende de lo que diga la mamá.

DAVID. ¿Tú qué dices?

MARTÍN. Qué bien... En todo caso vas a estar levantado...

DAVID. Anda, sube ya.

(Martín sube, pasos en la escalera, la puerta de arriba, luego, un momento después, pelea, gritos, escándalo, se oye a través del techo cómo ellos se trasladan a diferentes sitios. Luego silencio.)

David hace unas cuantas cosas. Coge unos cigarrillos. Se mira en el espejo, etcétera. Pone luego el magnetófono, coloca una antigua cinta de acero con la voz de su madre y la suya, tiene cinco o seis años, él va a cantar, etcétera; juegan, se hablan.)

DAVID. Es la voz de la mamá... aún no está desmagnetizada. *(Escucha las voces tristes, solitarias, felices, otros lugares, otros tiempos)* Su hilo se desliza a través de mi pecho... ¡Corrije! ¡Corrije! ¡Corrije!

HELENA. *(Baja a la cocina. Otra falda, plisada)*
¿Con quién hablabas?

DAVID. ¿Duerme?

HELENA. Está tumbado con los ojos abiertos.

DAVID. ¿Encontrásteis alguna botella? *(Silencio)*
Sí, ¿eh?

HELENA. ¿Adónde vas?

DAVID. ¿Por qué me lo preguntas?

HELENA. ¿No irás a salir ahora?

DAVID. Sí, pensaba andar un poco en bicicleta.

HELENA. ¿Ha venido? *(Silencio.)*

DAVID. No voy a ir a verlo. ¿Quieres algo? *(El murmullo de una lluvia que cae sigilosamente.)*

HELENA. Está lloviendo.

DAVID. ¿No oíste el rayo que cayó hace un momento?

HELENA. No. *(Cierra la ventana)* ¿Es ya tan tarde?

DAVID. ¿Por qué no le echas somnífero en el café?
¿Qué crees que van a decir cuando vean que ha vuelto a beber?

HELENA. ¿Quiénes?

DAVID. Las camareras.

HELENA. No me queda más que esperar que se despidan.

DAVID. Estuve escuchando la cinta magnetofóni-

ca... ¿Eramos tú y yo los que cantábamos o érais Jorge y tú? Había un niño.

HELENA. En ese caso eras tú. *(Silencio.)*

DAVID. Joder, aquí no se puede estar.

HELENA. No te vayas. Quiero hablar contigo. No debes tirar la bicicleta como haces en el patio. ¿Es que no puedes bajarte como Dios manda y dejarla apoyada en la pared? Un buen día atropellarás a alguien.

DAVID. ¿Vais a separaros?

HELENA. ¿Separarnos?

DAVID. ¿Lo has decidido?

HELENA. Y vosotros, ¿qué iba a ser de vosotros?

DAVID. Ahora que érais tan felices... Ha sido tan bueno durante meses. *(Helena emite un sonido de dolor.)* ¿Te duele, te duele?

HELENA. No, no. Ya no puedo levantar este brazo.

DAVID. ¿Puedo coger una coca-cola? *(Va y la coge)* Bueno, me subo a mi cuarto para ver si puedo estar un poco tranquilo antes de que se despierte.

HELENA. Quería hablar de ti. Siéntate un momento.

DAVID. Ah, sí, bueno, ¿y qué pasa ahora? *(Destapa la botella)* No pienso seguir coleccionando chapas, ¿qué coño voy a hacer con ellas? ¿Tienes que hablar? Primero es él quien tiene que hablar conmigo y luego eres tú la que tiene que hablar conmigo. No tengo tiempo. ¡Habla ya, joder! *(Está de espaldas apoyado en la pared, toma impulso utilizando las suelas de los zapatos en la otra pared y va trepando)*

lentamente por la pared de manera que el cuerpo queda en el aire) ¡Mira, mamá mira! ¿No ves? ¡Esto no lo puedo hacer! ¡No puedo! ¡No puedo!

HELENA. Cuida no te vayas a romper la cabeza.

DAVID. Pero, ¿no lo ves? (*Bebe de la botella*) ¡Mira bien! ¡Iba a dar una vuelta de campana y caer sobre las manos! ¿No sabes que era el más rápido de la escuela en cien metros? Los corría en 10.9 m.

HELENA. ¿Y eso es mucho?

DAVID. Lo suficiente, mamá. (*Corre hacia ella y hace como que boxea con ella. Helena de pronto le acaricia la cabeza, metiendo los dedos por entre el cabello.*) ¡Ay! ¡Hace daño!

HELENA. ¿Daño? ¡No puede ser!

DAVID. Pues lo hace. Tú sabes que tengo el pelo muy sensible... ¿Te acuerdas de que cuando me cambié de peinado no podía parar...? No, no te acuerdas. ¿No os vais a separar? ¿O sí? Contéstame, quiero saberlo.

HELENA. No lo sé. (*Pausa*) Vayamos por partes.

DAVID. Sí, eso es. (*Pausa*) Aunque es cruel. Si no lo sabes tú, ¿quién lo va a saber? ¿Era él así antes de nacer yo?

HELENA. Entonces no bebía como ahora.

DAVID. Aunque a mí no me gusta arrancarle las alas a la mariposa. Pero no me gusta ser la mariposa a la que han arrancado las alas. ¿Sabes dónde está el sujeto de esta frase?

HELENA. ¿De qué hablas ahora?

DAVID. Ah, sí. ¿De qué hablo ahora? ¿De qué estoy hablando?

HELENA. ¿Por qué eres tan extraño?

DAVID. ¿Eh? No soy extraño. No estoy aquí. Nunca he estado. No quiero ser como él.

HELENA. Estás pareciéndote cada día más a tu padre.

DAVID. Sí, justo. Es allí donde quieres mandarme... Igual podría ser Caryl Chessman. Podría ser yo el que estuviese en la celda de condenados a muerte número 2455 esperando que viniesen a buscarme para llevarme a rastras hasta la cámara de gas y atarme... y entonces tú podrías estar fuera mirando por el agujero de la cerradura y ver cómo caían las bolas al recipiente y se rompían y después cómo yo trataba de respirar aire puro hasta que ya no quedaba aire sino gas clorhídrico que se me metía en los pulmones dándome ganas de vomitar y luego me hundiría en la silla y después tú podrías entrar a soltarme las correas cuando hubiesen sacado el gas con los ventiladores. Tienes que ser tonta.

HELENA. Sí, tal vez lo sea, porque le he creído siempre que me ha dicho que lo iba a dejar.

DAVID. Sí, yo también. ¿No hay nada que os ayude a separaros?

HELENA. ¿Tú lo desearías?

DAVID. No, ¿por qué iba a desearlo? Más vale malo conocido que bueno por conocer.

HELENA. Sería su fin.

DAVID. ¿Y el tuyo no?

HELENA. Al fin y al cabo es tu padre.

DAVID. Sí, eso es lo que digo, ¿entonces no tiene nada que ver el que de pronto le vayan mal los negocios con la bebida?

HELENA. ¿Eso dice?

DAVID. No, él no dice nada. Dice que no bebe.

HELENA. Tú sabes lo bueno que es, es maravilloso cuando no bebe.

DAVID. ¿Maravilloso?

HELENA. Es como una mano del revés. No puedo creer que sea la misma persona.

DAVID. ¿Lo es?

HELENA. Por eso no me he atrevido nunca a abandonar. En otro caso tal vez me hubiese ido hace ya tiempo... Hemos tratado de mantener la casa unida por vosotros, por ti y por Jorge...

DAVID. *(Después de una larga pausa)* Joder, no sabes cuánto te lo agradezco, mamá. ¡Porque no nos hemos aburrido! Un día él estaba borracho como una cuba amenazando con tirarse del tejado, otro estabas tú tumbada en el vestíbulo con las venas abiertas cuando llegábamos de la escuela...

HELENA. Quería asustarlo. Quería que se diese cuenta de lo que yo estaba sufriendo.

DAVID. Bueno, ya ha pasado la tormenta, ahora ya puedo largarme.

HELENA. Por eso es mejor para ti que salgas de este ambiente.

DAVID. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué has estado maquinando? ¿Qué?

HELENA. Pero si tú mismo has dicho que no...

DAVID. Olvídate de lo que he dicho. ¡Qué dices tú!

HELENA. A mí tampoco me parece bueno para ti que sigas en este ambiente.

DAVID. Vaya, ¡pues es el mismo de los últimos dieciséis años! De repente ahora ya no es bueno para mí... No te creo, no lo intentes, es otra cosa, es ese cerdo rapado de arriba, es él el que te dice que me echas de aquí, es él el que manda aquí. ¡Y tú le tienes miedo!

HELENA. No pienso echarte de aquí.

DAVID. Sí que lo piensas. Lo leo en tu cara.

HELENA. No, mañana tú y yo iremos a la ciudad y haremos una visita a la oficina de colocaciones de los marineros.

DAVID. ¿Adónde? ¿Adónde dices que vamos a ir?

HELENA. A la oficina de colocaciones de los marineros, a la oficina de enganche. Yo te acompañaré.

DAVID. Pero, ¿qué dices? ¿Qué dices que vas a hacer?

HELENA. Vamos a inscribirte, para que te den la libreta de marinero y un pasaporte y que te hagan el reconocimiento médico.

DAVID. ¿Quién me lo va a hacer?

HELENA. El médico de los marineros. No es peligroso.

DAVID. No, por mis cojones que no. No quiero ser un jodido marinero. Tú serías mejor marinero que yo. ¿No oyes lo que digo?

HELENA. No grites.

DAVID. ¿Por qué no?

HELENA. Vas a despertar a tu padre.

DAVID. No puedo creerlo.

HELENA. Para que te alejes de éstos... no sé cómo explicártelo. De la perversa influencia de Werner y sus amigos.

DAVID. Y entonces me mandas a navegar, me metes en un barco, un lugar en el que sólo hay hombres... ¿No te parece absurdo? ¿Es que no sabes lo que dices?

HELENA. Es por tu bien... trato de hacer lo que es mejor para ti...

DAVID. ¿Eso crees?

HELENA. Sí, eso creo.

DAVID. Sí, créelo, porque de otra manera sería repugnante. Tú, quiero decir.

HELENA. Para que aprendas a ser adulto... y estés con adultos y aprendas algo que pueda servirte en la vida.

DAVID. No.

HELENA. Y luego puedes hacer otras cosas, si no te encuentras bien allí... Pero creo que un año navegando te sentaría bien. En lugar de no hacer más que andar vagando y siempre inquieto, excitado... ¡No te interesa nada! No quieres estudiar, no quieres ayudar en casa y no tienes carácter.

DAVID. Pero lo tienes tú. Cuando hay fiestas paso aquí toda la noche fregando. ¿No es eso ayuda? Lo que pasa es que no quiero hacerlo cuando me lo manda Jorge. Tú te preocupas más de las camareras que de mí... Te arrastras ante ellas para que no se vayan...

HELENA. No es culpa tuya el que seas como eres.

DAVID. ¿Como el papá? Sí, es allí adonde me quieres mandar, pero mañana no vas a poder subirme al autobús, tendrás que llamar a la policía, porque ¡no voy a ir contigo a la ciudad!

HELENA. ¿Qué quieres que haga entonces? Tengo miedo de la que puedas armar. Por eso vas a acostarte esta noche prontito y vas a tratar de dormir, porque vamos a ir en el autobús de las siete.

DAVID. No, no me voy a acostar porque voy a ver la final de los seis días en la tele... No pienso subir a acostarme. Papá me deja, lo ha prometido. Le he pedido permiso.

HELENA. Tenemos que estar allí a las ocho cuando abran. Te pondrás una camisa limpia.

DAVID. Te odio. (*Silencio*) Te odio. Dios mío, es verdad.

HELENA. Trata de calmarte ahora.

DAVID. Te odio. Cuanto más me calmo, más te odio.

HELENA. Vaya.

DAVID. ¿Por qué no contestas?

HELENA. Lo sé.

DAVID. ¿Por qué no haces más que estar ahí sentada mirándome? ¿No me crees? Joder, es que no soporto verte.

HELENA. Bueno. No puedo hacer nada por remediarlo.

DAVID. No, eso es. Tú no sabes lo que voy a hacer. ¿Entiendes?

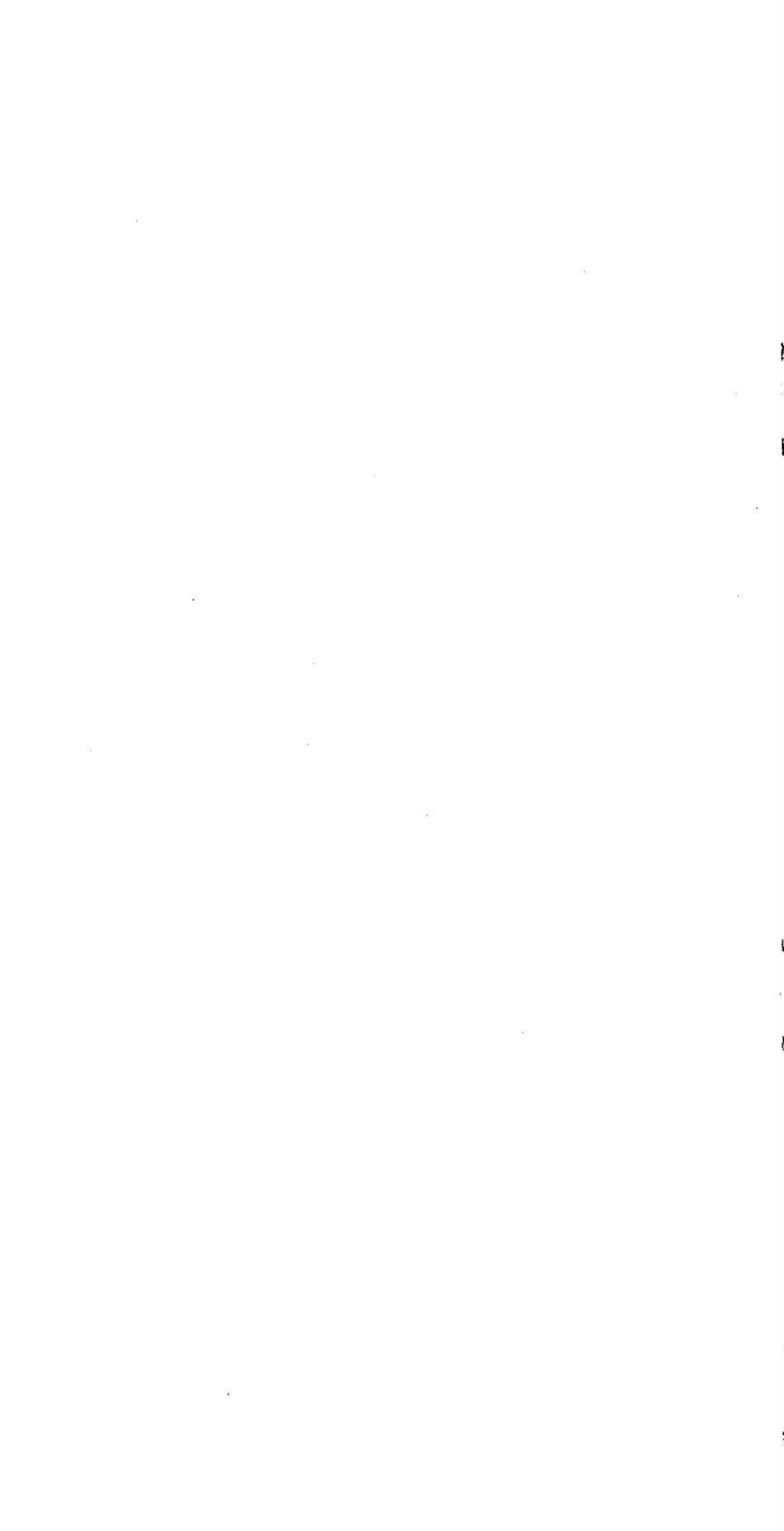
HELENA. No. ¿Qué es lo que tengo que entender?

DAVID. Cierra el pico. ¡Nunca podrás conseguirme! ¡Nunca podrás agarrarme! Ahora sí sé lo que voy a hacer... Ahora es mejor que tengas cuidadito, coño podrido... Si me tocas rompo todo. Porque tú nunca has querido tenerme. Y yo tampoco a ti. No te quiero. No quiero volver a verte. Me das asco y espero que te mueras pronto para no tener que verte más. Maldita, puta, coño de volcán, aún lo debes tener abierto a juzgar por ese olor a pocilga. (*Se protege*) No, no me pegues.

HELENA. No pienso pegarte.

DAVID. Intenta, inténtalo ¿no crees que te lo devolvería? Tú me vas a dar una camisa limpia, yo te voy a matar. Sí, anda, vete ya. ¡Vete! Sube a tumbarte encima de ese cadáver podrido con el que estás casada... ¡Lárgate ya para poder ahorrarme el verte! Ya basta. Vete... vete... Ya no me volverás a ver más. ¿Me oyes? ¿No me oyes? (*Va detrás de ella y escucha. Se cierra la puerta. Se lanza varias veces contra la pared hasta que siente dolor. Desgarra la camiseta que lleva, tira el libro de Rimbaud que ha recibido de regalo a las llamas de la cocina, pero cambia de opinión cuando está medio quemado y lo saca del fuego, se pone a leer. Luego va a coger unos billetes a la caja y los echa al fuego.*)

TELÓN



TERCER ACTO

(16.45 - 21.30)

En el dormitorio de Helena y Martín. Martín tumbado en la cama duerme. Lleva albornoz y pantalones y se ha echado una manta por encima.

Helena, sentada en una silla, fuma. Sobre la consola y en una de las paredes hay fotografías de ellos como pareja de jóvenes enamorados de excursión, con amigos y parientes, la de la boda y otra de los hijos. Los rayos de sol caen sobre la fotografía del hijo menor, David, allí se inmovilizan, se intensifican.

Las palomas

Los ronquidos se interrumpen de repente, como si lo hubiesen despertado, y Martín se estremece, abre los ojos, ve a Helena. Busca los cigarrillos, enciende uno y fuma en silencio, mira al techo, se le cae la ceniza y una brasa, se la quita sacudiendo frenéticamente. Se incorpora, busca las zapatillas, todo en silencio, va hacia el retrete sin mirar a su mujer, vuelve. Se sienta en el borde de la cama.

MARTÍN. *(Mira por fin a Helena, con amargura)*
¿Ya estás contenta? *(Pausa larga)* ¿Qué?

HELENA. ¿Por qué iba a estarlo?

MARTÍN. ¿No lo entiendes? No, no... *(Pausa)* Tú no entiendes nada. Bueno, ¿pretendéis que me pase

el día encerrado aquí arriba o puedo bajar a la cocina...? Tengo que telefonar a Lena.

HELENA. ¿Para qué vas a telefonarle?

MARTÍN. A ti qué coño te importa.

HELENA. ¿Por qué vas a llamar a Lena?

MARTÍN. No es asunto tuyo.

HELENA. ¿Vas a llamarla para contarle lo terrible que soy?

MARTÍN. Ya lo sabe, No, no voy a hacerlo. (*La mira fijamente*) No tengo ninguna necesidad de telefonar a mis hermanos y contarles lo desgraciado que soy. Creo que no hay motivo para contarle nuestras miserias, considero que no tengo a nadie con quien poder hablar...

HELENA. No... es culpa tuya.

MARTÍN. Sí, eso es lo que digo. (*Con franqueza*) La voy a llamar para mendigarle dinero de rodillas, si quieres saber la verdad. Estoy obligado a pagar esta amortización. Si no, es el final. Y entonces todo me dará igual. ¿No lo entiendes? (*Se inclina hacia adelante, ve algo en el suelo, lo toca*) Una mariquita de San Antón. (*Casi se cae*) ¿No tienes mejor cosa que hacer que estar aquí sentada vigilándome? Tú que siempre tienes tanto trabajo. (*Ronco*) Vete y mira a ver si me dejan levantarme. Ya puedes estar tranquila. Ya me has quitado todo lo que tenía. No valgo nada. Hay algo de lo que se puede estar seguro: cuando el barco se hunde lo abandonan las ratas... O como también se dice: no vuelan gaviotas detrás de buques vacíos.

HELENA. ¿De qué estás hablando?

MARTÍN. De ti. ¿Has visto mis pastillas?

HELENA. Esta vez casi te creí.

MARTÍN. Sí, yo también. ¿Qué decías?

HELENA. ¿No te da vergüenza?

MARTÍN. ¿Vergüenza? No, ni mucho menos. ¡No tengo nada de qué avergonzarme! Trabajo diecinueve horas al día, desde que salí de la guardería no he parado de trabajar ni un minuto. Me he pasado la vida cargando como un burro. ¡Y no me avergüenzo lo más mínimo! Siempre he cumplido mis compromisos... Tengo los ligamentos como cables tensados, me van a saltar cualquier día, estoy a punto de explotar simplemente... ¡Encerradme! Encerradme bajo llave para que me encuentre a gusto... pero vergüenza, ¡no siento la más mínima! Sois vosotros los que debéis avergonzaros, vosotros que no me dejáis ser una persona como las demás... ¿No te avergüenzas?

HELENA. No grites.

MARTÍN. ¡Yo en mi propia casa grito lo que quiero! Me sacas de quicio. Nunca puedo estar cerca de ti; sólo matarme de trabajar y estar intranquilo... no es pues tan raro que uno... se desespere, si quieres emplear esa expresión... ¿No te das cuenta lo solo que puedo sentirme...? ¿Es que no lo entiendes? Tendré que volver a trabajar de camarero en los barcos de la línea de Travemunde también este verano, así te ahorras el soportarme esas semanas. Allí al menos hay mujeres de verdad. ¿Qué pasa ahora? Sí, cogeré ese trabajo, así podrás estar en paz con tus crucigramas y tu punto. ¿No podría venirse Mona aquí? Podría dormir en mi cama.

HELENA. Pero en todo caso vienes a casa borracho.

MARTÍN. Si vengo a casa borracho es porque da igual que venga sobrio o borracho, vengo borracho

porque si no no aparecería por aquí, porque esto es un infierno, y eso es lo que no entendéis.

HELENA. Bueno, eso no mejora la situación.

MARTÍN. Joder que si la mejora, ¡estáte bien segura! ¡Así no me doy cuenta de lo dura que eres! Siempre lo has sido. Desde el primer día... dura y fría... inhumana. Sí, lo digo como es.

HELENA. Ya bebías antes de casarnos.

MARTÍN. No, no bebía. ¡No me vengas con cuentos! Yo no soy alcohólico. Me tomo una copa cuando siento que la necesito, y nada más.

HELENA. No, Martín. Eres precisamente como los alcohólicos tirados en el arroyo... No hay la más mínima diferencia entre ellos y tú. Excepto que son honestos... y pagan. Tú eres exactamente igual.

MARTÍN. ¿Ah, sí? Así es como me ves. Hermoso.

HELENA. ¿Puedo verte de otra manera? No eres un átomo mejor que Óscar, el Carnicero, el Sastre de Hasselbacke, Petter; al contrario. Porque ellos ya no tienen una familia a la que destruir... ¿Cómo puedes estar ahí sentado con una botella en la mano y mentirme a la cara diciéndome que no bebes? ¿Por qué no te decides ya y bajas al restaurante de tercera con los demás y pides unas copas como ellos y bebes como Dios manda? ¿Qué tiene de encanto eso de tener las botellas escondidas en el cubo de la basura debajo del fregadero o detrás de los libros de contabilidad y estar obligado a fingir que no tienes otro pensamiento que tragártelo todo tan pronto como puedas...? ¿Sabes que podrías andar pisando cadáveres para conseguir esa copa...? ¿Por qué te engañas? Quiero que me lo expliques.

MARTÍN. No, soy una puta mierda.

HELENA. ¿Qué dices?

MARTÍN. Sí, ¿qué quieres que diga?

HELENA. ¿Con qué pobre diablo estoy casada?

MARTÍN. Buena pregunta.

HELENA. Pensaba, sí, que eras un poco extraño... pero si hubiese sabido que bebías tanto nunca me hubiese casado contigo.

MARTÍN. Gilipolleces. Yo no bebo más que los demás.

HELENA. Te vas a volver loco.

MARTÍN. Lo único que me queda es la araña de cristal y las joyas, todo lo demás ha desaparecido en tu garganta... el chalé, las esperanzas, todo lo que a mí me gustaba... No te preocupas siquiera de lo que te dicen los médicos. O dejas la bebida o te mueres, no tienes otra elección.

MARTÍN. Tal vez la elección no sea siempre tan fácil.

HELENA. No lo comprendo. ¿Puedes explicarme qué placer te proporciona el...?

MARTÍN. No, no puedo.

HELENA. El alcohol te convierte en un ser horrible. Raro, extraño.

MARTÍN. Sí, sí... raro... extraño.

HELENA. Sí, repugnante. (*Pausa*) Jorge no ha sido feliz desde que era pequeño... y David no ha tenido un momento de paz desde que vino al mundo... No hay hombre tan bueno y dulce como tú, cuando estás sobrio. Ahora de lo único que tengo ganas es de acostarme y tomarme todo el frasco de somníferos para no tener que despertarme un día más... Por qué... por qué ¿Qué he hecho yo para

que...? (*Agotada, fuma, un brazo sobre el brazo del sillón, con el otro se tapa la cara, le saltan las lágrimas, las oculta a Martín.*)

MARTÍN. Helena... Helena... No me digas eso. No, no llores..., (*Llora*) cariño...

HELENA. (*No llora*) No lloro. Ya no me quedan lágrimas.

MARTÍN. Helena... no, no, mi amor, no digas eso.

HELENA. Yo no quiero seguir aquí.

MARTÍN. No es verdad... Trata de tranquilizarte.

HELENA. No aguanto otra mentira más...

MARTÍN. No llores... Todo se arreglará... Tenemos que ayudarnos mutuamente.

HELENA. Por mí puedes beber todo lo que se te antoje. Ya no me meto en eso.

MARTÍN. Pero mírame. ¡Si no he bebido! (*Se levanta*) Estoy absolutamente sobrio.

HELENA. ¿De verdad?

MARTÍN. Puedo ir en línea recta hasta aquella pared sin el menor traspies. Mira, ya lo vas a ver. (*Camina, da un traspies.*)

HELENA. (*Se echa a reír*) No puedes ir sin hacer esos ni al infierno.

MARTÍN. ¿Cómo puedes hablarme así? ¿Qué piensas hacer? ¿Qué es lo que piensas hacer?

HELENA. Mañana hago la maleta con mis cosas y me voy a casa de Erik y Marianne y luego a un abogado.

MARTÍN. ¿Es eso lo que vas a hacer? ¿Por qué? No he tocado una gota de aguardiente desde... sí, desde las navidades pasadas... eso no lo niego, entonces bebí bastante, pero necesitaba algo para calmarme los nervios... Ahora no es lo mismo... si me lo pides tomaré antabús... hago lo que quieras... pero no te vayas... Helena, ¡mírame!

HELENA. No, no vas a sacar nada con eso.

MARTÍN. Helena, ¡mírame! ¡No sabes lo que dices! ¡No puedo vivir sin ti! Y ¿qué va a ser de David? Te necesitamos, los dos.

HELENA. Se vendrá conmigo.

MARTÍN. ¿Quién? ¿David?

HELENA. A casa de Erik y Marianne.

MARTÍN. ¿Me vas a quitar hasta mis hijos? Nunca en la vida... ¿Quién te ha dado... quién te ha dicho...? ¿Quién está detrás de todo esto?

HELENA. Nadie...

MARTÍN. ¿Piensas destruir todo? ¿Es eso lo que pretendes?

HELENA. ¿No puedes sentarte?

MARTÍN. No, no puedo. ¡Es Jorge! Es Jorge, sí. Siempre me ha odiado... ¿No ves acaso lo que hago? ¿No ves las cosas buenas que hago...?

HELENA. Es inútil.

MARTÍN. ¿Cuándo me doy algún gusto? Me paso el día del punto de la mañana a la noche envuelto en los humos de la cocina... Y tú no haces más que despreciarme.

HELENA. Yo no te desprecio.

MARTÍN. No creo que pueda seguir viviendo si me dejas.

HELENA. Tampoco me lo creo.

MARTÍN. ¿Cómo puedes decir una cosa así? Eres hija de un sacerdote muy religioso... Tú le has prometido, a tu propio padre, has estado allí delante del altar y le has prometido a él y a Dios amarme en la necesidad y en la felicidad...

HELENA. Ese día llevabas otro traje.

MARTÍN. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?

HELENA. ¿Te acuerdas de algunas de las promesas que me hiciste?

MARTÍN. ¡Ahora no estamos hablando de mí! Mira la fotografía de la boda que hay en la consola, ¡mírala te digo! Somos tú y yo, somos tú y yo en la iglesia, ¿no lo ves?, allí delante de la cruz... y yo te tengo cogida de la mano y soy feliz (*Se echa a llorar*) por primera vez en mi vida porque acabamos de prometernos delante de Dios y de todos los hombres que nos amaremos y que vamos a vivir juntos... hasta que la muerte nos separe. (*Llora*) No tienes derecho a hablar así... No aguanto más.

HELENA. Sí. Tienes que aguantar.

MARTÍN. ¿No puedes perdonarme?

HELENA. No.

MARTÍN. Dios perdona.

HELENA. Es su profesión.

MARTÍN. ¡No, no es verdad! Pienso en los maravillosos momentos que hemos vivido juntos... toda la felicidad... Helena, ¿qué quieres que haga? Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa... lo sabes... Hago

lo que sea por ti... ¡Ni una gota más! ¿Crees que voy a beber si me dejas...? (*Ha entrado David.*)

DAVID. ¿Qué pasa? ¿Qué estás diciendo?

MARTÍN. Es tan horrible.

DAVID. ¿Qué es tan horrible?

HELENA. No es nada, David, vete a tu cuarto. Ven y siéntate aquí, viejito.

MARTÍN. Mamá quiere dejarme, quiere divorciarse... Dice que se va a ir a casa de Erik y Marianne mañana... y que tú irás con ella.

DAVID. ¿Ah, sí? ¿Y Jorge?

MARTÍN. ¿Es que no puedes darme otra oportunidad... sólo unos días...? ¿No puedes esperar un poco?

DAVID. ¿Viviremos allí?

MARTÍN. Por favor, Helena, te lo pido... te lo suplico. (*Cae de rodillas ante ella.*)

HELENA. Pero, ¿qué haces?

DAVID. Papá, levántate.

MARTÍN. Helena... (*Helena aparta las manos de su marido.*)

DAVID. Levántate, te digo.

MARTÍN. Entonces me cuelgo...

DAVID. Joder...

MARTÍN. Dime que no me vas a dejar.

DAVID. Sí, sí, sí, sí...

MARTÍN. Todo se arreglará... todo... lo sé, te prometo...

DAVID. ¿Qué prometes?

MARTÍN. No beberé más, sé que no está bien...

HELENA. No creo en tus promesas.

MARTÍN. Iré a ver al doctor Lindgren para que me recete antabús, entonces ya sabéis que no puedo beber...

HELENA. Pero no lo tomas...

MARTÍN. Lo tomaré... yo quiero... Soy yo el que quiere curarse, es la verdad... Sabes que casi me muero si bebo con antabús en el cuerpo. Si te vas no me quedará nada, ¿no lo entiendes? ¿Qué voy a hacer?

HELENA. Tranquilízate.

MARTÍN. No, no, sólo si me dices que no me vas a dejar... ¡No te vayas!

HELENA. No, no...

MARTÍN. ¿Qué?

HELENA. Sólo a condición de que el lunes vayamos al médico para que te recete antabús y que lo tomes todas las mañanas y que si no lo tomas cada mañana te dejaré para siempre.

MARTÍN. ¿Qué?

HELENA. En ese caso me quedaré un poco para ver cómo va todo.

MARTÍN. No. ¿Es verdad? ¿Seguro? Oh, Dios mío, tengo tanto miedo. Vamos. (*A David*) Vete de aquí,

¿qué coño se te ha perdido por aquí? ¡Vete a tu cuarto!

DAVID. ¿Has cambiado de opinión? ¿Ya no vas a colgarte? ¿Del asta de la bandera? ¿O vas a esperar al día de la banderita?

MARTÍN. Insolente. Vete a tu cuarto, te digo. Haz lo que te digo. Dejanos a mamá y a mí en paz.

HELENA. Vete, David. No hay peligro.

(David sale al pasillo, camino de su cuarto. Martín coge con fuerza a Helena por el brazo, la arrastra rápida y brutalmente por el pasillo, salen por la puerta, la luz se apaga, se cierra la puerta. Inmediatamente después se enciende la luz. David corre como un loco por el pasillo y abre rapidísimo una puerta tras otra y luego las va cerrando. Sabe lo que busca y no lo puede encontrar, por eso va todo tan deprisa. Son habitaciones de hotel, idénticas. Llama a la puerta del cuarto de Jorge, que es bonito, fresco, limpio, diversos matices del gris.)

DAVID. ¿Puedo estar aquí un rato? ¿Qué tocas?

JORGE. Nada.

DAVID. Leíste en «Down Beat» que Gerry Mulligan y Paul Desmond han grabado juntos un disco... con Joe Benjamin y David Bailey... para Vörve...

JORGE. Se llama Verve.

DAVID. Bueno, Verve... Me lo voy a comprar. También tocan «Line for Lyons». ¿Toma drogas?

JORGE. ¿Quién, Gerry Mulligan?

DAVID. Seguro que toma.

JORGE. Todos toman.

DAVID. Eso es lo que quería decir. Stan Kenton, no... No lo creo. (*Mira la fotografía dedicada de Lester Young*) ¿Por qué es tan bueno Lester Young?

JORGE. Porque es el mejor.

DAVID. No he oído mucho de él... Ayer grabé «Jazz de Estados Unidos».

JORGE. ¿Ah, sí? ¿Había algo especial?

DAVID. Sí, actuaron Art Blakey, Jazz Messengers, Donald Byrd y un nuevo disco de Miles Davies, «Walking», con Lucky Thompson. ¿Tú lo has visto?

JORGE. Sí, muchas veces.

DAVID. ¿En Copenhague?

JORGE. Sí.

DAVID. Vive allí.

JORGE. Sí, ya lo sé.

DAVID. Viste también a Tony Scott. ¿No se llama Tony Scott? ¿Te parece bueno?

JORGE. No especialmente...

DAVID. ¿Quién te parece bueno?

JORGE. ¿Y qué importa eso? Stan Hasselgard era bueno.

DAVID. Sí, claro.

JORGE. Y Buddy de Franco. Tony Scott, no.

DAVID. ¿Y quién más, a quiénes sueles escuchar?

JORGE. A muchos.

DAVID. ¿Sabes quiénes me gustan a mí?

JORGE. Sí, claro. Fats Navarro, Red Norvo, Charlie Parker, Clifford Brown, Max Roachs. Todos mis discos, o ¿qué?

DAVID. Sí, aunque en los últimos tiempos a mí el que más me gusta es Chet Baker. ¿Has oído «Made in Mexiko» con Russ Freeman?

JORGE. No, ¿qué tiene de especial?

DAVID. Me sé cada nota. Me sé cada nota de cada disco.

JORGE. No vivirá mucho.

DAVID. ¿Ah, no? ¿Y por qué?

JORGE. Es drogadicto. La droga.

DAVID. También lo es Lasse Gullin. ¿Tú lo conoces, verdad?

JORGE. También a Charlie Parker.

DAVID. Sí, ya lo sé. ¿Qué te decía?

JORGE. ¿Qué iba a decir?

DAVID. Qué hacía, quiero decir.

JORGE. Tocaba como un cabrón y luego comía... No he visto a nadie comer tanto...

DAVID. (*Se echa a reír*) Había un chico en primero de bachillerato que solía robar discos, ya sabes... se compra uno y te metes tres debajo de la chaqueta.

JORGE. ¿Ah, sí? ¿Tú también?

DAVID. Sí, tal vez.

JORGE. Ahora comprendo de dónde salen tus discos.

DAVID. Sólo he apañado unos cientos. ¿No me dejas tocar un poco? En el saxofón viejo. El de plata.

JORGE. No tengo boquillas. Está roto.

DAVID. No importa. ¿Sólo un poco?

JORGE. Bueno, toca.

DAVID. (*Se lo pone*) Es fantástico. Antes me parecía pesado. Ahora ya no. Sé cómo se aprieta.

JORGE. ¿Sí?

DAVID. Claro, sé donde están las teclas.

JORGE. ¿Qué quieres que toquemos?

DAVID. ¡No! Bromeas. ¿Nosotros dos? ¿Tocar juntos? No me lo creo.

JORGE. Sí, hombre. ¿Qué quieres que toquemos?

DAVID. ¿Tú y yo? ¿Tú y yo?

JORGE. ¿No te atreves?

DAVID. No es eso. Pero, espera.

JORGE. ¿No te sabes ningún trozo?

DAVID. (*Toca unas notas*) Sí, claro, me sé cualquiera. «Line for Lyons»?

JORGE. ¿Te lo sabes? Venga, ya.

DAVID. Tú marcas la entrada. Yo soy Chet Baker. Y tú eres Gerry Mulligan.

JORGE. Tú puedes ser quien quieras... ¿Listo?

DAVID. Espera un poco, voy a asegurarme (*Toca la escala*) de que está limpio. Bien. Okey. (*Jorge da con el pie en el suelo para marcar la entrada. Comienza a tocar. David entra a destiempo*) ¡Ay!

JORGE. Empiezas a la cuarta.

DAVID. Okey... Otra vez. (*Jorge vuelve a empezar, le hace la señal. Tocan «Line for Lyons». Jorge toca el solo de Gerry Mulligan, David improvisa y luego toca el solo de Chet Baker, casi una copia exacta*) ¿No está bien?

JORGE. Sostienes demasiado las notas al final.

DAVID. ¿Te parece? Sí, ya lo sé.

JORGE. Queda raro, se pierde la melodía.

DAVID. Sí... Tal vez. ¿Tocamos otra? ¿«My funny Valentine»?

JORGE. No, ya basta. Otro día.

DAVID. ¿Otro día? ¿No podemos dejar ese otro día para otro día?

JORGE. Se nota que no es la primera vez que lo tocas.

DAVID. Bueno, ya sabes...

JORGE. No comprendo por qué mientes.

DAVID. Tal vez haya tocado algún día.

JORGE. Ah, tal vez. Cuando llegaba a casa estaba completamente mojado de saliva.

DAVID. Pero si los secaba con cuidado... Tú ya no lo usas.

JORGE. Podías pedir permiso.

DAVID. ¿Te cabrea?

JORGE. Creo que no son maneras, nada más.

JORGE. Sí, claro.

JORGE. Al menos pregunta.

DAVID. Sí, lo haré. Lo haré. Te lo prometo. ¿Por qué guardas todas tus cosas? ¿Por qué guardas el viejo saxofón?

JORGE. Las guardo.

DAVID. ¿Para qué?

JORGE. Para mis hijos.

DAVID. Ya. (*Se pone triste*) ¿Vas a ir esta noche a la ciudad?

JORGE. No sé. ¿Por qué?

DAVID. Por saberlo.

JORGE. Ya veré lo que hago... ¿Tú qué vas a hacer? ¿Ir al cine?

DAVID. Quiero ahorrar el dinero.

JORGE. Vete al cine si tienes ganas.

DAVID. (*Pega una patada en el suelo*) No, esta noche no. Es una de Esther Williams. Creo que no deberías.... creo que no deberías ir hoy.

JORGE. ¿Por qué no?

DAVID. Nunca se sabe lo que pueda pasar.

JORGE. No pasará nada.

DAVID. ¿Quién tiene las llaves?

JORGE. La mamá.

DAVID. Creo que voy a bajar a jugar al billar, ¿vienes?

JORGE. No, no tengo tiempo.

DAVID. Bueno, pues me largo. Adiós.

MARTÍN. *(Está solo en la cocina. Se desliza casi como un ladrón, ha cogido una pequeña escalera y se sube y abre el armario de la vajilla donde hay un gran número de vasos de diferentes tipos, todo tan frágil que parece que podrían caerse sobre él, busca, ha llenado uno de los vasos de agua con vodka hasta el borde)* ¿Dónde cojones lo puse...? ¿Dónde cojones lo puse? Aquí no, ¿ahí arriba? No. Sí, aquí está, ahí detrás, ahí en el fondo... cuidadito... mierda... *(Las palomas)* ¡Callaos coño! Vamos a ver si no tiro nada... Sí, ahí está... Así, estupendo... ¡Oh, deprisa! *(Se bebe medio vaso. Mira a su alrededor)* No, no viene nadie. No bebas tanto de una vez... ¿Dónde tengo yo el licor del polo? *(Susurra)* No puedo beberme todo de una vez, no me atrevo... ¿Qué voy a hacer con esto? No puedo volver a dejarlo, ella lo vería, tengo que tirarlo, no, sería una pena. ¡Silencio! Viene alguien. No, no es más que Joije... no llegará a tiempo. Ahora tranquilo. Me voy a beber todo, que más da, así un problema menos. Y luego se acabó. Luego subiré con el café. Ahora tengo que enjuagarme la boca con licor del polo... Por qué tiene que ser todo tan difícil. Es un infierno. *(Sonido escalofriante)* Ay, me vuelve a doler, bebo demasiado deprisa, pero aquí no tengo oportunidad de beber con calma. *(Se terminan el vaso)* No lo notarán... Es una gilipollez, no huele nada. ¿Qué hora es? *(Mira)* No puedo caerme. Tengo que recoger la escalera. Todavía no son las seis... Dios mío, aún faltan varias horas hasta que se vaya a la cama... ¿Qué es lo que tenía que hacer? Ella quería una taza de café. Tengo que lavar el vaso, ¿Lo he lavado ya? Es imposible ocultarle nada. Tengo que fregarlo y secarlo y colocarlo en su sitio y recoger la escalera. *(Se baja)*

Sí, me siento bien, lo necesitaba. (*Friega el vaso, lo seca, olvida poner el vaso en su sitio, cierra, se baja, quita la escalerita*) Voy a poner el agua para el café. (*Silba*) Tengo que andar con cuidado. (*Ve el vaso, tiene que volver a repetir todo*) ¿Dónde coño puse la botella...? No, ya no voy a beber más... Pero ¿dónde está? ¿Dónde la escondí? Bajé a la bodega. Aquí hay cientos de lugares donde se puede esconder una botella. Pero, Dios mío, ¿dónde la puse? ¿O es que no saqué una botella? No, espera, en el armario de la limpieza, eso es... (*Se oye la música del piso de arriba*) Tocad, tocad, malditos, suena espantosamente, ¿es que no saben hacer otra cosa? La puse en el armario de la limpieza. Eso es. (*Va al armario de la limpieza, abre la aspiradora, mete la mano y saca una botella de ginebra de la bolsa del polvo*) Esta, ni la olisteis. No sabéis con quién os jugáis los cuartos... Ginebra, pis. Uf, no debo beber más. Ni siquiera me gusta la ginebra. No merece la pena... La voy a dejar en su sitio. Y pensar que son tan estúpidos que se creen que van a poder conmigo, pero ya veis este viejo tiene más conchas que un galápago... No quiero más. Bueno si me lo tomo de prisa. Date prisa, coño. No. No he bebido lo suficiente. No, no quiero beber más, ni una gota. (*Bebe*) Ahora ya basta. Y ahora la ponemos en su sitio. Y ahora cerramos. Y ahora la llave. Ya cuece el agua. ¿Dónde vas?

DAVID. A ti qué coño te importa.

MARTÍN. ¿Qué? ¿Sabes lo que dices?

DAVID. ¿Oyes mal?

MARTÍN. Sí, lo sabes muy bien. Me estalló el tímpano del oído derecho durante la segunda guerra mundial. Adónde vas, te digo.

DAVID. ¿Dónde está la mamá?

MARTÍN. ¡Mamá, mamá, mamá! No subas ahora a molestarla. Necesita descansar un poco.

DAVID. ¿Te da permiso para estar aquí?

MARTÍN. Le estoy haciendo café, ¿o no lo ves? ¿Por qué eres tan descarado?

DAVID. No hablo contigo.

MARTÍN. Quédate aquí, por favor quédate, quiero hablar contigo.

DAVID. Es repugnante ver a un adulto de rodillas, mendigando de esa manera.

MARTÍN. ¿Qué dices? No te vayas. ¡Quiero hablar contigo!

DAVID. *(Camino de la sala de billar)* Cierra el pico, si no te corto la polla y te la pongo de tapón en la botella.

MARTÍN. ¿Qué? ¿Vas a jugar al billar?

DAVID. No, no voy a jugar. Anda y sube a chuparle las tetas.

MARTÍN. Está loco.

DAVID. *(En el cuarto el billar, coge un taco, quita el paño que cubre la mesa, pone las bolas dentro del triángulo de madera, las lleva de un lado para otro sobre el tapete, va a la cocina, Martín ya ha subido a su cuarto, coge unos cigarrillos, vuelve. Ahora interpreta «De aquí a la eternidad». Juega a que es por lo menos tres personas. Ha vuelto al cuartel, juega al billar, uno de los otros le pregunta que por qué no quiere boxear. Los otros lo provocan, mueven las bolas, etcétera, lo empujan por detrás. Deja el taco, alguien le pega por detrás. Ahora deja el papel de Montgomery Clift, sale por la puerta y entra en el papel de Burt Lancaster con una botella de cerveza en la mano, va hacia sus enemigos rígido, golpea con la botella el canto de la mesa de billar de manera que la cerveza sale espumeante, avanza con la botella rota*

apuntando al vientre del otro, le empuja contra una silla que hay apoyada en la pared, de repente despierta, desconcertado, agotado, mira alrededor) Mierda se rompió. Fue sin querer. *(Va a buscar una escoba y una pala, barre los cristales, sale y los tira, vuelve)* No, no voy a seguir jugando. Gano siempre. *(Va a la caja y coge un puñado de monedas, las echa en el jukebox, elige unos diez discos)* En todo caso aquí no hay más que mierda. Por qué no me dejarán elegir la música de este aparato. *(Música Frank Sinatra «You make Me Feel so Young». Grita)* You make me feel so bad! Yo make me feel so old an sad. Voy a subir a matar las palomas. ¿Por qué van a vivir? *(Cierra la puerta detrás de él.)*

HELENA. *(En la cocina)* No des esos portazos. ¿Puedes ayudarme con los conejos? *(David va a servirse un vaso de leche)* ¿No puedes fregar después de usar las cosas? Vamos a cenar enseguida. ¿Tienes hambre? ¿Eres tú el que ha puesto el aparato? No te vayas a ningún sitio... ¿No puedes ir a apagarlo, si no lo escuchas? Es un depilfarro. Bueno, voy a apagarlo yo.

DAVID. *(La imita cuando ella sale, saca varios cuchillos de un cajón. Entra al comedor)* No des esos portazos. ¿No puedes fregar los cacharros? Vamos a cenar enseguida. ¿Tienes hambre? ¿Eres tú el que ha puesto el aparato? No te vayas a ninguna parte. *(Sale, en voz alta)* Vamos a ver cuánto parloteo aguantas cuando me lleven a la cámara de gas.

HELENA. ¿Qué dices?

DAVID. ¿Qué dices?

HELENA. Voy a recoger un poco por aquí.

DAVID. Voy a recoger un poco por aquí.

HELENA. ¿Por qué te has puesto ese jersey viejo?

DAVID. ¿Por qué te has puesto ese jersey viejo?

HELENA. Bueno, ¿qué te pareció el libro que te regalé? Era el que querías, ¿verdad? David...

DAVID. Bueno, ¿qué te pareció el libro que te regalé? Era el que querías, ¿verdad? David...

HELENA. Déjalo ya, por favor.

DAVID. Déjalo ya, por favor.

HELENA. Por favor, David.

DAVID. Por favor, David.

HELENA. ¿Qué te pasa?

DAVID. ¿Qué te pasa?

HELENA. ¿Puedes decírmelo?

DAVID. ¿Puedes decírmelo?

HELENA. ¿Qué te hecho?

DAVID. ¿Qué te hecho?

HELENA. Bueno, pues bien...

DAVID. Bueno, pues bien...

HELENA. ¿No puedes ayudarme a poner la mesa? Baja los platos.

DAVID. ¿No puedes ayudarme a poner la mesa? Baja los platos.

HELENA. ¿No tendrás dolor en alguna parte?

DAVID. ¿No tendrás dolor en alguna parte?

HELENA. Pues yo sí. Y cada vez más.

DAVID. Pues yo sí. Y cada vez más.

HELENA. ¿Son esto maneras?

DAVID. ¿Son esto maneras?

HELENA. Bueno, pues pondré yo sola la mesa.

DAVID. Bueno, pues pondré yo sola la mesa.

HELENA. Si uno pudiese dejar todo esto de alguna manera.

DAVID. Si uno pudiese dejar todo esto de alguna manera.

HELENA. ¿No sabes hacer otra cosa?

DAVID. ¿No sabes hacer otra cosa?

HELENA. Yo tengo mucho que hacer.

DAVID. Yo tengo mucho que hacer.

HELENA. Pues hazlo, David.

DAVID. Pues hazlo, David.

HELENA. Basta ya, digo.

DAVID. Basta ya, digo.

HELENA. ¿Qué te pasa?

DAVID. ¿Qué te pasa?

HELENA. Tengo miedo.

DAVID. Tengo miedo.

HELENA. ¿Tú también? ¿De qué tienes miedo?

DAVID. ¿Tú también? ¿De qué tienes miedo?

HELENA. Tengo miedo de... oh, qué niño eres.

DAVID. Tengo miedo de... oh, que niño eres.

HELENA. Sí, sí, sí, sí... ya lo verás cuando llegues a viejo.

DAVID. Sí, sí, sí, sí... ya lo verás cuando llegues a viejo.

HELENA. Tendremos que seguir así hasta que te canses.

DAVID. Tendremos que seguir así hasta que te canses.

(Helena saca los platos, ha puesto las patatas a cocer, enciende un cigarrillo, coge un periódico, se pone a hacer el crucigrama. Silencio.)

HELENA. ¿Dónde está Martín?

DAVID. ¿Dónde está Martín? *(Silencio.)*

HELENA. Tú que sabes tanto de palabras...

DAVID. Tú que sabes tanto de palabras...

HELENA. ¿Sabes que puede ser esto... una palabra de cuatro letras?

DAVID. ¿Coño? *(Silencio)* Coño, he dicho. También iría bien puta.

HELENA. Pero, ¿qué dices?

DAVID. Puta.

HELENA. ¿Sabes lo que es?

DAVID. Sí, muy bien. Me paso el día viendo putas.

(Helena se levanta. David también.)

DAVID. No me toques. Si me pegas te lo devuel-

vo. Estáte segura. No importa que hayas sido mi madre. En todo caso te lo devolveré.

(Helena va a traer pan, saca un cuchillo, comienza a cortar.)

DAVID. No iré a Malmö mañana. Si alguien va a ser marinero, lo serás tú. Estoy seguro que harías un papel cojonudo. Contesta. Quizá no entiendas lo que digo. *(Pausa)* No puedes obligarme. ¿No oyes lo que te digo? No quiero, mamá.

MARTÍN. *(Entra, ligeramente tocado por la bebida. Ha estado fuera)* Pero Helena, cómo estás aquí preparando la comida. Déjame que la haga yo. *(Le quita el cuchillo)* He ido a comprar cigarrillos. Una tarde maravillosa. ¿De qué hablabais? Este cuchillo corta menos que una pala de mantequilla. *(Se pone a afilarlo en una piedra de afilar con mango)* Bueno, ¿va a cenar Jorge también? Su coche está ahí fuera. ¿De qué hablabais?

HELENA. De nada especial.

DAVID. *(Abre la ventana, son casi las siete, es una tarde fresca y apacible del mes de mayo)* Aire fresco.

MARTÍN. Quizá podríamos ir a pasear, Helena, como solíamos hacer antes... en otros tiempos.

HELENA. ¿Adónde? No creo que tenga ganas.

MARTÍN. Sí, mujer, claro que tienes. Qué raro se hace estar aquí un día de labor sin tener nada que hacer... A lo mejor hay algo bueno en la radio... ¿Tienes ahí el periódico...? Sería estupendo que hubiese algún programa policíaco emocionante... ¿Te acuerdas de «El caso Gregory», David?

DAVID. No.

MARTÍN. ¡Claro que te acuerdas! Tenías tanto miedo que te venías a dormir a mi cama. Cómo no

te vas a acordar. Mira en el periódico. ¡Qué mierda de programa! ¿No tienes frío...? David, anda, sube por la rebeca de la mamá.

HELENA. No, ya no tengo frío.

MARTÍN. Te estás quedando fría. ¿Qué hiciste de la chaqueta de punto que te tejió mamá las Navidades pasadas? ¿Por qué no te la pones nunca? Es muy bonita. Tú querías una así, una exactamente igual que la mía, ¿no es verdad? ¿Helena? Anda por ella, por favor, sé bueno, es para la mamá. ¿No estarás en corriente, Helena?

HELENA. No, es muy agradable.

MARTÍN. ¿Seguro? David, cierra la ventana, por favor. Siento un poco de frío. ¿No oyes lo que digo?

HELENA. Déjala abierta. Es muy agradable.

MARTÍN. ¿Ah, sí? Entonces lo será. Fumas demasiado.

HELENA. Me sabe bien.

MARTÍN. (*Carraspeo violento, repelente*) Claro que sabe bien, pero tal vez te venga la tos de eso. Es lo primero que haces por la mañana, encender un cigarrillo. Es el único ejercicio que haces en todo el día. (*Bosteza*) Yo nunca me trago el humo. Es el calor. ¿Es que tus palomas no se acuestan nunca? (*Mira por la ventana*) Y ésa, ¿cuál es? No la he visto nunca. (*Las llama, imita sus sonidos, les habla. Helena y David se miran*) Comprenden todo lo que les digo, cada palabra. Venevenenevenenevene, cur cur cur cur pío... se han ido. Estamos sólo a catorce grados. (*Sacude el termómetro*) ¿Te acuerdas de lo que mamá solía decirte cuando eras pequeño? No te cabía en la cabeza que hubiese diferentes tipos de termómetro y mamá te decía: no, no es ése el tipo de termómetro que se mete en el culito, este termómetro se pone en el culo del clima.

Y no me olvidaré en toda mi vida de cuando vivíamos en Kävlinge, Helena... ¿Te acuerdas que vivíamos al lado del matadero de Kävlinge? David... Tú eras tan pequeño.

DAVID. Sí, me acuerdo.

MARTÍN. ¿Te acuerdas, de verdad...? Fue una mañana y traían unas terneras, sabes. Mamá estaba en la ventana fregando y de pronto miró por la ventana y vio el camión y las terneras que iban a bajar del camión para ir al matadero... Entonces una de las terneras logró soltarse y echó a correr, y los hombres detrás tratando de cogerla... y entonces la mamá abrió la ventana y se puso a gritar con todas sus fuerzas. No, estúpida, en esa dirección, no; en la otra. Y todos se quedaron sin saber qué hacer, mirándola con los ojos como platos, preguntándose quién sería aquella mujer enloquecida... ¿Te acuerdas Helena? Sí, fue un buen lío. Me acuerdo de cuando murió el rey Gustavo V, era domingo y tú tenías un horrible flemón con pus, aquí, en la mandíbula y te pasabas el día gritando, pero no había nada que hacer excepto humedecértelo con alcohol... Y yo tenía tantas ganas de oír la transmisión por radio del entierro...

DAVID. Yo en cambio, me acuerdo del verano pasado cuando llegaron dos inspectores de Hacienda para ver los recibos y facturas del inventario o lo que fuese, pero tú habías bebido tan desesperadamente aquella semana que no te podías tener de pie y no había un solo papel en orden.

MARTÍN. ¿Y eso a qué viene ahora?

DAVID. Simplemente lo recuerdo. Llegaron, llamaron a la puerta y dijeron, somos inspectores de Hacienda y tenemos una cita con el director del hotel... Y la mamá dijo, un momento, pasen por favor, le voy a avisar, porque sabía que estabas arriba y que la borrachera no te dejaba tenerte en pie.

MARTÍN. ¿Por qué no me dejas en paz de una puta vez? Es algo que no te atañe...

DAVID. Y entonces la mamá entró en la oficina y cogió todos los papeles que había allí y los puso en un archivador y fue al comedor en dirección a los inspectores con una sonrisa en los labios y les dijo: aquí los tienen, y entonces hizo como que daba un traspies y se le cayó el archivador y todas las facturas volaron por los aires y todos los papeles quedaron esparcidos por el suelo y asunto concluido... Y ellos dijeron que volverían unos días más tarde cuando los hubiese puesto en orden. Fue magistral.

MARTÍN. Sí, no sirve de mucho lo que uno dice.

DAVID. No, lo que dices tú, no.

HELENA. ¿Puedes subir a decirle a Jorge que vamos a cenar?

DAVID. Sólo he querido decir que aquel día te admiré, mamá.

MARTÍN. Y a mí, ¿no me has admirado nunca?

DAVID. No, a ti no.

MARTÍN. Lo comprendo. *(Se levanta, con amargura. Helena que está a su lado, lo besa repentinamente)* ¿Qué haces?

HELENA. Nada.

MARTÍN. Me diste un beso.

HELENA. ¿Ah, sí?

MARTÍN. *(Después de una breve pausa)* ¿No entendéis que vosotros y mamá, mamá y vosotros dos, sois lo más hermoso que tengo en mi vida...? *(La abraza)* No te vayas. Estoy tan... Tenemos que ayudarnos... Tenemos que tratar de ayudarnos... Oh,

¿qué iba a hacer sin vosotros? David... mi hijito querido. (*Breve pausa.*)

HELENA. Vete.

MARTÍN. ¿Qué? ¿Quién?

HELENA. Es un corzo que está comiéndose los jazmines del jardín.

DAVID. Ya lo has espantado.

JORGE. (*Baja las escaleras, endomingado, traje, corbata, sombrero*) ¿Qué vamos a cenar?

MARTÍN. Mirad quién viene por aquí. ¡Qué elegancia! ¿Vas a un entierro? Estás hecho un brazo de mar, a fe mía. Vamos a cenar lo que quedó del banquete de boda de ayer. Qué gente tan basta, él creía que me iba a poder llamar así, (*Hace castañetas con los dedos*) pero le contesté como suelo decir siempre, los caballos los tenemos en la cuadra, señor.

HELENA. Y luego se empeñó en bailar con Mona.

MARTÍN. Entonces tendría que estar bien borracho.

DAVID. La cogió por los pechos.

HELENA. Este salmón es suficiente también para mañana. ¿Has llamado a Lena?

MARTÍN. ¿Y cuándo iba a haber tenido tiempo?

DAVID. ¿A qué Lena?

HELENA. Ten cuidado con la chaqueta, Jorge.

MARTÍN. Tu tía. Luego la llamaré.

HELENA. Come David. No comes nada.

DAVID. No tengo hambre.

MARTÍN. Has visto qué músculos le han salido. ¿De quién le vendrán?

DAVID. De la mamá.

MARTÍN. ¿Te acuerdas de lo que dijo el médico que te atendió en el parto, no oíste lo que dijo cuando te vio, David?

DAVID. No, ¿cómo coño iba a oírlo? Tenía agua en el oído.

MARTÍN. ¿Sabes lo que dijo cuando saliste a la luz? Dijo, aquí tenemos un chaval peligroso. Será un Hitler o un Churchill. ¿No dijo eso, Helena?

HELENA. Sí... Pero anda, bebe la leche.

DAVID. Pareces tonto.

MARTÍN. ¿Quién? ¿Yo?

DAVID. Sí, tú.

MARTÍN. ¿Por qué?

DAVID. No lo sé.

MARTÍN. Si no estás a gusto, te vas de la mesa.

HELENA. No riñáis ahora.

MARTÍN. No riño. El que la arma es David. Díselo a él. Voy a tratar de adelgazar diez kilos.

HELENA. Pero, ¿no será comiendo menos? ¿Vienes a casa esta noche?

JORGE. Ya veré.

HELENA. ¿Qué vais a hacer? ¿Ir a bailar?

JORGE. A la Asociación Universitaria.

HELENA. Cómo me gustaría salir a bailar alguna vez.

JORGE. Vente. Sube a ponerte algo.

HELENA. No, no puedo hacer una cosa así.

(David se inclina sobre la mesa, hacia su madre, agarra el trinchante, se lo coloca delante de la cara de ella y le da un profundo corte en la mejilla y en el cuello, de manera que la sangre mana de un gran tajo cayendo sobre el vestido y la mesa. Se levanta, va al fregadero y se lava las manos y luego el cuchillo y vuelve después a la mesa, se sienta y deja el trinchante en su sitio.)

HELENA. *(Ve la sangre, se desploma. Al minuto siguiente vuelve a la vida y no ha pasado nada)* Me gustaría tanto salir algún día a bailar. Hace años que no bailo.

JORGE. Vente. Sube a ponerte algo.

HELENA. No, no puedo hacer una cosa así. No he tenido motivos para bailar precisamente.

MARTÍN. Bailaste hace unas semanas, en la boda de Wallin. Y estabas más que contenta...

HELENA. ¿Ah sí?

MARTÍN. Sí, lo estabas. Vomitaste en el jardín y la hija pequeña de Wallin te decía: «¡está también! ¡está también!» y te señalaba las otras flores. Creía que las estabas regando.

HELENA. ¿Por qué no tratas de comer aunque sólo sea un trocito?

DAVID. No, gracias.

MARTÍN. Te encanta el salmón.

DAVID. No, el rodaballo con salsa holandesa.

MARTÍN. Rodaballo con salsa holandesa, eso sólo lo hacemos para los entierros. ¿Te vas ya? ¿Vienes esta noche a dormir a casa?

JORGE. Y a ti qué te importa.

MARTÍN. No, nada, nada, fue por preguntar. No necesitas coger la curva sobre dos ruedas todas las noches que vienes a casa. Van a creer que te ha traído el carnet de conducir Papá Noel.

JORGE. Desentiéndete de lo que hago. (*Se va.*)

MARTÍN. Se fue. ¿Echamos otro pitillo? ¿Qué vas a hacer? Yo puedo fregar... ¿Por qué no te subes a descansar un poco? Hoy pareces extenuada. Estás lívida. Mira, yo ahora friego y después llamo a Lena; enseguida subo. Vete a descansar. Pronto va a acabar el día. Creo que voy a ver si encuentro un buen libro. Luego voy. Anda, sube tú a descansar.

HELENA. No me siento muy animada.

MARTÍN. No, ya lo veo.

HELENA. ¿Y si Lena dice que no?

MARTÍN. Eso no puede ser.

HELENA. Pero, sí... ¿Qué hacemos?

MARTÍN. No sé.

DAVID. No puedes decir que el perro se ha comido el dinero, es lo que les dijiste a los inspectores, que el perro se había comido las facturas... Pero ahora ya está muerto, el perro, digo.

MARTÍN. ¿Qué perro?

DAVID. El perro serías tú.

HELENA. No te metas en esto, David.

DAVID. Perdona, perdona. Pero luego no me vengas a pedir ayuda esta noche si te sacude. Te las arreglas como puedas.

HELENA. ¿Quién me iba a pegar?

MARTÍN. Es un insolente. Deberías tener un poco de vergüenza. *(Se levanta)* No, ahora ya no voy a seguir sentado aquí.

HELENA. *(También se ha levantado)* ¿Le dijiste a Ulla que desplumase los patos?

MARTÍN. ¿Los patos? No, lo hice yo ayer. Dice que no soporta el olor... Fue una suerte que lo mencionases, tengo que ponerlos en adobo... Lo haré también ahora. Venga, coño. Haz lo que te mando, apaga ese cigarrillo y sube a acostarte, luego voy yo, cariño.

HELENA. Sí, creo que lo voy a hacer. Tengo que arreglar la camisa de David. No te olvides de Lena.

MARTÍN. *(Suspira)* No, no.

HELENA. Promételo.

MARTÍN. Sí, sí.

HELENA. David, ¿vendrás a darme las buenas noches? Hazlo. No salgas ya esta noche. *(Se va, tose.)*

MARTÍN. Uf, qué tos tan horrible.

(David ha apagado el gramófono, ¿sueña? Helena está en el cuarto de baño, grita: «¿Puedes venir a lavarme la espalda?» Él entra, etcétera. Ella le pide que la lave un poco más abajo, la enjabona, le pasa la esponja, la enjuaga. Le mira el cuerpo o bien empieza

a acariciarla, le coge los pechos, etcétera, o bien ella sin aparente motivo se pone furiosa, le grita: «¿Qué haces aquí? ¡Vete de aquí cerdo asqueroso!»

MARTÍN. Y tú ¿qué vas a hacer?

DAVID. Voy a ver las noticias de la televisión danesa.

MARTÍN. *(Mira el reloj)* ¿Es ya tan tarde?

DAVID. Iré cuándo quiera.

MARTÍN. ¿No puedes quedarte a hablar un rato?

DAVID. ¿Con quién?

MARTÍN. Conmigo, naturalmente.

DAVID. ¿Te acuerdas que me has prometido que podría quedarme esta noche a ver la carrera de los seis días?

MARTÍN. ¿Que te lo he prometido? ¿A qué hora?

DAVID. Empieza dentro de unas horas.

MARTÍN. No sé por qué me lo preguntas, haces lo que te da la gana.

DAVID. ¿Desde cuándo?

MARTÍN. Desde siempre. Siempre lo has hecho. Siéntate a hablar un rato... Ahora que estamos solos.

DAVID. ¿De qué?

MARTÍN. De cualquier cosa.

DAVID. No tengo nada que decir.

MARTÍN. No... no... no...

DAVID. ¿Por qué dices «no»?

MARTÍN. No... tú lo sabes, no lo hemos tenido tan fácil.

DAVID. No, no lo hemos tenido fácil, pero parece que tú lo has tenido muy fácil, demasiado fácil.

MARTÍN. Sí, sí, ya sé lo que piensas de mí... Pero nos hemos mantenido unidos, mamá y yo, quiero decir... Nunca nos hemos traicionado. Eso tiene algún valor, eso... Siempre hemos tenido problemas económicos. No hemos sido los únicos, ya lo aprenderás cuando tengas familia e hijos a los que cuidar y mantener... Durante la guerra, cuando vivíamos en Huddinge...

DAVID. Andábamos tan mal de dinero que tenías que robar velas en el restaurante donde trabajabas para poder calentar un poco el dormitorio.

MARTÍN. Sí, así es. No, yo estoy pensando en otra cosa. ¿Sabes que mamá tuvo un aborto? Fue antes de nacer tú. Fue cuando nos mudamos al chalé de Huddinge y estaba colgando las cortinas en el cuarto de estar. Probablemente se estiró mal porque de repente, sí, salió... Estaba en el cuarto mes... Era una niña... una niñita que hubiese sido tu hermana. ¿No te hubiese gustado tener una hermana mayor? Tal vez todo hubiese sido diferente.

DAVID. Pero tú no hubieses sido diferente.

MARTÍN. Pero, David...

DAVID. No entiendo que seas mi padre. ¿Es realmente cierto?

MARTÍN. Claro que soy tu padre. ¿Por qué hablas así?

DAVID. ¿Seguro? ¿No soy el hijo secuestrado de Charles Lindbergh?

MARTÍN. ¡Qué descarado eres!

DAVID. Y tú, un asqueroso.

MARTÍN. Pero David...

DAVID. Sí, papá...

MARTÍN. Quiero que trates... sólo trates... de creerme... No entiendes lo mucho que te quiero. Quiero que seas feliz ¿No puedes siquiera intentar creerme... cuando digo que voy a hacer todo lo que esté en mi poder para que no vuelvan a ocurrir estas cosas... que tanto te inquietan? Trataremos de volver a ser una familia... David, no te vayas, David, escúchame. ¿Por qué este odio? Al fin y al cabo soy tu padre. ¡Mírame!

DAVID. Te admiro, papá.

MARTÍN. ¿Sí? ¿Por qué?

DAVID. Por tener la fuerza de mirarte todas las mañanas al espejo. Creo que tiene un valor en sí. Ahora me voy a ver la tele, y quiero verla en paz. ¿Me oyes?

MARTÍN. ¿Qué? No, tú no entiendes esto.

DAVID. ¿Qué es lo que tengo que entender?

MARTÍN. Tu madre y yo nos queremos. ¿No viste cómo me besó?

DAVID. Fue sólo para saber si olías a aguardiente.

MARTÍN. ¿Cómo? Un día cuando esté en la tumba y sea demasiado tarde te arrepentirás de tus palabras...

DAVID. Dentro de un minuto empezarás a llorar y caerán sobre mí unos cincuenta kilos de lágrimas.

Me lo sé. Todo esto me lo sé muy bien. (*Sale, dando un portazo.*)

MARTÍN. (*Permanece sentado, desesperado, pesado, suspirando termina de fumar su cigarrillo, se pone de pie, se quita la chaqueta, se remanga la camisa, friega, saca la gran bañera donde están los patos en agua, desplumados y sin entrañas. Tira el agua al fregadero, mira a su alrededor en la cocina, va hacia la puerta del cuarto del billar donde está el televisor, se queda escuchando un momento, va luego a la escalera y finalmente a la cocina. Del interior de uno de los patos saca una botellita de vodka, bebe con rapidez, hace gárgaras con licor del polo y escupe, busca otro escondite para la botella*) No, no merece la pena, es mejor que me lo acabe todo y la ponga con las botellas vacías. (*Bebe.*)

DAVID. (*Ha entrado sigilosamente y lo está mirando*) No bebas con tanta ansia, papá, que te vas a reventar el vientre.

MARTÍN. ¡Qué cojones, qué cojones haces tú aquí! ¡Vete de aquí!

DAVID. Sólo quería ver.

MARTÍN. ¿Y ahora qué coño pasa?

DAVID. Nada, que estás ahí bebiendo... Sigue, no te prives. Toma otro trago.

DAVID. ¡Yo qué cojones voy a estar bebiendo! ¿De qué coño hablas? ¡Vete de aquí, inmediatamente!

DAVID. Te vi beber, vi cómo levantabas la botella y bebías, vi cómo la nuez o bocado de Adán subía y bajaba y vi cuando te tragabas el líquido...

MARTÍN. ¡No he bebido nada!, ¡No me vengas con cuentos!

DAVID. Entonces, ¿qué hacías?

DAVID. Nada. Estaba mirando si la botella estaba vacía para tirarla... ¿Qué derecho tienes de estar ahí interrogándome como un policía? Vete a ver tu programa de televisión, antes de que me enfade de verdad.

DAVID. Me subo al cuarto de la mamá.

MARTÍN. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué dices que vas a hacer?

DAVID. Voy al cuarto de la mamá a contárselo.

MARTÍN. No, no vas a subir. ¡Ay de ti, si te subes!

DAVID. Claro que voy a subir.

MARTÍN. No vas a subir.

DAVID. Claro que voy a subir.

MARTÍN. He dicho que no... ¡Déjala en paz! No vas a ningún sitio. Tú te quedas aquí.

DAVID. ¿Y quién me lo va a impedir?

MARTÍN. Yo.

DAVID. Tú.

MARTÍN. Ya lo verás. Si le dices una sola palabra a tu madre.

DAVID. *Entonces pobre de ti.*

MARTÍN. No, de ti, pobre de ti... No lo cuentas... Te lo suplico, déjala dormir en paz... David... David.

DAVID. *(Levanta la voz)* ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Sabes lo que está haciendo el papá?

MARTÍN. Calla, joder, calla. ¡Déjala en paz! Dé-

jala dormir... ¿No te queda ni un ápice de vergüenza?

DAVID. (*Gritando*) ¡Mamá! ¡Mamá!

MARTÍN. No, no, basta ya, espera un poco.

DAVID. ¡Mamá!

MARTÍN. ¿No oyes lo que te digo? Te doy diez coronas si no le dices nada, ¿me oyes? Te doy diez coronas si te calmas... Está enferma y necesita calma y tranquilidad... Si subes y le cuentas una mentira, por favor, David... Mira, te doy diez coronas si vas a sentarte delante del televisor a ver tu programa. Aquí las tienes. (*Ha sacado el billete de la cartera*) Cógelas y vete a ver la tele... ¿No dices nada, David?

DAVID. ¿No te da vergüenza?

MARTÍN. No tiene ninguna importancia lo que me dé, pero no le digas nada a tu madre... Coge el dinero, David, por favor. No seas tonto. Para algo te servirá... Tú querías ir a algún concierto. Esto te bastará.

DAVID. No basta.

MARTÍN. ¿No basta? ¿Qué quieres decir? No tengo más.

DAVID. Es demasiado poco, sencillamente.

MARTÍN. ¿Demasiado poco? Entonces, ¿cuánto quieres?

DAVID. ¿Cómo lo voy a saber? Prueba con doscientas.

MARTÍN. Doscientas coronas, ¿estás loco?

DAVID. Lo tomas o lo dejas.

MARTÍN. Eres espantoso. *(Pausa)* Esto es espantoso. ¿No puedes contentarte con lo que te doy?

DAVID. Eso, doscientas.

MARTÍN. ¡Doscientas coronas! ¿Sabes cuánto es eso? Te doy cien coronas, ni un céntimo más.

DAVID. Doscientas. Y ahora mismo.

MARTÍN. No puedo creerlo. Bueno, tendré que cogerlo de la caja.

DAVID. Sí. Y date prisa. No tengo tiempo para pasarme aquí toda la noche.

MARTÍN. ¡Qué asco! *(Entra por el dinero)* Aquí tienes. ¡Cógelo! ¡Coge el dinero y límpiate el culo con él y desaparece para siempre de mi vista! Y ni una palabra a tu madre, ¿me oyes? ¿Qué vas a hacer?

DAVID. Voy a decirle a la mamá que estás bebiendo otra vez.

MARTÍN. ¡Estás loco! ¡Quédate aquí! ¡Te voy a matar! ¡Mientes! ¡No he bebido una gota...! ¡Vuelve aquí! ¿No oyes lo que digo? Maldito crío, ¡baja ahora mismo! *(David sube las escaleras corriendo)* Esto ya pasa de la raya. ¿Qué voy a hacer? Ahora van a ver éstos. No he bebido. No he probado una gota. Este crío va a salir de esta casa, de eso me encargo yo. *(Entra corriendo a la oficina, se sienta para escribir, cambia de opinión, marca rápido un número de teléfono)* Oye... ¿eres Lena? Soy yo, Martín. Bueno, se me ocurrió llamaros para preguntar cómo estabais por allá arriba... ¿Ah, sí? No me digas... No, nosotros este año nos hemos salvado... Helena tiene algo en los bronquios, pero por lo demás todo sigue su apacible curso. ¿No habéis pensado bajar por aquí en el verano? Sí, oye, Lena, ya que te tengo al teléfono, hay una cosa que te querría preguntar... Tú sabes que tengo grandes préstamos y que cada mes tengo que pagar intereses y amor-

tizaciones... y este mes por lo que he visto me va a ser imposible reunir el dinero que me hace falta... He pedido un aplazamiento, pero parece que no me lo van a conceder, no, van a denegármelo... Pensé que te podía preguntar si tienes alguna posibilidad de echarme una mano... Sabes que siempre pago mis deudas, ¿verdad? Sí, es bastante, ocho mil. Sí, lo es, y todavía más cuando no se tienen. Tú eres la única a la que se lo puedo pedir. No, no puedo hacer eso. No hay otra persona. (*Helena y David bajan*) ¿Qué dices? No sé qué coño voy a hacer.

DAVID. Ahí está.

MARTÍN. Me lo quitarán sencillamente. ¿Qué dices? No oigo lo que dices. ¡Claro que es mucho! Por eso te llamo. ¿No le puedes preguntar a Gösta? Estoy hablando con Lena, dejadme en paz. No, hablo con Helena que está aquí al lado... ¿No ves que estoy hablando por teléfono? Espera. Sí, sí, soy yo otra vez. ¿Qué dices? ¿Qué habéis hecho? ¿Habéis comprado otro caballo de carreras? ¿Qué vais a hacer con tanto caballo? Sí, lo comprendo. ¿No ves que estoy hablando con mi hermana? ¡Has sido tú la que me has dicho que la llamase! ¡No, estoy perfectamente, perfectamente! ¿Puedo hablar con Gösta? Oye, ¿estáis ahí?

HELENA. (*Trata de coger el teléfono*) ¡Dame el teléfono!

MARTÍN. ¡Déjate de joder con el teléfono! ¿Qué coño se te ha perdido aquí?

HELENA. Déjame hablar con ella.

MARTÍN. ¡No, no te dejo! ¡No, es Helena! Anda por aquí en bata... ¿Oye, estás ahí? Sí, oye, Lena, ¿puedo decirle unas palabras a Gösta, Lena? Por favor, ¿puedes decirle a Gösta que se ponga al teléfono que quiero hablar un momento con él? ¿Por qué no? ¿Qué? Pues ¡llámalo! ¿Que no está en casa? Estará lavando al caballo... Y ahora, por favor, anda

a decirle a Gösta que quiero hablar con él... ¡Puedo esperar!

HELENA. Dame el teléfono. (*Trata de cogérselo*) Dame el teléfono, Martín.

MARTÍN. No, te digo. ¡No! ¡Nunca en la vida! ¡Sube a acostarte!

DAVID. (*Lo tira de la silla, cae al suelo*) ¡Dale el teléfono a la mamá! Tú te quedas donde estás.

MARTÍN. ¡Estáis locos! (*Grita*) ¡Lena! ¡Lena...! ¡Me están pegando!

HELENA. Hola, Lena... Soy Helena... Perdona, ya oyes lo que hay aquí... Ha vuelto a empezar... Ya no hay remedio.

MARTÍN. ¡No, no he empezado! ¡Quita de ahí, cabrón!

DAVID. No te muevas. Y bien tranquilito.

HELENA. (*Al teléfono*) No, Lena, no sé lo que voy a hacer. David subió a decirme que estaba en la cocina sacando una botella que había escondido en uno de los patos, ...sí, en un pato...

MARTÍN. Y lo sabes seguro, claro. ¡Tú te vas ahora a arriba a acostarte en tu camita!

HELENA. No, no sé lo que voy a hacer. No puedo más.

MARTÍN. Pues sube a tu cuarto y déjame seguir trabajando.

HELENA. No, no puedo hacer nada. ¿No podría estar con vosotros unas semanas para que descansase?

MARTÍN. ¡Yo no voy a ningún sitio! Sois vosotros

los que os vais a ir. ¡Lena! ¡Dame el teléfono! (*Escupe a David. David le devuelve el escupitajo*) ¡Me ha escupido! Mi hijo, mi propio hijo me ha escupido. (*Eso le infunde nuevas fuerzas, se libera, coge el teléfono, David cae al suelo*) ¡Lena! ¡Soy yo! ¡Todo es mentira! ¡Sí, es verdad! ¡No es verdad! ¡Yo que voy a empezar a beber! ¡Mentira! ¿Qué quieres decir con eso? ¿La crees más a ella que a tu propio hermano? Ah sí, eso es lo que dices ahora. ¡Déjame hablar con Gösta! ¡Claro que quiere! ¡Que me lo diga él! ¡Por los cojones! ¿Qué coño se me ha perdido por allí arriba? ¿Qué? ¡Que no, te digo! ¡No y no! Lena, tú me debes el haber podido calzarte y vestirme, sí, a mí... no, ahora haz el puñetero favor de escucharme, escúchame, escúchame te digo... Vete a buscar a Gösta. No, te digo, ¡no voy a ningún sitio! ¿Qué? ¿Qué es lo que dices? ¿Cómo? ¡No, no lo necesito! ¡Necesito paz y tranquilidad! ¿Ah, sí?, ¡Vete a la mierda! ¡Esto no te lo perdonaré nunca! ¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca! Quédate ahí con tus caballos y tus títulos universitarios y con ese polla triste con el que estás casada, sin mí no hubieses llegado a ningún sitio. ¡Lena! ¡Lena! ¿Me has colgado, Lena...? ¿Lena?

DAVID. Mira, mamá, esto es lo que había dentro del pato.

MARTÍN. Qué va. ¡Eso es una imitación! Todos los patos llevan un remedo de botella en la tripa, si no no podrían andar. Ahora has conseguido enfrentarte a mi hermana conmigo. Ya está bien, ¿está claro? ¡Ahora va a acabar todo esto! ¡Ahora desaparecéis todos de aquí!

HELENA. ¡No grites!

MARTÍN. ¡En mi cocina grito todo lo que quiero! (*Abre la ventana*) ¡Que oigan todos! ¡En mi propia cocina grito todo lo que quiero! Sube a acostarte, si no me cuelgo en el asta de la bandera. Fuera de aquí he dicho. (*Va corriendo a coger un cuchillo*) Voy a telefonar a la policía. (*Comienza a perseguirlos*)

cuchillo en mano. Ellos gritan) Ahora tenéis miedo, eh, jodidos cobardes. ¡Vais a ver ahora! Ya estoy hasta los cojones. Cuidadito ahora. *(Se oye el ruido de un frenazo, ruedas que chirrían. Martín tira el cuchillo al agua de fregar. Se pone a silbar y a limpiarse las uñas)* Ahora podéis calmaros un poco. Oye, Helena, ¿no habías pensado bañarte? Creo que voy a bajar a ver si está apagada la luz de los retretes. Ahora viene también ese cerdo. Lo que faltaba. Hola, Jorge. *(Jorge entra.)*

MARTÍN. ¿Ya de vuelta? ¿Te habías olvidado los condones?

HELENA. David lo cogió bebiendo. Había escondido una botella dentro de un pato.

MARTÍN. No la había escondido.

JORGE. ¿Qué queréis que le haga?

HELENA. No debes marcharte.

JORGE. Esto ya no es asunto mío. Yo me mudo a la ciudad.

HELENA. ¿Y qué voy a hacer yo?

JORGE. No lo sé.

HELENA. Tenemos que subirlo a su cuarto.

JORGE. Lárgate tú también.

MARTÍN. No me vais a llevar a ningún sitio. No pienso ir a acostarme. Voy a repasar mis papeles.

HELENA. No vas a beber ni una gota más mientras yo siga aquí. Mañana haces lo que te dé la gana.

MARTÍN. ¡Si me tocáis llamo a la policía!

HELENA. Sí, llama. Sería mejor que te encerrasen.

MARTÍN. Pero, ¿qué estás diciendo?

HELENA. Sería mejor que te llevasen ya de una vez al hospital de San Lars.

MARTÍN. Estás loca, puta psicopática. ¡Si alguien necesita que lo encierren en el psiquiátrico eres tú!

HELENA. Vete a llamar a la policía, David.

DAVID. Y ¿qué digo?

HELENA. Diles que vengan a llevárselo, diles que tenemos un cliente peligroso.

DAVID. ¿Qué número tienen?

HELENA. Está encima del teléfono de la oficina.

MARTÍN. No te atreverás. No os atreveréis.

JORGE. Anda, David. Vete a llamar, coño.

DAVID. ¿Voy, mamá? ¿En serio?

HELENA. Sí.

MARTÍN. Por los cojones vas a llamar. *(Se inclina hacia delante y apaga su cigarrillo en la mejilla de Helena. Los hijos se levantan, con un gélido asombro, y caen unas sillas al suelo.)*

JORGE. No. Oh, no...

HELENA. *(Grita.)*

MARTÍN. ¡No me toquéis! ¡Ya estoy harto!

HELENA. ¡Matadlo! ¡Matadlo!

DAVID. Nunca había visto cosa igual. *(Pausa)*
Nunca había visto nada tan horrible.

JORGE. Ahora vas a ver. Ahora verás.

MARTÍN. Cuidado. (*Coge una silla, la levanta para matar a Helena*) Voy a matar a esta puta venenosa que no hace más que fingir... ¿oís? Ahora soy yo el que manda en casa y se va a acabar esta historia, ahora se ha acabado todo esto. (*Va a golpear a Helena pero una de las patas de la silla se enreda en la araña de cristal que se viene al suelo. Oscuridad. Gritos.*)

TELÓN



EPÍLOGO

(Son las dos y media. David baja a la cocina. Martín está en el suelo barriendo con un cepillo de dientes. En el lugar donde ha estado la fregadera está el blanco y reluciente «Buick-56» de Jorge.)

DAVID. ¿Qué haces? *(Saca un revólver)* Eso lo puede hacer la mamá mañana. Levántate. Ya se ha acabado.

MARTÍN. No tengo tiempo de acabar.

DAVID. Sube al coche y siéntate en el asiento delantero. Nos vamos.

MARTÍN. ¿Adónde?

DAVID. Nos vamos de aquí, vete a sentarte allí.

MARTÍN. *(Se levanta)* Tú no puedes tocar sus cosas. Eso lo sabes.

DAVID. Sólo esta vez.

MARTÍN. Qué raro.

DAVID. Siéntate en el asiento delantero, antes de que mueras de senilidad.

MARTÍN. Sí, no hay peligro de que tú te mueras de eso.

DAVID. ¿Qué dices?

MARTÍN. *(Se ríe estúpidamente)* ... Te mueras de senilidad. Pero yo no sé conducir. ¿Quién va a conducir?

DAVID. Tú.

MARTÍN. No creerás que te tengo miedo. Yo también llevo revólver. *(Lo saca)* No lo creías, ¿verdad? Bueno, vámonos ya.

DAVID. Sí, ya voy. *(Le dispara un tiro)* Vamos. No ha sido difícil. Ha sido fácil. *(Cierra de un portazo. Permanece donde estaba. Martín queda completamente inmóvil, muerto, con la pistola en la mano.)*

El reloj de pared va mostrando años, de 1956 pasa a 1960, 1963, etcétera, y se para finalmente en 1980. David, veinticuatro años mayor, va al coche, mira en su interior, abre la puerta delantera. Martín al que la atmósfera cerrada ha conservado perfectamente se desploma suavemente cuando sale el aire del coche, y al mismo tiempo aprieta con el índice el gatillo que se dispara dejando ver una llamita. David se lleva las manos al vientre y cae al suelo.

CUARTO ACTO

(21.30 - 02.00)

(La cocina. Quizá cambiada, algo más pequeña o sin ventanas. Una bombilla desnuda cuelga de un cable. Han movido la mesa. Luz fría. Sobre el fregadero, en la mesa, por el suelo, etcétera, hay cristales como largas lágrimas. Helena los va recogiendo. David viene del cuarto del billar, ha puesto en el aparato «Moonlight Serenade», que acabará durante las primeras réplicas. Jorge está junto al fregadero delante de Martín; tiembla todavía, dispuesto a pegar de nuevo. Martín en el suelo, de rodillas, gime. Golpeado, ensangrentado.)

MARTÍN. Me pegó aquí.

DAVID. ¿Dónde?

MARTÍN. ¡En los cojones! ¡Ay, ay, ay, ay!

DAVID. Ya no vas a tener más hijos.

MARTÍN. ¡Cómo te lo diría! ¡Ni borracho! ¡Oh, cómo me duele! No se puede explicar. Se me ha roto algo.

DAVID. ¿Qué?

MARTÍN. Digo que se me ha roto algo.

DAVID. Te pregunto, ¿qué?

MARTÍN. ¡Y a ti qué coño te importa! *(Pausa)* Apaga la luz, no veo. *(Pausa)* Helena. *(Pausa)* Es que no va a tener nadie la amabilidad de apagar la luz... Me da directamente en los ojos. No veo, os digo que no veo. No puedo ponerme de pie.

HELENA. ¿No puedes ponerte de pie?

MARTÍN. No, no puedo. Eso es lo que no puedo.

DAVID. ¿Por qué vas a ver?

JORGE. ¿Por qué vas a ver?

MARTÍN. Yo no hablo contigo. A ti no te veo.

JORGE. ¡Te digo que para qué quieres ver!

MARTÍN. Mátame, mátame ya... Sólo te pido que vayas a encender la lámpara de encima de la cocina. *(Pausa)* ¿No es un poco inútil tener encendida esta luz?

HELENA. Levántate... No estés ahí tumbado temblando.

MARTÍN. Digo que no puedo ¿por qué crees que estoy aquí tirado, por gusto? ¡Míralo! ¡Mira a tu hijo! ¿Es esto lo que te han enseñado en la mili, cómo se le pega a su propio padre? ¿Qué...? ¿Cómo se le pega a la gente en los huevos? *(Con una risita)* ¿Es eso lo que has aprendido?

JORGE. Espera que te voy a enseñar lo que he aprendido.

MARTÍN. *(Feliz)* Sí, hombre, enseña, enséñame. *(Con una gran carcajada seguida de un profundo carraspeo)* Tú no puedes enseñarme nada, a ver si se te mete en la cabeza de una vez.

JORGE. Cierra el pico.

MARTÍN. Perdona, no he oído bien.

JORGE. Cierra el pico.

MARTÍN. ¡No, a mí tú no me haces cerrar el pico! ¡A ver si te enteras! ¡Cerdo! Me gustaría tanto verte caer en paracaídas, sería una visión celestial. (*Ruge de gusto*) Me gustaría verte descender lentamente en paracaídas, como un suflé cuando se abre el horno antes de hora, y es que tienes pinta de eso, de suflé sorprendido, ¡ja, ja, ja! (*Carraspea*) Podríamos tranquilizarnos un poco. Hoy no hay baile.

JORGE. ¿Qué has dicho? (*Pausa*) ¿Qué has dicho? ¿Qué es lo que acabas de decir?

MARTÍN. No me acuerdo.

JORGE. ¿Qué has dicho?

MARTÍN. Digo lo que me da la gana.

JORGE. (*Le da una patada*) No, no lo dices.

MARTÍN. ¿Que no?

JORGE. (*Le vuelve a pegar*) No, no, no.

MARTÍN. Mátame si quieres. Me importa un huevo. (*Pausa*) Pero seguirás sin tener nada... No eres nada... No tienes nada, no tienes elegancia, nada, ni cultura, ni formación, ni empaque... nada... nada. No eres más que un cerdo peludo al que hay que fregar con estropajo como el patio de la casa. ¿Entiendes? (*Jorge le pega.*)

HELENA. Déjalo. Basta ya, Jorge. Basta.

MARTÍN. Y tú, ¿qué haces? Deja eso. Miradla.

JORGE. ¿Qué tal la mejilla, mamá? ¿Te duele?

MARTÍN. A mí me duele todo el cuerpo, ni siquiera siento ya el dolor de tanto como me duele. Ayúdala y no os quedéis ahí como dos pasmarotes.

DAVID. La tiraste justo donde estaba.

MARTÍN. ¿Qué es lo que hice?

DAVID. Le cayó encima.

MARTÍN. Qué la voy a tirar. Gilipolleces. Cayó solita, por su propio peso.

DAVID. Podías haberla matado.

MARTÍN. Hace tiempo que está muerta. ¿No lo veis? ¿No visteis lo que hizo conmigo? Trataba de llevarme a un manicomio contra mi voluntad... ¡Y vosotros pensábais aceptarlo! ¡Tres contra uno!

DAVID. En realidad podría estar muerta ahora.

MARTÍN. En realidad podría estar muerta ahora... En ese caso sería por su culpa.

DAVID. Ella no te tocó.

JORGE. Mamá, ¿qué te pasa? ¿Lloras?

MARTÍN. No tiene motivos para llorar. Pero yo sí.

JORGE. Mamá, ¿quieres que lo mate? *(Pausa)* Basta con que lo digas. No tiene la menor importancia. *(Pausa)* Mamá. Yo...

HELENA. *(Hablando sobre los cristales)* Lo único que me quedaba.

MARTÍN. ¿Y qué tengo yo? ¿Qué tengo yo? ¿Puedes decírmelo? ¿Qué tengo yo? *(Jorge le pega una patada a Martín)* Alguien que me pega. Eso es todo lo que tengo... Oh, Dios mío... No puedo creer que sea verdad... Tengo que estar soñando. Esto es un sue-

ño, es una pesadilla repugnante. (*Jorge lo agarra, lo levanta y lo arroja a la silla. Martín grita.*)

MARTÍN. ¡No, no, no, no, no me pegues! ¡Mamá! ¡Mamá!

HELENA. David, cierra la ventana.

MARTÍN. ¡No, ábrela! ¡Quiero que todos sepan qué infierno estoy pasando! ¡Llamad a la policía!

DAVID. (*A Helena*) ¿Te ayudo?

MARTÍN. Podías haberlo pensado antes. (*Va a encender un cigarrillo.*)

JORGE. ¿Quién te ha dado permiso para fumar? (*Le quita el cigarrillo, lo desmenuza y le tira los restos por encima*) Ya has fumado tu último cigarrillo. (*Martín se va a levantar. Jorge se lo impide empujándolo hacia contra la silla*) Tú no vas a ningún sitio. Te quedas ahí sentadito y muy tranquilito. Sentadito y tranquilito. (*David trae la aspiradora. Helena la monta.*)

JORGE. Ésta ha sido la última vez.

MARTÍN. ¡Qué va a serlo! (*Helena empieza a pasar la aspiradora*) Miradla, a media noche en bata y pasando la aspiradora, me gustaría saber quién es el que tiene que ir al manicomio en esta familia.

DAVID. ¿Sabes cuánto valía?

MARTÍN. No, ¿lo sabes tú? ¿Sabes lo que vale algo?

DAVID. Sé que tú no vales absolutamente nada...

MARTÍN. (*Serio*) Pues te voy a decir una cosa, querido David... escúchame bien, porque esto es la verdad, y ya tienes años para poder oírla... Escucha con atención... Ten cuidado con esa mujer, tu madre... Es peligrosa, ¿entiendes...? Tal vez yo beba...

Tal vez... Pero no soy falso... Y no miento... Tal vez sea un mal padre, pero te quiero... Pero ella no, es dura, es la persona más dura que he conocido en mi vida... No te vayas a creer que ella... No, no voy a decir nada más... *(Pausa)* No digo nada más. *(Pausa)* Si bebo es para ponerme sobrio. Porque ella no hace más que despreciarme.

HELENA. Muévete.

MARTÍN. Muévete tú, vejestorio.

HELENA. Si yo soy un vejestorio, ¿qué eres tú?

MARTÍN. Nosotros dos no tenemos nada más que decirnos.

JORGE. Muévete, te digo.

MARTÍN. *(Levanta las piernas)* Esto es ridículo. ¿Queréis que baile claqué también? ¿Queréis que cante?

JORGE. Sí, hombre, canta. *(Martín se pone a cantar «Till havs», canción de Jussi Björling. Jorge le pega. Martín sigue cantando)* Está loco. Ahora se ha vuelto loco. Míralo, mamá.

HELENA. ¡Basta ya, Martín! *(Martín sigue cantando)* ¡Te digo que basta! *(Jorge lo agarra por la garganta hasta que se calla. Se sonríe)* ¿De qué te ríes? *(Martín se sonríe)* ¿Puedes decirme de qué te ríes? Yo también querría reírme. *(Martín sigue sonriendo)* ¡Uf, uf, uf! *(Pausa)* ¡Uf, Martín! ¡Si pudieses verte! Si pudieses ver el aspecto que tienes, Martín... es tan... tan repugnante... Martín no me gustas nada... No, nada... No vale la pena. *(Jorge embadurna la cara de Martín con mantequilla. Helena coge una toalla para limpiarlo)* ¿Qué hacemos?

MARTÍN. Subid a acostaros... como la gente normal.

JORGE. (*A Helena*) Supongo que ahora comprenderás que no puedes seguir aquí. (*Pausa*) ¿No pensarás que puedes seguir viviendo aquí?

DAVID. Es mucho mejor que se vaya él, como tiene tan poco ajuar. Unas botellas.

JORGE. Mamá...

HELENA. ¿Adónde vas?

DAVID. A mear.

HELENA. Qué lenguaje, qué vocabulario.

JORGE. Mira a este viejo. ¿No ves que es un ser sin el más mínimo valor? ¿No entiendes que no va a cambiar nunca. ? Míralo, mírale los ojos... Que se vaya al infierno. ¿Qué tenemos nosotros que ver con él? (*Pausa*) Hablo en serio, mamá, si te quedas con él yo salgo derechito por esa puerta y no vuelvo más por aquí... Entonces, que te mate... Ya no podré hacer nada por ti... Ya no puedo más... He crecido con este demonio y no me he atrevido a traer a casa a ningún amigo ni a ninguna chica porque nunca podía estar seguro de si este maricón no se iba a presentar furtivamente y avergonzarme delante de todos... Mamá... ¿Me entiendes?

MARTÍN. Y que lo digas tú, tú que matas todo lo que vive a tu alrededor...

JORGE. Aquí no hay nada vivo.

MARTÍN. Anda a mirar el coche, ¡lleno de pajarillos masacrados que no te han hecho nada! ¿Hay algo de lo que seas responsable? (*Pausa.*)

JORGE. Mamá, no quiero que te quedes aquí.

HELENA. ¿Qué quieres que te diga?

JORGE. ¿Te vas a quedar aquí o no?

HELENA. No... no... Claro que no me voy a quedar.

JORGE. Míralo, anda míralo. ¿Has visto algo tan miserable?

DAVID. (*Baja por la escalera con la chaqueta del smoking y el pañuelo de seda de Martín*) Ahora soy yo el señor de la casa.

MARTÍN. Quítate eso. ¡Es mía!

DAVID. Ya no. Ahora es mía.

MARTÍN. Me la dio mi padre cuando hice la primera comunión.

DAVID. ¿Un smoking? No lo creo.

MARTÍN. ¡Sí, mi smoking! No, mi traje negro... ¡Te lo creíste! ¿Qué pasa? Es mi traje negro. ¿Qué has hecho con los pantalones? ¡Trae los pantalones!

DAVID. Quiero ver los seis días.

JORGE. No con mi traje negro.

DAVID. Mamá, ya ha empezado. La carrera de los seis días.

MARTÍN. Anda vete a verla. Necesitas un poco de diversión.

HELENA. ¿No podríamos tratar de meterlo en la cama?

MARTÍN. Tendréis que matarme para meterme en la cama.

HELENA. ¿Bastaría?

DAVID. Bueno, también podemos quedarnos aquí hasta que vayamos a acostarnos.

MARTÍN. Ah, sí, pues vais a tener que estar toda la santa noche. Por mí, encantado. No es la primera vez, joder, que me quedo sin dormir un día entero. No sé cuantas noches estuve haciendo la peor guardia, la de tres a cinco de la noche, cuando íbamos en coboy a Murmansk. Veremos a ver quién cae el primero.

JORGE. ¿Coboy?

MARTÍN. Coboy, sí. ¿Sabes lo que es eso? Son cosas de las que nunca vas a poder comprender el sentido... Si quisiese te podría contar cosas que tú no eres digno de oír, si quisiese, pero ¿para qué voy a hacerlo? ¿Tienes la menor idea de lo que quiere decir ir en convoy?

JORGE. Se dice coboy.

MARTÍN. ¿Coboy? ¿Qué coño es eso?

JORGE. ¿No has visto coboyes? ¿No sabes lo que es un coboy?

MARTÍN. ¿Un coboy? ¿De los que llevan lazo?

JORGE. No, de los que iban a Murmansk.

MARTÍN. Pero, ¡qué cojones estás diciendo! Coboyes... ¡Se llaman convoyes! ¡Tú no sabes siquiera dónde está Murmansk! No, ¡claro! ¿Sabes lo que es que el agua polar esté a treinta grados bajo cero y que no se hiele? ¿Sabes lo que se siente cuando sopla la tormenta desde las llanuras de hielo a sesenta bajo cero y el viento te atraviesa las ropas más gruesas como una cuchilla de afeitar y andas por la cubierta con la cara cortada por trozos de hielo sin poder distinguir los colores, ¿lo sabes? Cuando hay en cubierta más de mil quinientas toneladas de hielo.

JORGE. ¿Cuánto?

MARTÍN. ¡Mil quinientas toneladas! Cuando hace tanto frío que hasta las baterías de las linternas se apagan y el viento te arranca las botas de los pies... ¿Tienes idea de lo que es ir día tras día sin dormir, no poder dormir más de quince o veinte minutos al día durante semanas, cuando no se come caliente, sólo carne de lata día tras día y todo está húmedo y salitroso y pegajoso? Y las olas son tan altas como casas y uno le pide a Dios que sea la última, que sea ya el final para poder irse al fondo y poder descansar de una vez... dormir... ¿Lo sabes? No, no sabes una puta mierda... Pero yo he visto hundirse enormes barcos de carga con tripulación y todo lo demás, y también he vivido el ir a toda máquina hacia los restos de un barco en llamas para que las olas del nuestro aplastasen a los supervivientes y así evitarles la muerte por congelación... porque no teníamos tiempo de recogerlos... Yo he sacado del mar chicos que no eran mayores que tú, David, con los pulmones llenos de petróleo. Esto no lo entienden estas jodidas putas... Siempre lo he dicho... Yo nunca he aceptado esta intimidación con la mujer, mujeres... Nunca lo he hecho, desde 1922... Yo era tan imbécil, que lo dije. Pero yo no me he acostado nunca con una mujer, nunca lo he hecho. Hasta Sven me lo dice: ¿cómo puedes? Entonces podía, luego me iba llorando vestido con el uniforme de la marina... Y luego volvió esta bruja y me pidió perdón... Pero entonces ya era demasiado tarde... ¡Por los cojones, vais a poder! ¿Te acuerdas de Sven, Helena?

DAVID. Yo quiero ver los seis días. ¿Mamá?

MARTÍN. Durante cuatro años he estado levantándome cada mañana a las seis y media para despertarte, después he bajado a hacerte café y dos huevos pasados por agua, que he puesto en la mesa además de dos cigarrillos que he dejado en la bandeja, y luego he tenido que volver a subir a decirte que te dices prisa si querías llegar al autobús y tú simplemente estabas sentado en la cama durmiendo y he tenido que sacudirte para ver si lograba que volvieres a la vida y luego bajabas con un humor de

perros como siempre y te comías tus jodidos huevos, te tomabas tu café y cogías los cigarrillos y el dinero y te marchabas sin apenas decir adiós, pero en lugar de coger el autobús dabas la vuelta corriendo a la casa y te metías por la entrada principal y te escondías en los retretes de caballeros... Si tu profesor no me hubiese llamado para preguntarme por qué no te veían el pelo por la escuela no nos hubiésemos enterado de qué es lo que haces. ¿No te da vergüenza David? *(Pausa)* Dejar que tu padre se levante al punto de la mañana para prepararte el desayuno... mientras tú te cagas en todo lo que hace por ti... Pero ¡ahora sí que se ha acabado esto! Tú ya no eres mi hijo. Mi hijo es el que vive y tu hijo es el que está muerto... Un hijo prudente es la alegría de su padre pero un hijo necio es la congoja de la madre... Danos a tu hijo, para que podamos comérmolo... ¿Oyes, Helena? Me sé la Biblia casi tan bien como tú. Hacía meses que no estabas tan animada. Hasta tienes un poco de color en la cara.

HELENA. Son los cardenales.

MARTÍN. No has perdido las ganas de bromear... ¡Hombre, ahora viene Gustafsson! *(Se vuelven. Martín se levanta y echa a correr.)*

JORGE. ¡Que se escapa! ¡David, agárralo!

MARTÍN. *(Se encierra en su despacho)* ¡Ja, ja! ¿Y ahora qué? Os habéis quedado con un palmo de narices. Cabrones. *(Les hace muecas.)*

HELENA. *(Ha abierto la bolsa de polvo de la aspiradora para quitar los cristales, saca la botella)* ¡Mirad!

JORGE. ¿Y eso a mí qué?

HELENA. ¿Qué es esto? *(Martín le hace muecas a Helena.)*

JORGE. ¿A qué juegas? ¿A que eres el capitán Hornblower?

DAVID. No, más bien parece el obispo Helander. *(Grita)* Tú pareces el capitán Queeg.

MARTÍN. ¿Qué? *(Se quita la chaqueta, enciende un cigarrillo. Helena se pone a fregar. Martín grita)* ¡Ya he fregado! ¡Déjalo! ¡Qué idiotez! ¿Estás borracha?

JORGE. ¿Rompo un cristal? Puedes quitar la luz y lo dejamos a oscuras para que cuente sus cupones.

DAVID. Pero yo no puedo ver los seis días, si va a contar cupones.

HELENA. Lo mejor sería si pudiésemos darle unos somníferos y llevarlo a la cama.

JORGE. ¿Unos?

HELENA. Tengo otra llave.

JORGE. Lo verá.

HELENA. No si lo distrae David. Entonces podré abrir.

DAVID. ¿Qué tengo que hacer?

HELENA. Vete a hablar con él por la parte delantera. Trata de distraerlo. Yo me quedaré sentada aquí en la mesa.

DAVID. ¿Y qué le digo?

HELENA. Cualquier cosa. Algo cariñoso.

DAVID. No puedo.

HELENA. Claro que puedes.

DAVID. Papá... ¿Me oyes? ...Oye, papá.

MARTÍN. Sí, ¿qué quieres?

DAVID. Papá querido...

MARTÍN. Anda a acostarte. Llévate también a tu madre, tiene que dormir. A dormir los dos.

DAVID. Papá... papá querido.

MARTÍN. Sí, qué quieres, te he dicho. Déjame en paz. ¿No ves que estoy aquí trabajando?

DAVID. Papá, escúchame... ¿No oyes lo que digo?

MARTÍN. No, no lo oigo. Lárgate.

DAVID. Sé bueno...

MARTÍN. ¡Estoy cansado de ser bueno!

DAVID. Sí, lo sé.

MARTÍN. ¡Qué vas a saber! Mira a tu hermano, ¡míralo ahí! (*Hace una mueca en dirección a Jorge*) Cuídate de él, ya sabes lo que dice la Biblia: En el claustro materno agarró a su hermano por el talón.

DAVID. ¿Por qué no tratas de subir a acostarte? Van a ser las doce. Tú también necesitas un poco de calma y tranquilidad, tú también... Si vas a acostarte ahora todo se arreglará... trabajas demasiado... Sube a acostarte y descansa, mañana podremos hablar los cuatro... Nosotros vamos a acostarnos ya... Nadie te va a hacer ningún daño. Bien puedes comprenderlo. Ahora ya se ha arreglado todo... Es que estamos inquietos, nada más.

MARTÍN. No necesitáis estar inquietos.

DAVID. No, claro, pero lo estamos... Al menos yo estoy inquieto. Imagínate que te duermas fumando y que caiga el cigarrillo en la papelera, como ya te

pasó una vez. Y luego, a lo mejor os empezáis a pegar otra vez.

MARTÍN. No pienso decir una palabra más.

DAVID. Papá, por favor... *(Pausa)* Tú sabes que yo te quiero mucho... ¿No lo sabes?

MARTÍN. No, a mí no me quiere nadie.

DAVID. Sí, te quieren.

MARTÍN. Tu madre no. Nunca me ha querido.

DAVID. Pero yo te quiero. Eso lo sabes...

MARTÍN. No... no... no.

DAVID. Pero papá, yo te amo... Es cierto. ¿Por qué te lo iba a decir si no fuese verdad?

MARTÍN. No... *(Se echa a llorar)* Me odiáis todos. Lo único que hacéis es vigilarme... Nadie se preocupa nunca de mí.

DAVID. No es verdad, papá... No es verdad... ¿Por qué íbamos a seguir con esta vida? Entonces nos desentenderíamos de ti, nada más. Mamá ya se hubiese ido de casa hace tiempo. Pero no se va... Está ahí fuera, esperándote... Anda sal y dale un abrazo, y luego mañana habláis.

MARTÍN. No... no.

DAVID. Pero yo te necesito.

MARTÍN. *(Llora intensamente)* No... no... David... no digas eso... no digas eso... David querido, hijito querido... *(David le hace una señal a Helena)* ¿Estás llorando, David? No, hijito...

DAVID. No es para tanto... ¿No puedes salir ya? Ahora está todo bien.

MARTÍN. ¿Está todo bien?

DAVID. Sí, quiere que salgas.

MARTÍN. Sí, sí, saldré... pero ¿y todos esos papeles? ¿cuándo voy a tener tiempo? *(Jorge y Helena han abierto la puerta.)*

HELENA. ¡Venga, ahora vas a subir a acostarte! *(Lo sacan del despacho a la fuerza, lo suben por la escalera, le obligan a tragarse los somníferos en el dormitorio, lo sujetan, dice a gritos que se muere, que lo están matando. David se queda abajo en la cocina, pone la radio, pasa por las diferentes estaciones buscando noticias sobre Chessman, oye que dicen algo sobre él en francés, la voz desaparece, ruidos, música, señales, sintonías, sube el sonido, oye de repente una voz femenina que susurra su nombre. David... David. Sube aún más el sonido. Está asustado. Desaparece.)*

JORGE. Ya duerme.

HELENA. No sé cuántas le di. *(Pausa)* De dormidón. *(Se sirve café.)*

DAVID. Yo también quiero. *(Se sirve café)* ¿Me puedo ir a ver los seis días ahora?

JORGE. Unos idiotas dando vueltas y vueltas en bicicleta con el culo lleno de grasa.

DAVID. Es emocionante.

JORGE. ¿Qué tiene de emocionante?

DAVID. Son cosas que no entiendes y que no puedo explicarte. ¿Iremos mañana a Malmö?

HELENA. Ya veré cómo está.

DAVID. ¿Tendremos que volver a escudriñar por todos los rincones?

HELENA. Calla ya.

DAVID. No me contestas cuando pregunto... Es como si la pregunta hubiese salido volando por la ventana.

HELENA. Sí, anda ciérrala por favor.

JORGE. ¿Ha ido alguna vez en convoy?

HELENA. Creo que fue de cocinero en un barco que hacía la ruta de Liverpool. No creo que se le pueda llamar convoy. Fantasías, diría yo. No, David es demasiado tarde. Vamos a dormir. Jorge, te quedarás ¿no?

JORGE. Pero mañana me largo.

HELENA. Vamos, chicos. *(Apaga. Se van. Después de un rato, mientras Helena está en su dormitorio, empieza Jorge a tocar el saxofón. Helena le quita los zapatos y los pantalones a Martín, le desabotona la camisa, lo coloca bien en la cama, retira las tijeras y objetos punzantes. Luego se desnuda, coloca la ropa como si sólo pensase dormir un ratito, se lava, se tumba en la cama, fuma un último cigarrillo, apaga, tose. Martín se despierta repentinamente, lo despierta un ronquido, se sienta, tiembla, comienza a buscar sigilosamente por la habitación, mira en el bolso de Helena, debajo de los pies de ella, etcétera, tratando de encontrar las llaves de la bodega, levanta cuidadosamente la almohada y la cabeza de su mujer y mete la mano por debajo.)*

HELENA. *(Se despierta, enciende la lámpara)* ¿Qué haces?

MARTÍN. El tabaco.

HELENA. Vete inmediatamente a la cama.

MARTÍN. ¿Dónde está mi tabaco? Tengo sed.

HELENA. ¿Cómo van a estar tus cigarrillos debajo de mi almohada? Mira en tu mesilla. Acuéstate.

MARTÍN. *(Se sienta)* No, no me acuesto. Dámelas. Son mías las quiero. ¿Es que no lo comprendes?

HELENA. ¿Qué quieres?

MARTÍN. *(Grita)* ¡Quiero mis llaves! Son mías. Me las vas a dar.

HELENA. Si no te acuestas ahora mismo y te callas llamo a Jorge. Ahora apago. *(Apaga.)*

(Martín hace ruidos en la oscuridad, como si llorase. David entra, quiere sentarse en el borde de la cama, busca refugio.)

HELENA. Martín, duerme... No tengo fuerzas para escucharte más... Tengo que dormir. *(Pausa)* Acuéstate en tu cama... Por favor, Martín... Martín, basta ya... ¿Qué pasa...? ¿Por qué te sientas ahí? *(Roza el rostro de David en la oscuridad)* ¿Qué quieres? ¿Quieres meterte aquí? *(Pausa)* Pero di algo... Oh, Dios mío, anda métete aquí a ver si dormimos de una vez... Me vas a volver loca... Me tengo que levantar enseguida... Eres como un crío. *(Enciende la lámpara. David está sentado en su cama, cogiéndole la mano. Martín está en su cama roncando con la boca abierta)* ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

DAVID. No sé.

HELENA. ¿Qué hora es? ¿Por qué no duermes?

DAVID. Sólo quería darte las buenas noches. Él no tiene problemas con el sueño.

HELENA. ¿Vienes a despertarme en plena noche para darme las buenas noches?

DAVID. Claro. Míralo. *(Pone unas plumas del edredón en la boca de Martín. Vuelan, le hacen cosqui-*

llas) Papá, papá, despierta, vamos a Copenhague.

HELENA. No lo despiertes, coño.

DAVID. Míralo. Míralo aunque sólo sea una vez. Por favor.

HELENA. No es cosa de bromas.

DAVID. ¿No te parece?

HELENA. Para mí, no.

DAVID. ¿Por qué no?

HELENA. Uf, no, tengo que levantarme enseguida. Tengo que dormir. Vete a acostarte ya. (*Apaga.*)

DAVID. ¿Por qué?

HELENA. Buenas noches David.

DAVID. ¿Qué has dicho?

HELENA. Buenas noches, David.

DAVID. ¿Buenas noches?

HELENA. Sí.

DAVID. Sí, claro, buenas noches, buenas noches. (*Pausa*) Yo no bebo... yo te quiero. Te necesito... no debes dejarme nunca. (*Imita a Martín*) Helena, mi viejita querida, qué voy a hacer si me abandonas, ¿sabes lo que haré?, me voy todo derecho al jardín y me cuelgo en el asta de la bandera, me oyes... Helena, Helena, mi pequeña y amada Helena, ¿no te acuerdas de las promesas que nos hemos hecho? Mira las fotos de la consola... somos tú y yo, Helena, al menos yo, (*Helena enciende la luz. David ha colocado a Martín sobre su rodilla como si fuese el muñeco de un ventriloco, le rasca en la oreja con su dedo meñique izquierdo*) que estoy allí dentro en la igle-

sia prometiendo que te amaré hasta que la muerte nos separe... No, no, no debes comparar nuestras manos... ¿No lo sabes? Eso significa muerte... Uno de nosotros va a morir.

HELENA. Acuéstalo.

DAVID. No, no voy a acostarlo.

HELENA. ¡Vete a tu cuarto!

DAVID. No, no me voy.

HELENA. ¡Suéltalo!

DAVID. Sí, eso sí, como tú digas. *(Suelta a Martín que se desliza hasta el suelo, se levanta y camina hacia la puerta. Helena y David se miran fijamente con odio. Ella se levanta, acomoda a Martín en su cama, vuelve a la suya, se tumba, arranca el enchufe de la pared.)*

DAVID. *(Sigue allí)* Me voy.

HELENA. Sí, vete.

DAVID. Todo ha terminado. Se acabó.

HELENA. ¿Seguro?

DAVID. Sí.

HELENA. Estupendo.

DAVID. Adiós. *(Pausa)* ¿Mamá? *(Pausa)* ¿Qué? *(Pausa)* Ahora me voy. *(Pausa)* ¿No vas a impedírmelo? *(Susurrando)* Pues déjalo.

(Sale del cuarto, comienza a cantar mientras baja quizá una escalera, canta el texto de «Night and Day» con dicción muy clara, mientras la música surge poco a poco y luego va haciéndose más fuerte y cuando llega al estribillo entra toda la orquesta, él baila con

el cuchillo que llevaba escondido cuando estaba con su madre, como si fuese un bastón, como baila Fred Astaire en escaleras, como un orgasmo, baila como si todavía le quedasen fuerzas para una vida completa hasta que se encienden las luces y luego se apagan de repente.)

TELÓN

NIGHT AND DAY

*Like the beat, beat of the tom-tom
When the jungle shadows fall
Like the tick, tock of the stately clock
As it stands against the wall
Like the drip, drip, drip of the raindrops
When the summer shower is through
So a voice within me keeps repeating: you, you, you*

*Night and day
You are the one
Only you beneath the moon and under the sun
Whether near to me or far
It's no matter, darling, where you are
I think of you
Night and day
Day and night
Why is it so
That this longing for you follows wherever I go?
In the roaring traffic's boom
In the silence of my lonely room
I think of you
Night and day
Night and day
Under the hide of me
There's an oh, such a hungry yearning
Burning inside of me
And its torment won't be through
Till you let me spend my life making love to you
Day and night, Night and day*

TÍTULOS EDITADOS

N.º 1

¡AY, CARMELA!

de José Sanchis Sinisterra

N.º 2

OCAÑA, EL FUEGO INFINITO

de Andrés Ruiz López

N.º 3

COMBATE DE NEGRO Y DE PERROS

Bernard-Marie Koltès

N.º 4

**EL ANGOSTO CAMINO HACIA
EL PROFUNDO NORTE,
MISA NEGRA
y PASIÓN**

de Edward Bond

N.º 5

**LOS ÚLTIMOS DÍAS DE EMMANUEL KANT
CONTADOS POR ERNESTO TEODORO AMADEO
HOFFMANN**

de Alfonso Sastre

N.º 6

LA NOCHE ES MADRE DEL DÍA

de Lars Norén

PRÓXIMOS TÍTULOS

BANTAM

de Eduardo Arroyo

YO, MALDITA INDIA...

de Jerónimo López Mozo



MINISTERIO DE CULTURA

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música